

CURSO DE INICIACIÓN A LA BIBLIA

5ª PARTE: LOS PROFETAS DE ISRAEL (1ª Parte)

CELESTINO GÓMEZ JALDÓN

Portada: El Profeta Ezequiel (Miguel Ángel)

CURSO DE INICIACIÓN A LA BIBLIA

5ª PARTE: LOS PROFETAS DE ISRAEL (1ª Parte)

AGRADECIMIENTOS

Como de bien nacido es ser agradecido, comienzo agradeciendo las ayudas recibidas en la elaboración de este libro y los sucesivos. En primer lugar gracias a D. Víctor Manuel Bermúdez Bermejo, compañero querido y experto en temas bíblicos, bajo cuya dirección y colaboración han nacido estos libros. A las hermanas Esperanza y Juana Mari González Barrera, de San Juan del Puerto, que se han encargado de corregir, maquetar y dar a luz a estas criaturitas. Igualmente a los colaboradores de nuestras parroquias: Jesús Ruiz Silva, diácono coadjutor y Aurora Espino, su esposa, Marcelino Pérez y su esposa Covadonga Rodríguez, Loly García, Amparo Pulido y el diácono Constantino Díaz. Gracias a todos por su tiempo y por las mejoras introducidas en estos libros.

Celestino

ÍNDICE

Prólogo

Presentación

Tema 0. Recordando la historia de Israel

Tema 1. La figura del profeta

Tema 2. El Primer Isaías, el Isaías del **Peligro**

Tema 3. El Segundo Isaías, el Isaías del **Destierro**

Tema 4. El Tercer Isaías, el Isaías del **Regreso**

Tema 5. Jeremías, el hombre seducido por Dios

Tema 6. Lamentaciones y Baruc

Bibliografía utilizada

PRÓLOGO

Estimado lector:

Este libro que tienes en tus manos forma parte del Curso de Iniciación a la Biblia que te estamos haciendo llegar en entregas anuales. Es un instrumento que tu Parroquia te facilita para ayudarte en el conocimiento de la Palabra de Dios, la única que puede salvarnos.

Los tiempos han cambiado una barbaridad. Hasta hace unas décadas vivíamos la fe con un fuerte componente ambiental. La sociedad española era católica y sostenía al creyente en su fe. La gente iba a misa y cumplía con la Iglesia. Frecuentemente se vivía la llamada fe del carbonero, es decir, creíamos lo que creía la Iglesia y listo, aunque no supiéramos muy bien qué era lo que la Iglesia creía.

Los cambios continuos en la sociedad y, sobre todo, la gran renovación que supuso el acontecimiento más importante del siglo XX en el seno de la Iglesia Católica, el Concilio Vaticano II, lo han modificado todo. Las exigencias son otras. Ya no es suficiente la fe sociológica. Es necesaria una respuesta personal a Dios. La *Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación*, con que termina el libro primero de este Curso de Iniciación a la Biblia, exige a todos los cristianos que aprendan el sublime conocimiento de Cristo con la lectura frecuente de las Sagradas Escrituras.

Pero la Biblia no es un libro de fácil lectura. Más que de un libro habría que hablar de una biblioteca de 73 libritos, escritos a lo largo de más de mil años, por autores muy distintos y con intenciones muy diversas, expresadas en géneros literarios también dispares. Estamos recorriendo toda la Biblia. Ya sabemos que el Nuevo Testamento es la plenitud de la revelación de Dios en Cristo, pero no podemos olvidar que el Antiguo Testamento es el largo camino por el que se llega a esa revelación plena en Jesús.

Estoy convencido de que el futuro de nuestra Iglesia va a depender de que tengamos en nuestras comunidades cristianos bien preparados que puedan prestar un serio servicio a nuestras familias y grupos parroquiales.

Por eso emprendí esta tarea: preparar un material que sea sencillo y, a la vez, lo suficientemente profundo para que, conocido y asimilado, podamos dar razón de los *“sólidos fundamentos de la fe en que hemos creído”* (Lucas 1, 4). Me mueve una razón tan evangélica como la que animó al médico Lucas a escribir su evangelio tras una minuciosa investigación. Supongo que, teniendo la misma actitud de servicio que movió al evangelista, también Dios me echará una mano para suplir mis muchas carencias.

Quiero que estos libros estén en la línea de unas charlas familiares, seguidas de diálogo, con nuestro pueblo cristiano. Cada año te entregaré un libro de

este mismo formato y tamaño. En la **Presentación** que sigue al **Prólogo** de cada libro te explicaré su contenido.

Estos libros están dirigidos a todos, pueblo sencillo y personas cultas, que gracias a Dios cada día son más entre nosotros. Aquí está la gran dificultad para prepararlos. Por una parte, las palabras que conoce nuestro pueblo sencillo tal vez no lleguen al millar. Y, por otra, resulta difícil precisar bien lo que hay que decir, utilizando tan pocas palabras.

He procurado evitar palabras y frases raras, dando a corregir el borrador de estos libros a personas de nuestras parroquias, que tienen una cultura normal. Sabedor de que las personas que van a usar estos libros no están, en su mayoría, acostumbradas al estudio, me voy a repetir mucho, sobre todo los datos históricos y las ideas fundamentales. La repetición les servirá de repaso y, al final, asimilarán lo esencial.

No basta con leer estos libros. Hay que estudiarlos y aprenderlos, ya que es posible que a la primera lectura no te quedes con todos los detalles. Si lo haces, los convertirás en un instrumento de trabajo y tú mismo te vas a sorprender de los resultados.

Nada más, que recibas este libro con el cariño con que se ha escrito para ser una ayuda más en tu formación cristiana.

Un saludo afectuoso de

Celestino

PRESENTACIÓN

Tienes en tus manos la 5ª **Parte** del *Curso de Iniciación a la Biblia*, que comenzamos el año 2001. La 1ª Parte tuvo un carácter introductorio, lo que conllevaba una cierta dosis de aridez, propia de toda introducción. Las restantes partes ya fueron distintas, por lo que te resultaron más amenas. Te dije el primer año que, si yo fuera un guía de la ciudad de Sevilla y tuviera que enseñártela, lo primero que haría sería subirte a la giralda para que, desde arriba, te grabaras en tu mente una postal de la ciudad que te permitiera no perderte posteriormente por sus calles. Ése fue el primer libro que te dio una visión panorámica de la Biblia. A partir del año siguiente comenzamos a callejear por cada libro y empezamos a contemplar desde cerca todas las maravillosas enseñanzas que contiene la Palabra de Dios y que fueron escritas, precisamente, para enseñanza nuestra.

Este quinto tomo va a constar sólo de 6 temas, todos divididos en dos partes: el desarrollo del tema y una propuesta de trabajo, en la que te ofrecemos unas lecturas y algunas preguntas, cuyas respuestas te llevarán a una reflexión sobre lo que has leído. La propuesta de trabajo tratará siempre sobre los puntos más importantes del tema, a modo de resumen y profundización. Comenzaremos y terminaremos cada tema con la oración que tienes en la portada posterior de este libro.

En cuanto a los temas, en el primero hago una presentación general de la **figura del profeta** y en los restantes te acompañaré en un recorrido por los libros de Isaías, Jeremías, Lamentaciones y Baruc: dos de los cuatro profetas mayores y los añadidos de Jeremías para no dejar nada por detrás. El curso próximo completaremos todos los profetas: Ezequiel y Daniel, junto con los doce menores.

Como verás, Isaías ocupa tres temas, mientras que en otros temas del curso próximo explicaré tres o cuatro profetas menores. Cuando los estudies, comprenderás por qué. Los tres libros que componen el que nosotros conocemos como Isaías son tan densos y de épocas tan distintas que había que estudiarlos por separado. En cambio, cuando el año que viene lleguemos a los profetas menores, aparte de que son menores precisamente por su corta extensión, ya conocerás bien la época en que vivieron.

Para que no te pierdas entre los datos históricos, te he hecho un breve resumen de la historia de Israel que llevas en el tema cero. Te lo voy a poner los dos cursos para que lo tengas siempre cerca y puedas recurrir a él cuando te encuentres en apuro. En ese tema no te he hecho propuesta de trabajo, ya que no parece que proceda. El tema y las dos listas de reyes y profetas son simplemente una ayuda, hasta que consigas memorizar los hitos principales de la historia del pueblo de Dios que, leída desde la fe, es la Historia de la Salvación.

Algunos temas son muy largos porque he procurado no dejar en el tintero ideas que nos pueden servir. He puesto abundantes citas, con el fin de que no tengas que llevar tu Biblia a las reuniones. Con los textos que te he citado tienes para un primer momento. Ya en casa lees tranquilamente las referencias que te hago a la Palabra de Dios en el libro.

Te recuerdo que en el primer tomo de este *Curso de Iniciación a la Biblia* tienes un extenso vocabulario con explicación de las palabras que pudieran necesitar alguna aclaración, incluidos todos los libros de la Biblia. La segunda edición de ese libro ya está editada. Puedes recogerlo en la Parroquia de Santa Teresa de la Orden (Huelva). Te lo regalaremos con gusto.

Celestino

Tema 0º. - RECORDANDO LA HISTORIA DE ISRAEL

1. - Introducción. En los libros anteriores de este Curso de Iniciación a la Biblia, ya has estudiado la historia de Israel. Conoces la docena de nombres de sus personajes centrales: Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés, Samuel, David y su hijo Salomón, Ezequías, Josías, Esdras y Nehemías, los Macabeos. Estos doce nombres pueden formar la columna vertebral “política” sobre la que se ha sostenido la historia del pueblo de Dios. Son personajes nuestros, cercanos, cuyas historias se escribieron para enseñanza nuestra. Lo que a ellos les ocurrió, nos sucede a nosotros cada día. Sus historias, vistas desde la fe, se convierten, como las nuestras, en Historia de la Salvación.

Ahora, en los libros 5º y 6º, nos vamos a meter en otro tipo de personajes. No va a ser una docena, sino docena y media. Son los profetas: cuatro mayores, doce menores y una especie de propina que son Baruc y Lamentaciones, que, como verás, son unos apéndices de Jeremías. Son hombres eminentemente religiosos, pero encarnados en su tiempo y entre su gente, lo que les da una dimensión también “política”, es decir, tienen que manifestarse políticamente, aunque son hombres del Espíritu como veremos. Dos cursos los vamos a disfrutar.

El objetivo de este tema cero va a ser darle un repaso a la historia, que ya hace dos años que la estudiaste, situando a los profetas entre los grandes personajes “políticos”. Va a ser un simple repaso para actualizarlo todo de forma ordenada y sistemática. Es para que no te pierdas. Vamos a ver si conseguimos hacerlo de forma sencilla para que, machacando y machacando, te hagas en tu mente de un esquema que te permita estar siempre situado. Comencemos por el principio.

2. - Desde Adán hasta Abrahán. Tú abres la Biblia y te encuentras, en su primera línea, una afirmación de fe: *“Al principio creó Dios el cielo y la tierra”*. ¿Cuándo fue el principio? En el primer eslabón de la cadena. Tú tienes una lámpara en tu casa. Tenga los eslabones que tenga, en el techo tiene que haber una alcayata de la que cuelga la lámpara. Dios es la alcayata, el principio que sostiene, el punto de apoyo de toda la creación: todo cuelga de él.

Tras esa afirmación de fe de la que depende todo el resto de la Biblia, tenemos once capítulos en los que se contienen una serie de catequesis con las que los teólogos y catequistas judíos instruyen a sus niños y mayores sobre las grandes preguntas de la existencia humana: el origen del mundo y del hombre, la libertad, el pecado, la purificación, etc. Ya lo vimos todo en el Pentateuco: Adán y Eva y sus hijos Caín y Abel. Después vienen diez patriarcas anteriores al diluvio que empalman a Adán con Noé. Son diez porque, como ellos contaban con los dedos de las manos, el número diez cerraba la cuenta. Después de Noé hasta Abrahán otros diez.

Como Adán y Eva salieron directamente de manos de Dios que los hizo al uno de barro y a la otra de la costilla de su marido, Abrahán es descendiente directo del hombre creado por Dios. Esta idea es la que intentan dejar clara los redactores de esos primeros once capítulos del Génesis. No son todavía historia de la salvación. Diríamos que es prehistoria de la salvación. Unas catequesis preciosas y llenas de enseñanzas, como vimos en su día.

3. - Desde Abrahán a Egipto. Con Abrahán comienza la Historia de la Salvación. Incluso podemos fecharla, cien años más o menos. Para redondear, a Abrahán lo podemos situar en torno al 1.900 antes de Cristo y esta época de los patriarcas puede abarcar unos 200 años, aproximadamente. Pudieron llegar los primeros hebreos a Egipto hacia el año 1700, siempre antes de Cristo, en el que los Hicsos, que tenían fama de tolerantes y acogedores, reinaban en el país.

Estamos en la época de los patriarcas. Recuerda: Abrahán, Isaac y Jacob. Jacob tuvo doce hijos, entre los que estaba José. ¿Te acuerdas de las peripecias de la historia de José, que acabó de primer ministro del faraón egipcio? Supongo que sí porque la estudiamos detenidamente en el Pentateuco, concretamente en el Génesis.

Todas las historias de estos dos siglos no se escribieron, en su **redacción final**, cuando sucedieron, sino diez siglos más tarde, cuando los judíos estuvieron desterrados en Babilonia y a la vuelta del exilio. Fíjate que te he dicho en su **redacción final**, esto es, como nos ha llegado en nuestras biblias. Los teólogos y catequistas judíos, ante la crisis de fe que les ha planteado el silencio de Dios en el exilio, piensan y reinterpretan su historia a la luz de la fe. Recogen todos los materiales existentes en la memoria colectiva del pueblo y en algunos escritos que se conservan de los quinientos años de monarquía, y redactan.

Ahora bien, lo que sabemos de los dos siglos de los patriarcas, ¿es historia o interpretación religiosa de la historia?, ¿existieron realmente Abrahán, Isaac y Jacob o son nombres de pueblos o tribus que el teólogo personifica, e incluso une hasta formar una familia haciendo de Abrahán el padre de Isaac y el abuelo de Jacob? De todo esto hemos hablado ya mucho. Como síntesis de este debate, te voy a poner una breve cita de lo último que he leído. Es del año 2003, por tanto, muy reciente. Dice así:

“¿Está todo esto de acuerdo con los hechos, o se trata de una proyección al pasado de creencias posteriores, como supusieron los especialistas de hace unos años? Aunque no nos sea lícito minimizar el problema aquí planteado, la respuesta debe ser que la religión patriarcal, tal como está descrita en el Génesis, no es un anacronismo, sino que presenta un fenómeno histórico” (BRIGHT, J. 2003).

Este profesor americano se inclina a pensar que las narraciones del Génesis tienen valor histórico, es decir, que con sus más y sus menos, las cosas sucedieron globalmente como nos las narra el Génesis. (Te recuerdo que Palestina está situada

entre dos grandes puntos de influencia. Al sur Egipto, más o menos estable; al norte, Mesopotamia, en el que conviven muchos pueblos, con oleadas continuas que llegan del este, imponiéndose unos tras otros. En esa zona de paso entre los grandes imperios, que es Palestina, se movieron nuestros padres en la fe, hasta que acabaron asentándose en ella). A nosotros, la Iglesia nos ha entregado la Biblia así y así la seguimos, sin minimizar los muchos problemas que los estudiosos se afanan por aclararnos en las distintas facultades bíblicas que existen para ello.

4. - Desde Egipto a la Tierra Prometida. Si el regreso a la tierra prometida se produjo en torno al año 1250 a. C., este punto abarca unos cuatrocientos años. La salida de Moisés de Egipto con el grupo más grande de los fugitivos pudo producirse en torno al año 1280 a.C. y tras cuarenta años, siempre más o menos, en el desierto la llegada a la tierra prometida. El personaje central de todo este período es Moisés, como sabes.

En Egipto, oprimidos por los faraones, habían tomado conciencia de pueblo. En el desierto a esa conciencia de pueblo añaden una fuerte experiencia religiosa, hasta convertirlos en pueblo de Dios. Ya esto lo vimos todo.

La llegada a la tierra prometida tiene dos versiones muy distintas. Para el libro de Josué se trata de una conquista, o si quieres, de un regalo de Dios que está con ellos ayudándoles en la conquista. Para el libro de los Jueces se trató más bien de una infiltración pacífica. Fueron llegando en grupos, el más conocido fue el capitaneado por Moisés, y se fueron acomodando, hasta acabar imponiéndose sobre los antiguos ocupantes. Las dos versiones no son incompatibles. Unas veces se infiltrarían sin problemas y otras tendrían que empujar un poco a los que estaban para acomodarse ellos. Ya lo vimos también.

5. - Desde la llegada a la Tierra Prometida hasta la Monarquía. Otros doscientos años, siglos XII y XI antes de Cristo. Han pasado casi mil años de historia, todo el segundo milenio antes de Cristo. Estamos entrando en la edad del hierro, como la conocen los historiadores. Para nosotros, es el período de Josué y de los Jueces. En la versión del libro de Josué, es decir, entrada como conquista facilitada por Dios que convierte la conquista en regalo, este momento es importante porque con el reparto de la tierra del libro de Josué, capítulo 24, podemos decir que la promesa hecha por Dios a sus mayores se ha cumplido: han recibido el regalo de la tierra. Tierra, rey y templo serán las instituciones sagradas en que se apoya la fe de Israel, hasta el fracaso del destierro (597 a. C., año de la 1ª deportación de judíos desde Jerusalén a Babilonia).

Recuerda también la versión del libro de los Jueces: cada tribu se ha ido asentando y vive a su modo. De vez en cuando, pasan apuros porque los pueblos anteriormente residentes en la zona, les incordian. La versión religiosa es que pecan, Dios les castiga, invocan a Dios, que los escucha y suscita entre ellos a un hombre prodigioso que los lleva a la victoria. Éste es el juez.

¿Te acuerdas de los jueces? Débora, Gedeón, Sansón y, sobre todos, Samuel, sacerdote, profeta y juez de Israel. Él fue el más grande de los jueces de Israel. Dos libros de la Biblia llevan su nombre. Ninguna de sus palabras dejó de cumplirse. La gente lo quería mucho y lloró su muerte con verdadera pena. Tuvo mala suerte con sus hijos porque *“atentos a su propio provecho, aceptaban sobornos y juzgaban contra justicia”* (I Samuel 8).

Los ancianos de Israel fueron a pedirle a Samuel que les nombrara un rey, como tenían los demás pueblos, para unificar a las tribus y hacerse fuertes bajo una sola cabeza. A Samuel no le agrada la idea porque considera que sólo Yavé es Rey de Israel. Va a consultar a Dios y éste le dice: *“Hazles caso y nómbrales un rey”*.

6. - Desde Saúl hasta la división del reino. Otros cien años de historia, aproximadamente. Saúl fue elegido hacia el año 1020 antes Cristo. El año 1000 fue elegido David y, a la muerte de éste, el año 961 subió al trono Salomón, produciéndose el cisma a su muerte, ocurrida el año 922 antes de Cristo. Por tanto este siglo lo ocupan los veinte años de Saúl y los ochenta que se reparten a partes iguales David, que consiguió unir a todas las tribus bajo su trono, y su hijo Salomón, que comenzó muy bien pero terminó mal, como recordarás.

Es en los años de la monarquía cuando comienzan a surgir los profetas. También a Samuel lo llaman profeta, pero más que profeta destaca su figura como juez de Israel. En el reinado de David, tenemos al profeta **Natán**. ¿Te acuerdas? Le denunció su pecado de adulterio con la mujer de Urías el hitita, Betsabé que sería más tarde la madre de Salomón. También es famoso Natán porque le habló a David en nombre de Dios prometiéndole que su linaje permanecería para siempre. En David se consolida la monarquía sobre todo Israel, las tribus del norte y del sur. Fue la segunda institución en que se apoyaba la fe de Israel. El ungido de Dios que nunca les faltaría.

La tercera gran institución también data de esta época: es el templo, lugar de la presencia de Dios entre ellos, con el arca de la alianza dentro y en éste las tablas de la ley y el vasito con maná recogido en el desierto. La primera institución sería la tierra, regalo de Dios, prometido desde siempre a Abrahán y su descendencia, como hemos visto antes. Por tanto: tierra, rey y templo son las tres grandes instituciones en que descansa Israel. Los profetas les advertirán que se equivocan, si piensan que las instituciones solas les salvarán, al margen de su comportamiento religioso y social.

7. - El cisma, tras la muerte de Salomón. Este período va a durar 335 años, desde el 922 antes de Cristo, año de la muerte de Salomón, hasta la caída de Jerusalén el año 587 a. C., en que se produce la segunda deportación, con el rey Sedecías ciego a la cabeza. Ya había habido otra diez años antes, en la que salió el profeta Ezequiel acompañando al rey Joaquín y al resto de los desterrados; todavía habrá una tercera el año 582, siempre antes de Cristo. Si los cien primeros años de la monarquía habían

sido buenos o muy buenos, todos los demás van a ser malos o muy malos, aunque podemos salvar un par de reyes en el reino de Judá.

Como en este tema se trata de recordar la historia, no te olvides que el pequeño reino de David y Salomón tenía una extensión aproximada de nuestra provincia de Badajoz, es decir, doble que la de Huelva. Unos 22 mil kilómetros cuadrados. Además con el inconveniente de que estaba entre los dos imperios de aquella época. Al norte, Mesopotamia y al sur Egipto. Ambas potencias quisieron siempre apoderarse de Palestina -y de los otros reinos del entorno- por la sencilla razón de que era camino de paso hacia la otra y porque podían convertirla en una especie de baluarte ante las ansias expansionistas del contrario. Respecto a la población total unos hablan de 250.000 habitantes en sus mejores tiempos; otros dicen que la mitad.

Esto ¿qué importancia tiene? Mucha. Casi siempre tuvieron que estar pagando impuestos al vecino del norte o del sur en concepto de protección. Como cualquiera, ellos se arribaban al sol que más calentaba en ese momento, al más fuerte. Unas veces acertaban y otras no. Si acertaban, sobrevivían, aunque pobres. Si no acertaban, tenían al enemigo en las puertas de Jerusalén. Era muy difícil sobrevivir en la zona, entre los dos grandes enemigos.

Además, te repito, estaban en el error de creer que las instituciones sagradas (tierra, rey y templo) iban a producir su efecto de forma automática y, por tanto, que estaban a salvo de hecatombe, independientemente de su conducta religiosa o moral, como te he dicho. Dios no se cansa de enviar profetas a su pueblo para advertirles que de automatismo nada, que la protección de Dios, es decir, su parte en la alianza, está en función de que ellos cumplan la suya: un solo Dios y justicia social.

8. - El reino del norte, Israel. El reino del norte duró doscientos años justos, desde el 922, año de la muerte de Salomón, hasta el 722, año de la caída de Samaría, capital de Israel. Fueron 19 reyes los que gobernaron en esos dos siglos. Todos ellos le merecen a la Biblia un mismo juicio: *“Hicieron el mal a los ojos del Señor, irritando al Señor”*.

Muerto Salomón, los representantes de las tribus del norte se presentan en Jerusalén y le dicen a Roboán, hijo y heredero de Salomón: *“Tu padre nos impuso una dura servidumbre y un pesado yugo. Aligéralo tú y te serviremos”* y ante la negativa de su heredero de bajarle los duros impuestos, éstos deciden separarse y nombran rey a Jeroboán I, que regresa de Egipto a donde había huido por temor a Salomón contra quien conjuró.

El profeta Ajías le había preparado el camino haciendo el gesto simbólico de romper su manto nuevo en doce partes, entregándole diez de ellas a Jeroboán. Y así se cumplió años más tarde. Quitando la tribu de Judá, que ya había absorbido a la de Simeón, y a la pequeña de Benjamín, las demás se fueron para el norte. Consumado el cisma político, pronto se consuma el religioso porque Jeroboán, para evitar que su

gente bajara a Jerusalén, fabrica dos becerros de oro y coloca uno en Betel, donde Amós tendrá problemas con el sacerdote Amasías, y otro en Dan y le dice a su gente: **“Aquí están tus dioses, los que te sacaron de Egipto”**.

Jeroboán I reina durante 20 años. Los reyes del norte van siempre de mal en peor. Muerto él, en 25 años se suceden cuatro reyes de su dinastía que desaparece cuando el año 876 el general Omrí se hace del poder. Es padre de Ajab, de quien dice la Biblia: **“Irritó al Señor, Dios de Israel, más que todos los reyes que le precedieron”**. Este Ajab tenía por esposa a Jezabel, de Tiro, que se trajo consigo a sus dioses, entre ellos Baal a quien construyó un templo en Samaría, provocando las justas iras de **Elías**, el profeta carismático que vivió en estos años y cuya vida recuerdas porque le dedicamos el capítulo 11º del 3º libro. A estas justas iras de Elías y a sus consecuencias, opuso Jezabel, la reina madre, un odio mortal a Yavé durante toda su vida.

A Ajab le sucede Ocozías, todavía durante la predicación de Elías. A Ocozías le sucede su hermano Jorán (o Yehorán). Este Jorán es contemporáneo de otro Jorán del reino del sur. Reinaron en los mismos años, es decir, del 849 al 842 antes de Cristo.

En tiempos de este rey desempeña su profetismo en Israel el otro gran profeta carismático, **Eliseo**, que la Biblia nos presenta como discípulo de Elías, en cuyo caso habría que elevar un poco el comienzo de su actividad a los últimos años de Ajab. Muchos le atribuyen toda la segunda mitad del siglo IX como su época de actividad, es decir cincuenta años. Otros piensan que entre Elías y Eliseo hubo un período de tiempo y no una continuidad. Ya esto lo explicamos en el capítulo 12º del libro 3º de este Curso de Iniciación a la Biblia. De todas formas a ambos los podemos situar en la segunda mitad del siglo IX.

A Jorán le sucede Jehú (842-815 a.C.), que funda la más larga dinastía de Israel, que duró un siglo, y libra a su pueblo de las influencias de Baal, de Tiro. Le suceden, sin pena ni gloria, Joacaz (815-801 a.C.) y Joaz (801-786 a. C.). Las dinastías también se suceden, no como en el sur, que es donde está conservada la promesa. De esta cuarta dinastía, fundada por Jehú, es Jeroboán II, que reinó cuarenta años (786-746 a. C.). Lo mismo que Ozías, su contemporáneo en Judá, fue un buen político y llevó a Israel a altas cotas de prosperidad económica, acompañada de la degradación moral. Los comerciantes, junto con los abundantes impuestos, traían a sus ídolos. Idolatría e injusticia social campaban por sus respetos.

Es cuando manda Dios a **Amós**, primer profeta escritor, pastor en Tecoá, junto al desierto de Judá, que se ve obligado por la Palabra a predicar en el santuario de Betel, al norte, siendo él del sur. El ministerio de Amós fue muy corto: unas semanas o poco más. A este profeta, como a los profetas escritores que iremos nombrando, los estudiaremos más adelante. Es el profeta de los pobres, como veremos.

Casi contemporáneo suyo es **Oseas**, que también predica en el norte, unos diez años más tarde. Amós hacia el 760 y Oseas a partir del 750 a. C. No coincidieron en su predicación por la brevedad de la de Amós. Oseas es conocido como el profeta de la alianza, porque vivió en sus propias carnes la infidelidad de su esposa, Gomer, como Dios vivió la infidelidad de Israel. Cuando lo estudies, ya verás qué bonito es.

Oseas siguió predicando que había que volver a la alianza hecha con Dios. Así durante los reinados de Zacarías, Salún, Menajén, Pecajías, Pecaj y Oseas, su homónimo, que es el último rey de Israel. El año 722 se presenta el asirio Sargón II y destruye Samaría, la capital del reino, convirtiendo todo el reino del norte en provincia Asiria.

Como tanto Nínive como Babilonia, las dos capitales del norte mesopotámico que se alternan en los sucesivos imperios, quedan lejos, algunos reyes de Judá reconquistan prácticamente las antiguas fronteras de David, como fueron los casos de Ezequías y su biznieto Josías, aunque generalmente pagando impuestos de vasallaje.

Tras la caída de Samaría, los que pudieron escaparon al sur y se establecieron en un barrio al norte de Jerusalén, que estaba abandonado porque la ciudad se había extendido por otra parte. Ese barrio viejo lo ocuparon y le pusieron de nombre **“hija de Sión”**. Ya nos encontraremos a algún profeta proclamando: **“Alégrate, hija de Sión...”**, refiriéndose a esta pobre gente, que llegaron sin nada.

9. - El reino del sur, Judá. En el sur las cosas son algo distintas. De momento, Judá dura 135 años más que Israel. Aquí no se suceden las dinastías, como en Israel. Todos los reyes son descendientes de David, con lo que la profecía de Natán sigue en pie. El error de Judá, ya lo hemos dicho, estuvo en creer que las instituciones sagradas de la tierra, el templo y la monarquía iban a producir de forma automática su salvación, independiente de la conducta religiosa y social de la gente.

Vamos a hacer un breve recorrido por sus 335 años de historia, situando en ella a los profetas escritores, que son todos los que figuran en nuestras biblias, quitando a Amós y Oseas a quienes ya hemos visto predicando en el norte.

Te recuerdo que a Salomón le sucedió su hijo Roboán, que perdió a las ricas tribus del norte y se quedó prácticamente con Judá y la pequeña Benjamín, porque Simeón ya había desaparecido hacía tiempo absorbida por Judá, como recordarás. Hasta la desaparición de las fronteras por la caída de Samaría el año 722, Judá era Judá e Israel era Israel, hermanos pero enemigos, sobre todo porque los mandatarios del norte temían la influencia del sur, sede del templo de Salomón, hacia el que la gente tenía una inclinación natural, que ellos contrarrestaron con los templos revitalizados en el norte (sobre todo Betel y Dan).

En Judá no hubo luchas dinásticas, ni grandes problemas internos. Al perder los impuestos de las ricas tribus del norte, la clase alta de Jerusalén sufrió el golpe

más que la gente campesina metida en la lucha del día a día. La clase alta de la ciudad era más propicia al trato con la gente de fuera del país, sobre todo comerciantes, que los arrimaban a los ídolos paganos, sobre todo en tiempos de Roboán y el corto reinado de su hijo Abías.

Ya en tiempos de Asá se inició una reforma que alejó, oficialmente, el culto pagano durante sus cuarenta años de reinado y los veinticuatro de su hijo Josafat, de grata memoria por sus intentos de reformas en el campo de la justicia. Tras su muerte, subió al trono su hijo Jorán (849-842), que casó con Atalía, de la dinastía de Omrí de Israel, que introdujo los ídolos del norte en Jerusalén. Parece que Atalía inspiró a Jorán la idea de matar a todos sus hermanos y familias para eliminar oposición.

Le sucede unos meses su hijo Ocozías y, eliminado éste, sube al trono su madre, la temible Atalía, que intentó paganizar a Jerusalén, sin mucho éxito a pesar de su empeño. No cayó bien porque no era descendiente de David por lo que, a los cinco años de subir al trono, fue ejecutada y sustituida por Joás, otro hijo de Ocozías, quedando restablecida la línea dinástica interrumpida en esos cinco años negros. Ahora se destruyen todos los templos de Baal de Tiro y se ejecuta a sus sacerdotes. El largo período del reinado de Joás sirvió para purificar el templo. Comenzó siendo un hombre piadoso y bueno, pero cuando murió el sacerdote Joadá, que lo había subido al trono, volvió de nuevo a las andadas, hasta que el año 800 a.C. fue asesinado y sucedido por su hijo Amasías.

El reinado de Amasías (800-783) fue lamentable. Decidió una guerra innecesaria contra Edom. Para esta guerra contrató mercenarios israelitas, a los que no utilizó y mandó para casa, sin pagarles los servicios contratados. Éstos, camino de vuelta, saquearon ciudades de Judá. Amasías se entera de estos saqueos y declara la guerra a Joás, rey de Israel, que le vence, se lo lleva preso, saquea a Jerusalén y su templo y, después, devuelve a un humillado Amasías al trono. Pronto fue asesinado y sustituido por su hijo Ozías (o Azarías), con sólo 16 años de edad.

Ozías reinó durante más de cuarenta años (783-742 a. C.) y lo hizo bien. Política y militarmente elevó la moral de su pueblo y consolidó y amplió sus fronteras. Nunca se había conocido tanta prosperidad como en los años de Ozías; el pueblo volvió a recordar las antiguas promesas, hechas por Dios a sus padres. La lepra acabó con él y se vio obligado a delegar sus funciones en su hijo Jotán (742-735 a. C.). Jotán fue un hombre bueno y religioso, pero que no consiguió hacer desaparecer los cultos paganos.

Le sucede su hijo Acaz (o Ajaz), que reinó unos veinte años (735-715 a.C.). Recuerda bien a este rey porque sale en textos muy importantes de la liturgia. A pesar de las críticas del I Isaías por su vasallaje a Asiria, tenemos que reconocer que en esto acertó y Judá no fue barrida del mapa, como Israel lo fue el año 722, es decir, durante su reinado. El precio que tuvo que pagar fue caro: su humillación personal y política y, lo que es peor, una paganización total de Jerusalén y su templo, hasta el extremo de

llegar a sacrificar a un hijo suyo al dios Molok de Siria, en cumplimiento de una promesa.

Isaías I y **Miqueas**, contemporáneos, predicaron durante los veinte años de Acaz, de los peores que se recuerdan de apostasía en Judá, y los casi treinta de su hijo **Ezequías**. Éste y su biznieto **Josías** son los dos mejores reyes de la casa de Judá que se recuerdan en Jerusalén. Visto el destino que habían tenido sus hermanos del norte, la reforma y el acercamiento a las viejas esencias yavistas eran imprescindibles. Los vientos internacionales le eran propicios porque el asirio Sargón II estaba demasiado ocupado en el control de la gran Babilonia, perdida por rebeliones internas. Egipto tampoco le preocupaba porque estaba tan entretenido en rivalidades internas que ni siquiera habían podido ayudar a Samaría en su caída.

En esta situación Ezequías emprendió una amplia reforma del culto, tirando ídolos y altares idolátricos, rompiendo la vieja serpiente de bronce que atribuían a Moisés y que estaba en el templo desde tiempo inmemorial y animando a lo que quedaba del reino del norte a que se unieran al culto auténtico de Jerusalén.

En este último punto fracasó Ezequías, sobre todo por la oposición de Efraín, que revitalizando su culto en Betel, hizo frente a esos intentos unificadores de Ezequías. Te recuerdo que el santuario de Betel, y el que había en Dan, fueron siempre los rivales del templo de Dios. En ambos había unos becerros de oro, *“que hacían pecar a Israel”* (2 Crónicas 10, 29). También trabajó mucho por quitar los abusos económicos y las injusticias sociales que tanto habían criticado I Isaías y Miqueas en tiempos de Acaz.

En el 704 a. C. Senaquerib sucede a su padre Sargón II en Asiria. Erróneamente, y a pesar del consejo en contra de I Isaías, Ezequías cree llegado el momento de dejar de pagar impuestos a Asiria y de buscarse su independencia. Senaquerib sofoca la rebelión y dobla los impuestos a Ezequías, que tiene que recurrir hasta a los tesoros del templo para pagarlos. Casi al final de su reinado se sucedieron nuevas rebeliones de Ezequías contra Asiria, que hacen que Senaquerib se plante en las puertas de Jerusalén dispuesto a terminar con todo. Afortunadamente, y tal como predice Isaías, Jerusalén se salva porque una epidemia diezma el ejército asirio y, además, le llegan malas noticias de su reino que le hacen abandonar el cerco. Al año muere Ezequías.

Al santo de Ezequías le sucedió su hijo, el impío Manasés, que reinó 44 años en Judá (686-642 a. C.), y que peor no lo pudo hacer. Lo primero que hizo fue renunciar a la rebelión y hacer la paz con Asiria. Del siglo que hay entre la muerte de Ezequías y la caída de Jerusalén, este rey ocupa casi la mitad. Paganización total del reino y ausencia total de profetas. Si en estos años Asiria llega a la cumbre del poder con Assurbanipal, nieto de Senaquerib, es fácil de comprender el vasallaje total de Manasés. Acabó con los intentos reformistas de su padre y vuelve a la política cruel

de su abuelo Acaz: restauración de los templos suprimidos, prostitución sagrada, magia negra, adivinación, injusticia social.

Le sucede su hijo Amón (642-640 a. C.), que consigue superar a su padre en maldad. Pronto cae asesinado y le sucede el mejor rey de Judá, Josías. En Asiria muere el gran Assurbanipal y comienzan las guerras propias de sucesión. El poder asirio cae en picado. Judá logra independizarse, incluso recobrando las antiguas fronteras de David, y Josías ve el momento propicio para iniciar una gran reforma, como intentó su bisabuelo Ezequías. Como sólo tratamos en este tema de recordar lo más importante, nos limitamos a ello y más adelante explicaremos sus reformas, que también vimos en el tema 10º de la 3ª parte de este Curso.

Josías es alabado por la Biblia con estas palabras: *“Hizo lo recto a los ojos del Señor y siguió en todo los caminos de su padre David, sin apartarse a derecha o izquierda”*. En su vida dos fechas claves: el 622 a. C., en que se encuentra en el templo una copia del libro de la ley, que es el núcleo del Deuteronomio, y el 609 a.C. que muere en Meguido, al salirle al encuentro a Neco II que iba hacia el norte a pelear con los asirios.

En sus años resurge el movimiento profético y podemos fechar aquí a **Sofonías, Jeremías y Nahún**. Sofonías apoyó abiertamente la reforma, Jeremías más bien implícita que explícitamente, porque parte de la reforma (la concentración del culto en Jerusalén), le afectaba directamente al ser sus padres sacerdotes en Anatot. Y Nahún dedicó su escrito sólo a festejar la caída de Nínive, en el 612 antes de Cristo. Ya los veremos detenidamente.

Muerto Josías en la batalla de Meguido por el faraón Neco II, su hijo Joacaz es proclamado rey. Neco, a la vuelta de su fracasada misión en el norte, destituye a Joacaz y coloca en el trono al hermano de éste, Eyaquín, a quien cambia su nombre por Joaquín (la Biblia lo nombra como Yoyaquín, 609-598 a. C.), a quien impone un fuerte tributo, dándose por concluida la breve independencia que consiguió Josías. En tiempo de Joaquín se produce un cambio importante en la influencia de la zona. Nabucodonosor, todavía sólo general de los ejércitos babilónicos, machaca a los egipcios, capitaneados por Neco II, en Carquemis. Fue en el año 605 a. C. Este mismo año muere su padre Nobopolasar y él sube al trono. Su nombre significa **“Dios protege al hijo”**. Reinó cuarenta años sobre el gran imperio neo-babilónico.

El nuevo imperio babilónico hace sus incursiones amenazantes por Palestina y Joaquín se cambia de camisa, retirando su vasallaje a Egipto, para pagarlo a Nabucodonosor. Éste planteó una gran batalla a Neco el año 601. Parece ser que no hubo vencedores ni vencidos. Fue una batalla de exterminio. Nabucodonosor volvió a Mesopotamia a rehacer sus ejércitos. Joaquín aprovechó el descalabro del rey babilónico para dejar de mandarle los tributos. Lamentable error. Su misma gente acabó con Joaquín y colocó en el trono al joven Jeconías, con la esperanza de que el joven rey obtuviera un trato más suave del ejército de Nabucodonosor que había

salido a castigar al rebelde. Demasiado tarde. El rey, su familia y mucha gente importante, entre ellas Ezequiel, fueron llevados presos a Babilonia el año 597. Fue la primera deportación.

Matanías, a quien los babilónicos cambiaron su nombre por Sedecías, fue colocado como rey, o mejor gobernador, puesto que el rey estaba en el exilio pero seguía siendo rey, incluso con trato de rey, una vez pasado cierto tiempo en la cárcel. Sedecías reinó o gobernó diez años en los que el reino se fue cayendo por continuas discordias internas. Sedecías no gozaba de autoridad porque el heredero de David seguía siendo Jeconías, aunque estuviera desterrado. La gente esperaba su pronto regreso, aunque Jeremías les advierte que el destierro va para largo y que se hagan a la situación.

Mirando a Egipto, a quien acuden en petición de ayuda, la sublevación va tomando cuerpo hasta que las tropas de Nabucodonosor en julio del 587 a. C. entran en la ciudad y destruyen todo, la ciudad y el templo de Salomón, orgullo y esperanza de su pueblo. Dios se queda sin morada en Sión. Sedecías, que había huido al amparo de la noche, es capturado a la altura de Jericó y llevado ante el rey que está en Riblá. No hubo piedad para con él: matan a sus hijos en su presencia y a él, después de sacarle los ojos, se lo llevan a Babilonia, donde muere.

Para atender a lo poco que quedaba, prácticamente campesinos ajenos a toda política, fue nombrado gobernador de la nueva provincia en que habían convertido a Palestina, a un noble llamado Godolías. Aunque era judío, lo miraban como colaboracionista y fue asesinado a traición. Sus asesinos huyen a Egipto, llevándose consigo a Jeremías, a quien habían respetado por ser pro babilónico. Parece ser que el rey Nabucodonosor, aburrido ante la tozudez de los judíos, acabó anulando la provincia de Judá e incorporó su territorio a Samaría. Todavía el año 582 hicieron una tercera deportación a Babilonia. Tenían el ánimo por el suelo. En esta época podemos colocar a los profetas Jeremías, Nahún, Sofonías, ya mencionados y a **Habacuc**. Este último pidiéndole cuentas a Dios de lo que está pasando y esperando confiadamente su intervención y un juicio duro contra Babilonia.

10. - El destierro y la vuelta a casa. Todo ha terminado: la monarquía davídica, el templo, (morada de Dios entre ellos), y la tierra dada por Dios a sus padres para siempre. Eran las tres instituciones en que se apoyaban por creerlas intocables, de origen divino. Habían pensado que la salvación era proporcionada de forma automática por estas instituciones y se habían olvidado de ellos mismos y de su comportamiento: la idolatría y la injusticia social habían sido los dos pecados que habían colmado la paciencia de Dios. Ahora en el destierro tendrían tiempo de pensar, de llorar y de convertirse a Dios, que no los había abandonado sino que era el abandonado por su pueblo.

Recuerda que el destierro no fue demasiado duro, sobre todo en un segundo momento. Poseían casas, algunos negocios, se podían reunir en sinagogas. Surgen

dos grandes profetas: Ezequiel y el II Isaías. Ezequiel es el padre de los desterrados. Tras cinco años de silencio de Dios es llamado por Él para levantar el ánimo de su pueblo. El Isaías del destierro, como es llamado el II Isaías, igual: los caminos y los planes de Dios no son los nuestros y somos nosotros los que nos tenemos que adaptar a Dios. Lo habíamos hecho al revés, y se dan cuenta ahora. Si no tienen instituciones, había que interiorizar las relaciones con Dios. Una religión interior es la que nos puede salvar. Pasan al primer plano las reuniones semanales en las sinagogas, leyendo y meditando la Palabra de Dios. Una nueva e importante forma de entender las relaciones con Dios llamada **judaísmo**.

Si Ezequiel aportó al pueblo toda la teología del judaísmo, de la interiorización de la fe, el II Isaías, el Isaías del destierro va a aportar los cinco cantos del Siervo de Yavé. El siervo de Yavé es el que entrega su vida a los demás de forma desinteresada, por amor a Dios. Ese destino tendría que cumplirlo Israel y todos nosotros en lo sucesivo para atraer a todo el mundo a Dios. Ya estudiaremos detenidamente esta idea, una de las más importantes del Antiguo Testamento.

El 562 a. C. muere Nabucodonosor y, como siempre, comienza el declive del gran imperio. Se suceden los asesinatos y falta la estabilidad interna necesaria para mantener en pie a tan gran imperio. Como nombre importante entre los herederos del gran rey, podemos citar a Nabonides, que estuvo 17 años en el trono (556-539), pero siempre enfrentado con los sacerdotes del gran dios babilónico Marduk. Este enfrentamiento lo llevó a la perdición porque dividió al pueblo, debilitando sus fuerzas. Del este llegan noticias de un nuevo personaje, que acabará siendo providencial. El rey persa Ciro, que va ampliando su imperio en las cuatro direcciones.

El año 539 las tropas de Ciro se dirigen a Babilonia. Aplastan a los ejércitos de Nabonides que le salen al encuentro junto al río Eufrates y entran en Babilonia. Ciro hace su entrada triunfal a finales de octubre. Es recibido como libertador. Era un hombre ante todo tolerante y respeta a las personas y sus creencias. En el 538 da un decreto autorizando a todos los judíos a volver a su patria para reconstruir el templo de Yavé. Lo recordarás del libro tercero y volveremos a verlo en éste.

En sucesivas oleadas la gente va regresando a casa, con más dificultades de las esperadas. Recuerda el capítulo 14º del 3º libro de este curso. Los profetas **Ageo** y **Zacarías** animan a la gente a la reconstrucción del templo, a pesar de las resistencias de los ocupantes del lugar durante los sesenta años de destierro. El rey Ciro manda a Esdras, sacerdote, y Nehemías, gobernador, para que ayuden al pueblo en esta tarea. Poco a poco las cosas se van arreglando, hacen un templo más pequeño, pero que les permite verse allí sobre todo en las grandes fiestas de la peregrinación. Nunca más serán libres como reino. Para Babilonia salieron como nación derrotada y ahora vuelven como comunidad espiritual, fortalecida en torno a la Palabra. Los sacerdotes, catequistas, serán su nueva autoridad.

Como este recorrido por la historia de Israel te lo he hecho para colocarte a los profetas dentro de ella, tengo que decirte que faltan algunos de difícil colocación. Cuando ya los estudiemos uno por uno te presentaré la opinión de la mayoría de los autores. **Daniel**, clasificado por nuestras biblias como el cuarto profeta mayor, pudo acabar de redactarse en el siglo II antes de Cristo. **Malaquías** pudo predicar entre el 480 y 450 antes de Cristo, por supuesto después de la vuelta a casa (538), pero pasados ya bastantes años.

A **Joel** es muy difícil localizarlo en el tiempo: unos opinan que hacia el siglo II antes de Cristo podría estar su fecha, pero no falta quien le distancia cuatro o cinco siglos para atrás. Los 21 versículos de **Abdías** resultan imposibles de fechar, aunque muchos lo colocan en tiempos de Jeremías (hacia el 587 antes de Cristo). Y a **Jonás**, a mi amigo Jonás, no lo podemos situar en ningún lugar porque realmente no existió, como veremos. Pero de todas formas en la parábola de Jonás se respira el espíritu del judaísmo. Su autor puede ser un judío muy maduro y muy posterior al regreso a casa.

Como este repaso a la historia te lo he hecho de cara a tener localizados a los profetas y su momento histórico, lo damos por concluido. Ya, en cada profeta, te hablaré más despacio de las circunstancias sociales, políticas y económicas de su época. Para remacharlo, te pongo ahora dos cuadros, a los que puedes acudir cuando te pierdas, teniendo en cuenta lo que ya te he dicho en otras ocasiones: que todo es aproximado, por lo distantes en el tiempo que están los acontecimientos.

REYES DE JUDÁ E ISRAEL, TRAS LA DIVISIÓN DEL REINO DE SALOMÓN

REYES DE JUDÁ

Roboán (922-915)
Abías (915-913)
Asá (913-873)
Josafat (873-849)
Jorán (849-842)
Ocozías (842)
Atalía (842-837)
Joás(837-800)
Amasías (800-783)
Ozías (783-742)
Jotán (742-735)
Acáz (735-715)
Ezequías (715-686)
Manasés (686-642)
Amón (642-640)
Josías (640-609)
Joacaz (609)
Joaquín (Yoyaquín) (609-598)
Jeconías (598-597)
Sedecías (597-586)

Caída de Jerusalén

587-586

REYES DE ISRAEL

Jeroboán (922-901)
Nadab (901-900)
Basá (900-877)
Elá (877-876)
Zimrí (876)
Omrí (876-869)
Ajab (869-850)
Ocozías (850-849)
Jorán (849-842)
Jehú (842-815)
Joacaz (815-801)
Joás (801-786)
Jeroboán II (786-746)
Zacarías (746-745)
Salún (745)
Menajén (745-738)
Pecajías (737-735)
Pecaj (735-732)
Oseas (732-724)

Caída de Samaría

721-722

(Naturalmente, todas las fechas puestas entre paréntesis son antes de Cristo)

PROFETAS DE ISRAEL Y JUDÁ

Profetas y reyes de Israel (reino del Norte)

Año	Profeta	Rey
850	Elías	Ajab y Ocozías
800	Eliseo	Jorán y Jehú
760	Amós	Jeroboán II
750	Oseas	722 caída de Israel

Profetas y reyes de Judá (reino del Sur)

	Profeta	Rey
740	Isaías I	Acaz y Ezequías
722	Miqueas	Acaz y Ezequías
640	Sofonías	Josías
630	Jeremías	De Josías a Sedecías
620	Nahún	Josías
600	Habacuc	Yoyaquín

587 Destierro de Judá en Babilonia

	Profeta	Rey
590	Ezequiel	Sedecías y destierro
550	Isaías II	En Babilonia

538 Vuelta a Jerusalén desde Babilonia

	Profeta	Rey
538	Isaías III	En Jerusalén
520	Ageo	En Jerusalén
520	Zacarías	En Jerusalén
480	Malaquías	
¿?	Joel y Daniel, Abdías y Jonás	

Tema 1º. - LA FIGURA DEL PROFETA

1. - Introducción. Vamos a comenzar a estudiar el bloque de libros más bonito de todo el Antiguo Testamento: **Los Profetas**. Lo hemos dividido en dos partes, sólo por razones de tipo práctico y económico: este curso veremos la mitad de la materia y el próximo veremos el resto. Tanto las figuras como el mensaje de estos hombres son apasionantes. Naturalmente, cuando comencemos el estudio del Nuevo Testamento, la figura de Jesús de Nazaret los superará a todos en sus palabras y en sus hechos, pero hasta entonces los profetas, que le precedieron y anunciaron, nos van a dar muchas satisfacciones.

Todo lo que digamos de los profetas nos sirve a nosotros que, por el bautismo, nos hemos incorporado a Cristo, sacerdote, profeta y rey. En el Antiguo Testamento el ministerio profético y el sacerdotal estaban desempeñados, generalmente, por personas distintas (profetas y sacerdotes). En el Nuevo Testamento, ambas misiones, profética y sacerdotal, están desempeñadas por la misma persona constituida en jerarquía (obispos, sacerdotes y diáconos).

Siempre se ha dicho que hay cuatro profetas **mayores** o “**grandes profetas**” (Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel). Te adelanto que, aunque la estudiemos con los profetas, la obra de Daniel no es propiamente profética, sino apocalíptica y escrita en el siglo II antes de Cristo, es decir, doscientos años después del último profeta escritor. Los profetas menores son **doce** (Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahún, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías).

Recuerda que el número doce tiene para los judíos un carácter sagrado, al ser doce las tribus de Israel. Quizás por esta razón Baruc no está entre ellos, para que no fueran trece. Y sin embargo está Jonás como si fuera un profeta, cuando su libro parece ser una parábola. Nosotros nos atenemos al número, entidad y orden que trae la Biblia y, cuando veamos a cada uno, explicaremos lo que haya que aclarar.

Apréndete los nombres de los cuatro mayores y, otro día, te aprendes los de los doce menores. Te advierto que hay dos libros más que nosotros los metemos adosados a Jeremías: el de Baruc, su secretario y compañero; y el libro de las Lamentaciones, al que siempre hemos conocido como “*Libro de las Lamentaciones de Jeremías*” porque tanto la traducción griega de los LXX como la Vulgata latina de San Jerónimo lo introducen con esta atribución: “*Y sucedió, después de deportado Israel y Jerusalén devastada, que el profeta Jeremías se sentó a llorar y entonó esta lamentación sobre Jerusalén diciendo*”. Y a continuación vienen las cinco lamentaciones “de Jeremías”, que tanto han contribuido a dejarnos el recuerdo de un Jeremías llorón. En mi tierra cantan este fandango bíblico, que yo me aprendí de pequeño y que te lo ofrezco para ayudarte a recordar estos nombres:

*“Nació David para rey,
para sabio Salomón,*

*para llorar Jeremías
y para desgraciado, yo”.*

Hemos estado pensando mucho si ofrecerte todos los profetas en un solo libro, en vez de hacer dos partes, como al final hemos decidido. Durante dos años, hemos escrito todo de corrido: los dieciocho libros, más Lamentaciones y Baruc. A pesar de que siempre tuvimos el freno echado para no alargar las citas, la verdad es que nos salió un libro de trescientas páginas. Demasiado gordo, demasiado dinero para editarlo y demasiado comprimido en las citas. Hemos pensado que para qué privarnos de ofrecerte todo el material en su íntegra lozanía. No hay razones para la prisa. Lo hacemos en dos años y listo. Los tres Isaías y Jeremías ya merecen un curso para su estudio.

Aunque con más desahogo iremos seleccionando los temas más bonitos y de más denso contenido. Haremos muchas citas. Casi prefiero callar yo y que hablen ellos. Ésta es mi sana intención, pero es también necesario, para que no te pierdas, hablarte sobre los profetas en este tema de forma general y, después, explicar en cada tema sus vidas y épocas. Por ejemplo: te he hablado de profetas mayores y menores. ¿Eso quiere decir que unos son los buenos y otros de segunda categoría? Nada de eso.

Lo de **mayores y menores** sólo hace referencia a la extensión de sus escritos, no a su contenido. Antiguamente cada profeta mayor ocupaba un rollo de pergamino (en Lucas 4, 17 vemos que le entregaron a Jesús *“el rollo del profeta Isaías”*), mientras que los doce profetas menores ocupaban todos un único rollo. Fue San Agustín el que hizo la distinción y, como la Iglesia siempre los ha conocido así, nosotros seguimos esa clasificación.

2. - ¿Qué significa la palabra profeta? En mis clases, cuando tengo que explicar una palabra nueva, siempre les digo a mis alumnos que lo mejor es comenzar por una definición **etimológica**, es decir, la que parte del significado original de la palabra que queremos definir. Después vienen las definiciones descriptivas o explicativas que suelen valer en tanto en cuanto no se alejan mucho de la etimológica.

Por tanto, vamos a explicar el significado de la palabra **profeta**, y después te doy varias pinceladas que te describan o expliquen esas figuras que aparecieron en Israel con unas características muy peculiares, para hacer guardar la alianza de Dios con su pueblo y luchar contra todo tipo de idolatrías e injusticias. Profetas han surgido en todas las religiones. Según el Islam, Alá ha suscitado en la historia 114.000 profetas, algunos con estatuto especial como Noé, Abrahán, Moisés, Jesús y, sobre todos, Mahoma, que cierra las profecías.

Comencemos, pues, por la definición etimológica. La palabra **profeta** es griega. Los **hebreos** no la usaban, sino que llamaban al profeta **Nebí** (plural **Nebiim**; los Nebiim son los profetas). Etimológicamente, la palabra Nebí significa “el llamado”, “el que anuncia”. En hebreo hay otras denominaciones rahah = “el que ve”;

zohéh = “el que adivina. Son, por lo general, términos despectivos. Quédate con esta primera aproximación etimológica, que ya te dice lo esencial, y vayamos al significado griego de la palabra profeta.

La palabra **griega** profeta está compuesta de dos palabras: **Pro** y **Pheta** (“*Feta*”). **Phemi** significa hablar; “**Pheta**”, “el que habla”; por tanto podemos dar una pincelada más: el profeta es “*el hombre que habla, el hombre de la palabra*”. Algunas veces hemos dicho que el cristiano es el “hombre que escucha”, “**el hombre del oído**”. San Pablo dice que la fe entra por el oído. Hoy tenemos que decir que el profeta es “el hombre de la palabra”, “**el hombre de la garganta**”. Los Santos Padres decían que la Palabra es el esperma del Espíritu: mediante ella el Espíritu fecunda nuestros corazones en el llamado Día de la Palabra. El domingo es el Día del Señor y el Día de la Palabra.

El prefijo “**Pro**” tiene varias traducciones que se complementan unas con otras. “Pro” significa “**en lugar de**”, por tanto profeta es el que “habla en lugar de otro”. Este otro es Dios ya que la palabra profeta y su antecedente **nabí** pertenecen siempre al contexto religioso. Piensa, por ejemplo, en la palabra castellana “pronombre”: es la palabra que está en lugar del nombre para no repetirlo. Si digo: “**Dios es bueno con todos; Él es bondadoso con todas sus criaturas**”. El pronombre “**Él**” de la segunda frase me evita repetir otra vez la palabra “Dios”, que sonaría mal si la pongo dos veces tan seguidas. El profeta habla en lugar, en nombre de Dios, en vez de hacerlo Dios directamente.

Otro significado de “**Pro**” es “públicamente”, “abiertamente”, “claramente”. Por ejemplo, las “**proclamas**” son las comunicaciones públicas de una próxima boda. Se proclaman abiertamente, claramente, públicamente para que, si alguien conoce un impedimento a ese matrimonio, avise al párroco. El profeta sería el que habla abiertamente, claramente, públicamente en nombre de Dios, señalando al pueblo el camino a seguir, es decir, con proyección de futuro, como veremos ahora.

Y tiene un tercer significado. Por ejemplo, la palabra “**pronosticar**” es definida por la Real Academia como: “*Conocer por algunos indicios el futuro*”. El profeta mira hacia adelante, pero no es un adivino que “predice”, sino un hombre de esperanza que lee los signos de los tiempos presentes, se imagina un futuro mejor y trabaja para construirlo, animando a su pueblo a la acción. Estos tres aspectos que sacamos de la etimología del prefijo “**pro**” van a estar presentes en los muchos nombres que la Biblia da a los profetas: “Hombres del espíritu”, “Hombres de Dios”, “Siervos de Dios”.

El profetismo es un carisma, un don, un regalo, como una linterna que Dios da a un hombre concreto, no para él, sino para que alumbré el camino a su pueblo. Los carismas, los dones que Dios nos da, no son para uno mismo, sino para la comunidad. El profeta es el administrador del carisma, el que lleva la linterna. Esta idea vale igual para los profetas del Antiguo Testamento como para los que Dios sigue suscitando en

su Iglesia. Por esto, los profetas tienen conciencia del origen divino de sus palabras y siempre las presentarán con expresiones como éstas: “Así dice el Señor”, “Palabra del Señor”, “Oráculo del Señor”, “El Señor ha dicho”. Dios les habla unas veces en sueños, otras en visiones, otras cara a cara, como a Moisés.

Ya podemos dar una primera definición del profeta sacada de la etimología (el significado original) de la misma palabra profeta y abarcando los distintos sentidos de la palabra “pro”: *Es el que habla en nombre de Dios, públicamente, animando a la gente a construir un mundo mejor, movido por la esperanza ante los signos de los tiempos que se dan en su ambiente y que Dios le ayuda a ver e interpretar. ¿Te vale? Puede que sea un poco fría, pero ahora leyendo y releendo la vocación de Jeremías, entrarás en calor y tu corazón arderá como el de los discípulos de Emaús, cuando escuchaban al Maestro en su vuelta descorazonada a la aldea.*

3. - ¿Qué es un profeta? Vista la definición etimológica, veamos la descriptiva. La definición descriptiva la vamos a hacer de forma práctica. El profeta se define por la llamada que Dios le hace, por su vocación, que es la que da un sentido a su vida. La vocación siempre supone un “antes y un después”: el llamado se convierte en otro hombre distinto. Voy a coger una vocación bonita, la de Jeremías, y como quien pinta un cuadro te voy a ir destacando las pinceladas de esa vocación.

Como esto lo vamos a hacer con distintos profetas, al final de los dos libros, al final del curso próximo, estarás enamorado de los profetas y, además, te sentirás llamado por Dios como Jeremías, Samuel, Ezequiel, tu amigo misionero o tu cura; o como Amós, el pastor cultivador de higos, o nuestro pobre Jonás, que, pese a su resistencia inicial, terminó en Nínive, porque Nínive era la voluntad de Dios sobre él; o la madre catequista; o el diácono permanente, padre de familia que es llamado a los cincuenta para que coja la Palabra y se la lleve al pueblo, tan necesitado de ella. Nunca acabarán los profetas que anuncien la Palabra de Dios a quien la quiera oír. Comencemos, pues, leyendo la vocación del profeta Jeremías, tal como él mismo nos la describe en su libro.

*“Entonces recibí esta palabra del Señor:
Antes de formarte yo en el vientre, te escogí,
antes que nacieses, te tenía consagrado:
te nombré profeta de las naciones.
Yo dije: ¡Ay, Señor mío!
Mira que no sé hablar,
que soy todavía un niño.
El Señor me contestó:
No digas: Soy un niño,
que adondequiera que yo te envíe irás,
y todo lo que te mande dirás.
No les tengas miedo,
que yo estoy contigo para protegerte.*

*Entonces alargó el Señor su mano
y tocó mi boca. Y me dijo:
Mira, yo pongo mis palabras en tu boca.
Desde hoy mismo te doy autoridad
sobre pueblos y reyes,
para arrancar y arrasar,
para destruir y demoler,
para reconstruir y plantar*

Entonces me fue dirigida la palabra del Señor en estos términos: ¿Qué estás viendo, Jeremías? Una rama de almendro estoy viendo. Y me dijo el Señor: Bien has visto. Pues así soy yo, velador de mi palabra para cumplirla. Nuevamente me fue dirigida la palabra del Señor en estos términos: ¿Qué estás viendo? Un puchero hirviendo estoy viendo, que se vuelca de norte a sur. Y me dijo el Señor: Es que desde el norte se iniciará el desastre sobre todos los moradores de esta tierra.

Porque llamaré a todos los reinos del norte y vendrán a instalarse a las mismas puertas de Jerusalén, y frente a todas sus murallas, y contra todas las ciudades de Judá. Entablaré juicio contra ellos por toda su malicia: por haberme dejado a mí para ofrecer incienso a otros dioses, y adorar la obra de sus propias manos.

*Pero tú, cíñete los lomos,
ponte en pie y diles
todo lo que yo te mande.
No les tengas miedo,
que si no, yo te meteré miedo de ellos.
Mira: yo te convierto hoy en plaza fuerte,
en pilar de hierro, en muralla de bronce
frente a todo el país,
frente a los reyes y príncipes de Judá,
frente a los sacerdotes y la gente del campo:
lucharán contra ti,
mas no te podrán,
porque yo estoy contigo para protegerte” (Jeremías 1).*

Vamos a hacer unas reflexiones partiendo de esta vocación de Jeremías y aportándote mi propia experiencia: es como si charláramos un rato sobre lo que he vivido en mis 35 años de profeta, de hombre de la Palabra. Estas reflexiones pueden salir poco ordenadas, pero sí estarán hilvanadas por la lógica de la experiencia.

Lo primero que vemos o, si lo prefieres, el punto de partida para todo lo que sigue es que la iniciativa parte de Dios que llama al profeta, **tocando su boca**. Éste es consciente de que Dios es quien le llama: **“Recibí esta palabra del Señor”**. No es el

pueblo el que lo elige. Por tanto, es distinto de la autoridad civil (por ejemplo, el Alcalde, al que elige el pueblo y, por eso, se debe al pueblo a quien representa y tiene que contentar). Esto significa que el profeta, sacerdote, no se debe a la gente, sino a Dios. No tiene que adaptarse a la gente, sino la gente a él, porque él no es él, sino un representante de Dios, como un embajador del Rey.

Cuando un sacerdote busca el aplauso de sus fieles se está equivocando, porque no van a ser sus fieles quienes juzguen su trabajo, sino Dios, a quien sirve. Es una fácil tentación confundir la voz del pueblo (que no suele ser del pueblo, que habla más bien poco, sino de gente que dice hablar en nombre del pueblo) con la voz de Dios. El que cae en esa tentación, como cayó Aarón, se convierte en falso profeta y será castigado por Dios (Éxodo 32). Yo te diría que a sus gentes las va a tener “enfrente”, es decir, “enfrentados”, como has visto en Jeremías: *“Frente a todo el país, frente a los reyes y príncipes de Judá, frente a los sacerdotes y la gente del campo”*. Dice el Diccionario de la Real Academia que enfrente es “en contra”, “en lucha”. El profeta no busca simpatías, sino conversiones a Dios.

Esto no es fácil para el profeta, porque es **ir contracorriente**. Si todo el mundo está contento con su profeta, malo. Ya verás cómo no hubo ni un profeta auténtico que muriera en la cama. A todos los mataron sus pueblos o sus autoridades, como al obispo Óscar Romero, asesinado mientras decía misa en el Salvador y predicaba a los soldados que no matasen al pueblo. El profeta habla también con sus presencias y ausencias en los sitios y en los actos, por lo que tiene que medirlas muy bien. En procesiones y en romerías, en triduos y quinaros bien pagados. La Palabra no se vende: se recibe y se da gratis.

Si un profeta vende la Palabra, ese profeta tiene un precio y lo puede comprar el poderoso. El profeta tiene siempre que estar tirando del carro, contra corriente: ser más pesado que las moscas, predicando *“oportuna e inoportunamente”*, como dice San Pablo; siempre con humildad, sabiendo que tiene que ofrecer sacrificios por sus pecados, tanto o más que por los del pueblo, porque es tan pecador como el que se pone de rodillas delante suya a confesar.

El profeta, el cura, **no viene a una Parroquia a hacer amigos**: ya los parroquianos tienen amigos de más. Él viene a cambiar el corazón de la gente, enviado por Dios para eso. Naturalmente que saldrán amistades y cariños, pero no para quedárselos sino para presentarlos a Dios. Y el día que el profeta descubra que no escuchan al **“hombre de la garganta”**, que no la siga malgastando en vano, que se vaya a otro sitio, a predicar lo mismo a otros que lo quieran escuchar. Eso sí, sacudiendo antes de irse hasta el polvo de sus zapatos contra ese pueblo.

El día del juicio tendrán que dar cuenta de un profeta que hubo entre ellos y al que no escucharon. ¡Dios nos ayude a los profetas en nuestra terrible misión: ser bandera discutida, como Jesús, en nuestro pueblo, que nos dio cariño, pero no nos quiso escuchar! Esto mismo dijo Jesús: *“Y si no os reciben ni escuchan vuestras*

palabras, salid de la ciudad aquella sacudiendo el polvo de vuestros pies. Yo os aseguro: el día del juicio habrá menos rigor con Sodoma y Gomorra que con aquella ciudad” (Mateo 10, 14-15).

Lo segundo es todo esto que te he dicho sobre la conciencia que tiene el profeta (sacerdote) de estar en tensión entre dos intereses contrarios, el pueblo y Dios, es tan importante en la Biblia que te lo voy a mostrar con **dos** citas que seguro conoces. **Una** en la que el gran sacerdote Aarón, hermano mayor de Moisés, se deja llevar por las exigencias del pueblo empeñado en que le fabrique una imagen, en contra de la voluntad de Dios que no quiere imágenes. Después Moisés tendrá que poner su cara para aplacar las justas iras de Dios. Fíjate en el detalle de cómo Moisés y Dios, como el pueblo ha fallado, repiten la misma frase: “Ese pueblo que **tú** sacaste de Egipto”. Ninguno de los dos quiere saber nada del pueblo, ni Dios ni Moisés:

“Viendo el pueblo que Moisés tardaba en bajar del monte, acudió en masa ante Aarón y le dijo: Anda, haznos un dios que vaya delante de nosotros; pues a ese Moisés que nos sacó de Egipto no sabemos lo que le ha pasado. Aarón les contestó: Quitadles los pendientes de oro a vuestras mujeres, hijos e hijas y traédmelos. Todo el pueblo se quitó los pendientes de oro y se los trajeron a Aarón. Él los recibió y trabajó el oro a cincel y fabricó un novillo de fundición.

Después les dijo: Éste es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto: Después edificó un altar y proclamó: Mañana es fiesta del Señor. Al día siguiente se levantaron, ofrecieron holocaustos y sacrificios de comunión, el pueblo se sentó a comer y beber y después se levantaron a bailar.

El Señor dijo a Moisés: Anda, baja del monte, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un novillo de metal, se postran ante él, le ofrecen sacrificios y proclaman: Éste es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto. Y el Señor añadió a Moisés: Veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Por eso déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos. Y de ti haré un gran pueblo.

Entonces Moisés suplicó al Señor, su Dios: ¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto, con gran poder y mano robusta? ¿Tendrán que decir los egipcios: con mala intención los sacó, para hacerlos morir en las montañas y exterminarlos de la superficie de la tierra? Aleja el incendio de tu ira, arrepíentete de tu amenaza contra tu pueblo.

Acuérdate de tus siervos, Abrahán y Jacob, a quienes juraste por ti mismo diciendo: Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de la que te he hablado se la daré a vuestra descendencia para que la posea para siempre. Y el Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo” (Éxodo 32, 1-14).

Para no alargar demasiado este tema, lee este capítulo entero y fíjate en las consecuencias que le acarreó al pueblo el que Aarón les diera gusto: de momento tres mil muertos, ejecutados por los levitas. Ya sabemos que las cifras no hay que tomárselas al pie de la letra. Digamos que la idolatría les trajo graves consecuencias. Es una cita donde se ve muy clara la difícil posición del profeta haciendo de abogado de las causas perdidas por amor a su pueblo, al que pertenece.

El otro pasaje que te voy a citar es la llamada “**la quinta confesión de Jeremías**”, que es la más bonita y resume los sentimientos de todas las demás. El profeta está en el límite de sus fuerzas, en su posición entre Dios y su pueblo, y se queja a Dios. Se da cuenta de que Dios, que lo llamó, ha podido más que él y le ha complicado su vida hasta tal punto que confiesa que mejor hubiera sido no haber visto la luz del día.

(Ya que estás ambientado en este pensamiento, te doy las citas de las otras confesiones, por si quieres leerlas y meditarlas tú en casa. No nos detendremos en ellas cuando estudiemos a Jeremías para no repetir lo que vamos a decir aquí sobre la impotencia del profeta ante su misión. En la primera se queja ante Dios de la prosperidad de los malvados (Jeremías 12. 1-5). En la segunda se refleja su combate interior, renegando hasta de su madre que lo dio a luz (Jeremías 15, 10-21). En la tercera, desesperado, se pregunta “**¿dónde está la palabra del Señor?**” (Jeremías 17, 14-18) y en Jeremías 18, 19-23, la cuarta confesión, sigue gritando su dolor).

Es la lucha interior que vivimos continuamente los profetas: ¿Por qué me has elegido a mí y no te fijaste en otro? Muy pocos quieren la Palabra de Dios, ni siquiera regalada. El pueblo está en sus magias, en sus santos, en sus fetiches y a nadie interesa la Palabra. A las personas, en general, les interesa sus planes, no los planes de Dios:

*Me has seducido, Señor, y yo me dejé seducir;
me forzaste y me pudiste.
He sido el hazmerreír todo el día,
todos se burlaban de mí.
Cada vez que hablo es para gritar:
¡Violencia! ¡Destrucción!
La palabra de Dios se volvió para mí
oprobio y desprecio todo el día.
Yo decía: No me acordaré de Él,
ni hablaré más en su Nombre.
Pero la palabra era en mis entrañas
un fuego ardiente, prendido en mis huesos,
y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía.
Escuchaba las calumnias de la gente:
¡Terror por doquier!, ¡denunciadlo!,*

*¡vamos a denunciarlo!
Mis amigos acechaban mi traspié:
¡A ver si se distrae, y lo violaremos,
y tomaremos venganza de él!
Dios está conmigo,
como fuerte guerrero.
Mis enemigos tropezarán
y no podrán conmigo;
se avergonzarán de su fracaso
con sonrojo eterno que no se olvidará.
¡Señor de los ejércitos,
que yo vea la venganza que tomas de ellos,
porque a ti he encomendado mi causa!
¡Maldito el día en que nací!,
¡el día que me dio a luz mi madre no sea bendito!
¡Maldito aquel que felicitó a mi padre diciendo:
Te ha nacido un hijo varón, y le llenó de alegría!
Sea el hombre aquel semejante
a las ciudades que destruyó Dios sin que le pesara,
y escuche alaridos de mañana
y gritos de ataque al mediodía.
¿Por qué no me mató en el vientre
y hubiese sido mi madre mi sepultura,
con seno preñado eternamente?
¿Para qué he salido del seno,
a ver pena y aflicción,
y acabar mis días derrotado? (Jeremías 20, 7-18)*

¡Qué contraste, a veces, entre la realidad humana del profeta y lo que Dios espera de él! Fíjate lo que le dice en la cita anterior, la de su vocación: ***“Pero tú, cíñete los lomos, ponte en pie y diles todo lo que yo te mande. No les tengas miedo, que si no, yo te meteré miedo de ellos. Mira: yo te convierto hoy en plaza fuerte, en pilar de hierro, en muralla de bronce frente a todo el país, frente a los reyes y príncipes de Judá, frente a los sacerdotes y la gente del campo”***.

Ya conocemos la expresión ***“ponte en pie y cíñete los lomos”***. Fue la que le dijo Dios a Job cuando comenzó a hablarle: ¿Te acuerdas? ***“Cíñete los lomos como un bravo: voy a preguntarte y tú me responderás”*** (Job 40, 7). Dios no quería hablar con un guiñapo, que es como se mostraba Job y se muestra ahora Jeremías en la cita de “sus confesiones”. Dios quiere hablar con el hombre, casi de igual a igual.

El difícil papel del profeta lo lleva, a veces, a esa situación interior de derrota, que muestra Jeremías en sus confesiones, y de queja a Dios que lo ha seducido como un amante seduce a la amada y viceversa. Estar siempre ***“enfrente”*** es muy duro; es

más fácil seguir la corriente: montarse en el caballo e irse al Rocío, coger la vara e ir tras un cautivo, pasando de los demás cautivos.

Pues aquí, lo mismo. Viene a decirle Dios: *“Déjate de soy un niño que no sabe hablar. Ponte firme, cíñete los lomos, vete a donde yo te mande y diles lo que yo te diga, porque a partir de hoy no eres ya un cualquiera: eres plaza fuerte, pilar de hierro, muralla de bronce. Tú frente a todos, y yo contigo”*. Amós no cedió a las presiones del poderoso Amasías, sacerdote de Betel, respaldado por el rey. Las presiones del poder al profeta suelen ir acompañadas de buenas promesas y palabras bonitas. Ceder ante ellas es caer en la tentación.

Y, sin embargo, el profeta tiene conciencia de su pequeñez respecto a la misión que se le encomienda: *“¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar de Egipto a los israelitas?”* (Moisés). *“¡Ay de mí, estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros!”* (Isaías). *“¡Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho”* (Jeremías).

También María, nuestra Madre, *“Se asustó ante las palabras del ángel y se preguntaba qué significado tenían”* (Lucas 1, 29). Pero el ángel le dijo: *“No temas, María... el Espíritu Santo vendrá sobre ti”*. Y a Moisés: *“Yo estaré contigo”*. Y a Jeremías: *“No les tengas miedo, que yo estoy contigo para protegerte”*. Y así todos: garantía absoluta de la protección al profeta. *“Te atacarán, pero no te podrán, porque yo estoy contigo para protegerte”*. Lee despacio la cita y verás con qué garantías cuenta el profeta y, a su vez, la lucha interior que lleva consigo.

Lo tercero es que Dios llama cuando quiere. Vamos a dar otro pasito más adelante en este punto. ¿Te acuerdas de la parábola de los obreros de la viña, que se cuenta en Mateo 20? ¿Recuerdas que por una decisión “injusta” del dueño de la viña (Dios), los contratados al caer de la tarde cobraron igual que los que comenzaron al amanecer? Son los caminos y los planes de Dios, tan distantes y distintos de los nuestros. A Él no le importa la hora del comienzo del trabajo en la viña, es decir, la edad en que se comienza, sino la disponibilidad y el celo que se pone en la tarea de su viña.

Jeremías y Juan Bautista fueron llamados en el seno materno. Samuel y yo desde pequeñines, como millones a lo largo de la historia. Cuando yo era pequeño, Dios nos llamaba a los diez o doce años. Después comenzaron a llenarse los seminarios de “vocaciones tardías”, que así se llamaban a los que entraban a la edad de Amós, Pedro, Andrés, Santiago o Judas. Éstos tuvieron que dejar su bufete de abogado, su mostrador en la tienda, el volante de su camión, sus redes en Galilea o sus higos y sus cabras. Cualquier edad es buena para oír la llamada de Dios.

Unas veces el impulso de la llamada, siempre irresistible, les lleva a manifestar una palabra de ánimo, de aliento, *“edificar y plantar”*; otras veces será *“arrancar y destruir”*. **Anuncio** y **denuncia** serán siempre las dos caras del mensaje profético.

Tan importante la una como la otra; si me aprietas, la una más que la otra, aunque la imagen que tenemos del profeta es más de conflicto que de consenso. Denuncia de la injusticia y el pecado de su pueblo y anuncio del castigo o salvación que le espera.

Dorothy Days decía, hablando del día de la Palabra: *“El domingo es siempre profecía: **anuncio y denuncia**. La Iglesia tiene que confortar a los atribulados y atribular a los confortados. Ofrecer esperanza a los que no la tienen y rebajársela a quienes presumen de ella”*. Siempre denunciando el pecado y siempre animando a los caídos en desgracia.

En el anuncio, el peso cae sobre la fidelidad de Dios más que sobre el castigo. El anuncio se hace en el ámbito de la alianza (Berit). Dios tiene misericordia de su pueblo y se dirige a él. Si el pueblo responde bien a Dios, funciona la alianza. Si Israel no responde se sale del marco de la alianza y es necesario que alguien ocupe el lugar del Israel apóstata. Ese lugar lo ocupa el profeta. Así el profetismo es preparación al misterio de Cristo, mediador entre Dios y los hombres.

¿Te acuerdas de la parábola de los huesos secos pronunciada por Ezequiel a los desterrados en Babilonia? Israel está hundido: *“**Nuestros huesos están secos, no nos queda esperanza, estamos destrozados**”*. Dios envía a Ezequiel a hacerle un anuncio: *“**Así dice el Señor Dios: He aquí que yo abriré vuestros sepulcros; os haré salir de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os llevaré de nuevo a la tierra de Israel. Y cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestros sepulcros, pueblo mío, sabréis que soy el Señor. Os infundiré mi espíritu y viviréis; os colocaré en vuestra tierra y sabréis que yo, Dios, lo digo y lo hago**”* (Ezequiel 37).

Una cuarta pincelada sobre el profeta es su **denuncia constante contra los ricos**, que oprimen al pobre, como lo fue en el Profeta de Nazaret: *“**¡Ay de vosotros, los ricos!**”* ¡Qué difícil lo tenéis! No por el dinero, que no es ni bueno ni malo en sí, sino por la codicia, el afán del dinero al que adoráis, sustituyendo a Dios en vuestro corazón. Jesús tuvo amigos ricos, pero que supieron compartir con él hasta el sepulcro, lo más sagrado para un judío (Por ejemplo, José de Arimatea, en cuyo sepulcro estuvo Jesús tres días. O Nicodemo, aquel senador que le visitó de noche, como vemos en Juan 3).

El profeta es “el hombre de Dios”. Ha tenido un encuentro personal con Él que lo llama para que cumpla en su nombre una misión concreta, dentro del pueblo al que lo envía. Las llamadas al profeta son muy variadas, en cada caso es distinta, pero tienen en común **la experiencia del encuentro**. Ellos han visto a Dios que se les hace presente en sus vidas y de esta experiencia arranca su conciencia de enviado, a pesar de su pequeñez de hombre pobre y pecador. Esa experiencia ha cambiado sus vidas y se lanzan entre los hombres a comunicar su propia experiencia y a interpretar la voluntad de Dios para con ellos.

Esta voluntad de Dios está manifestada en los signos de los tiempos que viven. Por esto, a veces Dios les habla en parábolas, que ellos han de interpretar. En la cita que te puse de la vocación de Jeremías tienes un par de ellas:

“¿Qué estás viendo, Jeremías? Veo una rama de almendro. Y me dijo el Señor: Bien has visto. Pues así soy yo, velador de mi palabra para cumplirla”.

El almendro es un signo de los tiempos: anticipa, anuncia la primavera; el almendro nunca nos engaña, siempre cumple: cuando florece es que la primavera está cerca. Lo mismo que vela Dios para que la primavera siga al almendro florecido, vela para que su palabra se cumpla. La otra parábola de la olla hirviendo que viene del norte está explicada en los versículos siguientes: son los ejércitos asirios y babilónicos que, bajando del norte, los llevarán al destierro. Se extenderán sobre ellos como una olla que se derrama. ¡Qué imagen más bonita!

Éste es el profeta. Todo comienza con la llamada de Dios, con la elección divina. Jeremías se siente un niño. Isaías, un pecador. Pero eso no importa. La eficacia prometida a la Palabra no está en la persona enviada, sino en el que envía, en el ***“Yo pongo mis palabras en tu boca”***. Desde ese momento la vida de Jeremías tiene una nueva orientación, la que Dios le da. Ya no volverá a actuar por cuenta propia, sino en nombre de Dios que le envía. Deja de ser él para convertirse en el Moisés de su pueblo: ***“Suscitaré entre ellos profetas como tú”***, le dijo Dios a Moisés.

La misión es pública y universal: ***“Sobre reyes y pueblos”***. Y él lo sabe; y sabe, porque Dios se lo ha dicho, que lucharán contra él, pero no le podrán porque Dios está de su parte y le ha dado la fortaleza de un pilar de hierro, de una muralla de bronce. Su palabra es la Palabra del Dios que lo envía. Lee despacio esa cita y, como primera aproximación, ya tienes suficiente.

4. - Cuándo surgieron los profetas. Este punto es muy importante. Aunque, cuando vayamos viendo a los distintos profetas, te explique la época y las circunstancias históricas y sociales en que tuvieron que predicar, ahora te voy a dar una visión de conjunto haciendo un recorrido por los más importantes, desde el comienzo del pueblo de Dios hasta el último de los profetas escritores. De algunos ha resultado casi imposible localizar sus fechas. Te lo indicaré cuando sea así.

Sólo nos detendremos en los varones, pero también cita la Biblia profetisas. Por ejemplo, María, la hermana de Moisés y Aarón: ***“María, la profetisa, tomó en sus manos un tímpano y todas las mujeres la seguían cantando a coro”*** (Éxodo 15, 20). O, por poner otro ejemplo, Débora: ***“En aquel tiempo, Débora, una profetisa, mujer de Lappidot, era juez en Israel”*** (Jueces 4, 4). Hay más, pero vamos a centrarnos en los varones que fueron más importantes y dejaron escritos sus mensajes.

Con estos profetas escritores se cerró el profetismo clásico en Israel. En el nuevo Israel (la Iglesia), Dios siguió, sigue y seguirá suscitando nuevos profetas que indiquen a su pueblo el camino que ha de seguir para entrar en la nueva tierra prometida que es el cielo. Voy a explicarte primero lo que hubo desde los comienzos hasta el siglo octavo antes de Cristo y, en el punto siguiente veremos a los profetas que viven entre los siglos octavo y quinto. Son los llamados **profetas posteriores**, reservando para los más antiguos el calificativo de **profetas anteriores**.

5. - Los profetas anteriores. Remontar el vuelo a los principios del pueblo de Dios es irnos a Abrahán y los patriarcas. ¿Te acuerdas de cuando Abrahán estuvo en Guerar y presentó a Sara como su hermana en vez de como su esposa? Recuerda que el rey Abimélek se enamoró de Sara y quiso tomarla por esposa, sin mala intención pues no sabía que estaba casada con Abrahán. Dios le dijo al rey: ***“Devuelve la mujer a ese hombre, porque es un profeta. Él pedirá por ti para que vivas”*** (Génesis 20, 1-7).

Aunque este pasaje bíblico cita como profeta a nuestro padre Abrahán, todavía no podemos hablar de profetismo en sentido estricto. De Abrahán dice la Biblia “profeta” en el sentido más amplio de la palabra: un hombre que goza de unas relaciones privilegiadas con Dios y está protegido por Él. Todavía en aquella época Dios hablaba directamente con los patriarcas o a través de “su ángel”, que venía a ser otra forma de manifestación de Dios, sin intermediarios humanos, que eso son los profetas.

Habría que acercarse quinientos años más en la historia para encontrarnos con Moisés. Éste sí está ya entre Dios y su pueblo, como recordarás del libro del Éxodo, que te cité más arriba. Pero Moisés es ante todo un caudillo: su relación con Dios y con su pueblo está en función del gobierno y caudillaje que se le ha encomendado. Él, y su heredero Josué, son guías políticos y espirituales que conducen al pueblo a la tierra prometida.

Cuando el pueblo de Dios entre en la tierra prometida, se va a encontrar allí con muchos falsos profetas por los que no se debe dejar engañar porque son individuos siempre dispuestos a vivir del cuento, engañando a la gente sencilla y buscando sólo sus intereses. Te voy a poner una cita del Deuteronomio, que te puede iluminar este párrafo. Es Moisés el que habla al pueblo:

“Cuando hayas entrado en la tierra que Yavé, tu Dios, te da, no aprenderás a cometer abominaciones como las de esas naciones. No ha de haber en ti nadie que haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, que practique adivinación, astrología, hechicería o magia, ningún encantador ni consultor de espectros o adivinos, ni evocador de muertos. Porque todo el que hace estas cosas es una abominación para Yavé, tu Dios, y por causa de estas abominaciones desaloja Yavé, tu Dios, a esas naciones delante de ti.

Has de ser íntegro con Yavé, tu Dios. Porque esas naciones que vas a desalojar escuchan a astrólogos y adivinos, pero a ti Yavé, tu Dios, no te permite semejante cosa. Yavé, tu Dios, suscitará, en medio de ti, entre tus hermanos, un profeta como yo, a quien escucharéis. Es exactamente lo que tú pediste a Yavé, tu Dios, en el Horeb, el día de la Asamblea, diciendo: Para no morir, no volveré a escuchar la voz de Yavé, mi Dios, ni miraré más a este gran fuego.

Y Yavé me dijo: Bien está lo que han dicho. Yo les suscitaré, de en medio de sus hermanos, un profeta semejante a ti, pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande. Si alguno no escucha mis palabras, las que ese profeta pronuncie en mi nombre, yo mismo le pediré cuentas de ello. Pero si un profeta tiene la presunción de decir en mi nombre una palabra que yo no he mandado decir, y habla en nombre de otros dioses, ese profeta morirá” (Deuteronomio 18, 9-20).

Fíjate que astrólogos, adivinos, magos y hechiceros ya los había habido antes, entre los antiguos habitantes de la tierra prometida. Eran profetas falsos y eran los consultores del pueblo cananeo que Dios desalojó para que entrara Israel. Esos adivinos, magos y hechiceros, es decir, falsos profetas, los ha habido siempre en todos los sitios porque siempre hay gentes incultas que son sus presas fáciles; raro es el día que no aparecen en la TV toda esa gente que dicen comunicarse con el más allá, adivinar o curar, a través de los espíritus de los muertos o de la bola de cristal. Como has visto, Dios los califica de abominación, es decir, de algo rechazable.

Hay que distinguir entre estos gestos abominables de los falsos profetas y las acciones simbólicas a las que de vez en cuando recurren los profetas para apoyar la palabra. Éstas son menos estrambóticas. Por ejemplo: Isaías se pasea tres años *“desnudo y descalzo”*, esto es como un deportado, por las calles de Jerusalén, por orden de Dios: *“Ve y desata la correa de tu cintura, y quítate las sandalias de los pies. Isaías lo hizo y anduvo desnudo y descalzo. Y dijo Yavé: Así como ha andado mi siervo Isaías desnudo y descalzo tres años como señal y presagio... así conducirá el rey de Asur a los cautivos: desnudos, descalzos y nalgas al aire”* (Isaías 20).

O cuando Dios le dice a Jeremías: *“Hazte un yugo y pónitelo sobre el cuello”* (27, 2) y predícales que así se van a ver ellos, si no te escuchan. Otra vez le mandó comprar un cántaro y romperlo delante de todo el pueblo, diciendo en nombre de Dios: *“Así romperé yo a este pueblo...” “Así dice el Señor: Yo traigo sobre este lugar tal desgracia que a todo el que la oyere le zumbarán los oídos”* (Jeremías 19).

O cuando el Señor le dijo a Ezequiel: *“Prepárate un equipo de desterrado y sal desterrado en pleno día, ante sus propios ojos. Saldrás del lugar donde te encuentras hacia otro lugar. Tal vez vean que son una casa de rebeldía. Saldrás por la tarde, a vista de todos, como salen los deportados.”*, a ver si así aprenden y te escuchan (Ezequiel 12, 3). Se trata de formas simbólicas con las que llamar la atención del pueblo dormido.

En cambio, en la cita que te he puesto Dios habla de Moisés como profeta y promete enviar a su pueblo profetas como él que tengan su palabra en la boca y a quienes el pueblo ha de escuchar. Estamos en torno al año 1.250 antes de Cristo. A lo largo y ancho de la tierra prometida van surgiendo santuarios en los cuales se conserva la fe en Dios y se ofrecen sacrificios. Muchas veces compaginando el culto a Yavé con el de los viejos ídolos protectores de aquellas tierras.

Al principio todo está muy mezclado, como la misma gente. Del monoteísmo de verdad podremos hablar tras la vuelta del exilio de Babilonia, dentro de 700 años. Generalmente en torno a estos santuarios surgen grupos de profetas; son los llamados: **“hijos de los profetas”**. ¿Quiénes son éstos? Eran grupos de creyentes que rodeaban al profeta y tenían una vida más o menos comunitaria bajo la tutela de ese hombre importante al que seguían.

Vivían de la limosna y muchos los tachaban de locos por sus manifestaciones exteriores que eran muy primitivas, estrambóticas, incluso echaban espumarajos por la boca, se hacían heridas en la piel para impresionar al auditorio, etc. Este interés en llamar la atención lo veremos también presente en los grandes profetas, que realizarán acciones simbólicas, como hemos dicho, pero menos estrambóticas. No todos eran falsos profetas, pero todos eran muy primitivos.

A estos grupos de profetas los encontramos en la época que va desde la toma de posesión de la tierra prometida hasta Samuel, Elías y Eliseo. Muerto Eliseo no se les nombra más. Este fenómeno ha ocurrido siempre en los ambientes religiosos, bien en torno al líder de las sectas, bien en torno a hombres santos, que acabaron fundando congregaciones a partir de esos “hijos”, que después les llamarán “el padre” o “la madre fundadora”.

Este fenómeno de los profetas anteriores de que tratamos en este punto no es exclusivo de Israel sino que los hay similares en otros pueblos del antiguo oriente y en otras religiones. Como ves, el profetismo no nació desde un primer momento con la forma definitiva que veremos en el próximo punto sino que fue evolucionando hasta llegar a los profetas posteriores o escritores, cuya forma de manifestación ya sí es original y exclusiva de Israel.

Y lo que decimos del profetismo, lo podemos aplicar a la religión: la revelación de Dios fue progresiva, acomodándose a la capacidad de entender del hombre. Por ejemplo, la doctrina de la resurrección de los muertos fue una revelación tardía: hasta los Macabeos no está plenamente revelada (siglo II antes de Cristo).

Avancemos doscientos años más en la historia y en torno al 1.050 antes de Cristo nos encontramos con Samuel, de quien se dice que ***“Samuel crecía, Dios estaba con él y no dejó caer en tierra ninguna de sus palabras. Todo Israel, desde Dan hasta Berseba, reconoció que era Samuel un verdadero profeta de Yavé. Yavé***

continuó revelándose en Siló, porque en Siló se revelaba a Samuel la palabra de Yavé” (I Samuel 3, 20). Fue él el que ungió, por orden de Dios, a Saúl, primero, y después a David como reyes. Dios lo acreditó como profeta.

Y ya en tiempos de David nos encontramos con el profeta Natán. ¿Te acuerdas de él? *“Después de Samuel surgió Natán para profetizar en los días de David”* (Eclesiástico 47, 1). Fue el que **denunció** al rey su pecado con Betsabé, la mujer de Urías y madre de Salomón, y le **anunció** la promesa de que su casa permanecería para siempre (¿Ves? Desde el principio **anuncio y denuncia**, como te dije antes). Y Gad, el “vidente de David”, contemporáneo de Natán: *“Cuando David se levantó por la mañana, le había sido dirigida la palabra del Señor al profeta Gad, vidente de David...”* (2º Samuel 24, 11).

Un poco más tarde surgen dos profetas que ya conoces: son los **profetas carismáticos** Elías y Eliseo. Estos dos hacen de puente entre los antiguos y los nuevos. Eliseo murió en torno al año 800 antes de Cristo; sus vidas y hazañas nos ocuparon varios capítulos en la 3ª parte de este Curso. Te repito que a todos estos grandes profetas que no escribieron sus profecías los llaman **“profetas anteriores”**, dejando el título de **“profetas posteriores”** para los **“profetas escritores”**, que son los que vamos a estudiar este año y el próximo. Éstos ya no actúan en grupo, sino individualmente y tienen una fuerte personalidad, como veremos a lo largo de este libro y del siguiente. Nosotros vamos a atenernos a esta clasificación de los profetas, pero reconociendo que en este terreno toda clasificación es imprecisa.

6. - Los profetas posteriores. Los profetas posteriores, escritores o clásicos vivieron en los siglos VIII al V antes de Cristo, época dorada del profetismo en Israel. El **primero** Amós (750 antes de Cristo) y como el **último** suelen colocar a Joel, al final del siglo V (400 antes de Cristo). He dicho “suelen colocar a Joel” porque la localización temporal de casi todos es problemática y suele haber fechas para todos los gustos, según los autores. No te asustes, que esto es normal.

Estamos hablando de una historia maravillosa, pero de un pueblo muy pequeñito. Por lo que he leído, todo el reino de Israel y Judá nunca pasó de los cien mil habitantes (la cuarta parte de la provincia de Huelva). Y la gran Jerusalén, en la época del destierro, andaría por los 15.000 habitantes: si, en las distintas deportaciones, se llevaron a unas siete mil personas, no sólo se llevaron a toda la gente importante de Jerusalén, sino a casi toda la ciudad.

Quedaron los que no les servían para nada en Babilonia, la gente del campo. Pocos historiadores se preocuparon de aquel pueblo pequeño, pobre y humilde. Uno entre los cientos que ocupaban la zona. Sólo Dios se fijó en él. Apenas tenemos datos extra-bíblicos.

Por ejemplo, Jonás, que se escribió en el siglo IV antes de Cristo es un libro didáctico, cuyo protagonista está inspirado en un profeta del siglo VIII. Y Daniel, a

quien vamos a estudiar entre los profetas mayores, por la extensión de su escrito, pudo terminarse de escribir hacia el siglo II antes de Cristo, pero su libro no puede ser considerado libro profético en sentido estricto, como veremos en su día. Estos detalles son importantes, pero menos.

Lo que realmente nos interesa de la Biblia es el contenido de los libros, lo que Dios nos ha hablado y enseñado con la historia de este pequeño y maravilloso pueblo, nuestro padre en la fe. Todo lo que se escribió sobre él, se escribió para enseñanza nuestra, como te he repetido y repetiré a lo largo de todo este Curso de Iniciación a la Biblia.

Por tanto son trescientos cincuenta años que vamos a desglosar por siglos para darte una visión que te permita localizarlos, siempre con un cierto margen de precisión. Para no cansarte con tantas fechas, te pongo el siglo en que vivió el profeta. Si quieres saber el año aproximado en que comenzó su predicación, lo consultas en el cuadro que te pongo al final del tema cero. Cuando hablamos de escritores no quiere decir que ellos escribieran todo lo que conservamos: pudieron ser también sus discípulos los que recogieran sus profecías. El orden que traen en nuestra Biblia no es el de la antigüedad de los escritos, sino la extensión que ocupan, el tamaño de la obra.

En el siglo VIII comenzamos con **Amós**. Era natural de Tecoa, en Judá, reino del sur, pero el Señor lo sacó de su huerto y sus cabras para mandarlo a predicar en el norte (Betel, Samaría y Guigal). Del reino de norte, Israel, es **Oseas**. Al pobre Oseas su mujer, Gómer, le salió rana y tuvo que sufrir sus infidelidades. Por esto supo predicar con más realismo que nadie las infidelidades de Israel para con su Dios.

En este mismo siglo VIII pero en el reino del sur, Judá, tenemos a otros dos grandes profetas. El primer **Isaías** (Protoisaías) y Miqueas. El libro de Isaías que tienes en tu Biblia se escribió a lo largo de los años 740 al 510 antes de Cristo, siempre aproximadamente. Si haces las cuentas son 230 años. Naturalmente no pudo ser una sola persona. Se habla, al menos, de tres autores: este Isaías I, anterior al exilio de Babilonia (Protoisaías); un Isaías II (Deuteroisaías), que vivió en el exilio y un Isaías III (Tritoisaías) que vivió tras la vuelta de Babilonia.

El Protoisaías predicó en Jerusalén la santidad de Dios y de su templo y habló de un Mesías que traería la paz y la justicia. Su ministerio profético duró casi 40 años. **Miqueas** concreta que ese Mesías esperado nacerá en Belén de Judá. 700 años más tarde, los escribas del rey Herodes se acordarán de esta profecía de Miqueas 5, 1 cuando los Magos le pregunten por el Mesías:

“Nacido Jesús en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes, unos magos que venían de oriente se presentaron en Jerusalén diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en oriente y hemos venido a adorarle. En oyéndolo, el rey Herodes se sobresaltó y toda Jerusalén con él.

Convocó a los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, y por ellos se estuvo informando del lugar donde había de nacer el Cristo. Ellos le dijeron: En Belén de Judea porque así está escrito por medio del profeta:

*Y tú, Belén, tierra de Judá,
no eres la más pequeña
de entre las ciudades de Judá;
porque de ti saldrá un caudillo
que apacentará a mi pueblo Israel”*

(Miqueas 5, 1 y Mateo 2, 1-6).

En el siglo VII ya no existía el reino del norte que en el 722 antes de Cristo había sido absorbido, en buena parte, por Asiria y las ciudades más al sur se habían incorporado a Judá. Por tanto, el resto de los profetas predicarán en Judá, o el destierro. Vamos a citar, y poco más, a cinco profetas que predicaron durante este siglo y que estudiaremos detenidamente más adelante. El primero en el tiempo fue **Sofonías** que predicó en la década del 640-630 antes de Cristo. Vivió en tiempos del santo rey Josías y su predicación pudo influir decisivamente en la reforma del culto llevada a cabo por el rey reformador.

El más importante en esta época fue, sin duda, **Jeremías**. Nació cerca de Jerusalén, en Anatot. Vivió en tiempos de la reforma de Josías y gritó y lloró la decadencia de sus sucesores hasta la primera caída de Jerusalén el año 598 antes de Cristo, con la deportación de Jeconías y la clase sacerdotal y la nobleza, entre ellos Ezequiel. Esta corrección de Dios fue decisiva en la historia de Israel, como veremos. Todos acabarán purificados en el destierro y de ahí saldrá un resto, del que hará Dios un pueblo, al que dará un corazón nuevo para amarle de una manera más auténtica y fiel: el judaísmo.

También en este siglo VII suelen colocar a estos tres profetas menores: **Nahún**, **Habacuc** y **Abdías**, cuyas fechas de aparición son tan imprecisas que algunos los colocan en el siglo IX y otros en el V antes de Cristo. Ya los veremos cuando llegue su momento.

En el siglo VI tenemos al gran profeta **Ezequiel**. Deportado a Babilonia, describe así la situación: “*Se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, todo ha acabado para nosotros*”. Anuncia el perdón, la conversión y la restauración tras la purificación del exilio. También son de este siglo los otros dos Isaías. El **Deuteroisaiás**, que predica entre los deportados la esperanza de la restauración. Y el **Tritoisaiás**, cuyo inicio de predicación coincide con el año de la vuelta a casa (538 antes de Cristo), con todo el desencanto que se produjo tras el deseado regreso y del que ya te hablé cuando vimos la historia. También de este siglo son **Ageo** y **Zacarías**. Viven tiempos de decadencia y ellos se dedican a animar la fe del pueblo.

En el siglo V fechamos a **Malaquías** y a **Joel**, al que todos consideran el último de los libros proféticos, pero cuya fecha de redacción resulta difícil de precisar. Pudo ser un hombre del templo restaurado, tras la vuelta a casa. Ya precisaremos más, cuando los estudiemos. De **Jonás** y **Daniel** ya te hablé antes. Como ves, los siglos VIII-V son la edad dorada del profetismo del pueblo de Dios, que vivió esta experiencia de una forma completamente distinta de los pueblos vecinos; aunque todas las religiones antiguas presumían de sus profetas, la experiencia de Israel fue distinta.

Al final del tema cero te puse un cuadro al que puedes acudir cuando lo necesites. Comenzaremos la lista por Elías, el primero y gran profeta carismático. Las fechas son aproximadas y siempre antes de Cristo, naturalmente. Si alguno no está en la lista, es que no hay ningún autor que se atreva a ponerle fecha. Ya te lo explicaré cuando estudiemos a ese profeta.

7. - Verdaderos y falsos profetas. Lo que quiero explicarte en este punto es el perfil del verdadero profeta, según la Palabra de Dios para que lo distingas del falso profeta, cuyo perfil será el opuesto, naturalmente. Para ti es muy importante distinguirlo para que hagas el discernimiento oportuno. De todas formas este punto puede sobrar, si queremos. El buen Profeta, como el buen Pastor, es Jesús. Con razón dijeron de Él sus paisanos: *“Un gran profeta ha surgido entre nosotros, Dios ha visitado a su pueblo”* (Lucas 7, 16). En tanto en cuanto tú veas en ti y en el profeta de turno el perfil y las actitudes de Jesús, serás profeta verdadero y estarás ante un profeta verdadero. Si no te pareces y no se le parece, ambos seréis falsos profetas.

La primera nota del profeta falso es que nadie lo ha mandado sino que viene por su cuenta alabando a todos y mintiendo para vivir del cuento. Jeremías le dice al falso profeta Jananías:

“No te ha enviado el Señor y le has inculcado a la gente una confianza falsa. Por eso, así dice el Señor: He aquí que yo te arrojo sobre la haz del suelo. Este año morirás porque has predicado rebelión contra Yavé. Y murió el profeta Jananías aquel mismo año, el mes séptimo” (Jeremías 28, 15-16).

Y el mismo Dios dice:

“Los profetas profetizan mentiras en mi nombre. Ni los envíe, ni les di órdenes, ni les hablé. Profetizan, de su propia cosecha, visiones mentirosas, fantasías y engaños” (Jeremías 14, 14).

Por ejemplo, todo el personal que has visto como *“abominable a Yavé”* en la cita de Deuteronomio 18, 9-20, que te he puesto antes, es falso: adivinos, consultores de astros, hechiceros, magos, encantadores, comunicadores con los muertos, brujos, echadores de cartas, etc. En pleno siglo XXI siguen presentes entre nosotros y nuestra

gente sencilla va a consultarles como a hombres iluminados, asegurando que adivinan leyendo las cartas o entrando en trance.

Yo recuerdo que hace treinta años me colé en una consulta de un Manuel en Granada para darle al ojo y ¡menudo camelo!, pero la gente estaba tan convencida que no me atreví a hablar por miedo al linchamiento: la gente salía de allí alucinando. Cuanto más inculta sea la persona que acude a verlos, más propicia a creerse lo que le echen: curaciones, milagros y apariciones. Otra cosa es un curandero que recurre a habilidades aprendidas, no a magias o adivinaciones y rezos.

El verdadero profeta se sabe elegido y respaldado por Dios. No puede callar. Cuando Dios le manda, habla, aunque su palabra lleve el rechazo del auditorio. Como dijimos, siempre estará enfrentado a todos, a la autoridad y al pueblo, porque la palabra de Dios siempre chocará contra los instintos que el pueblo quiere seguir y contra los intereses de la clase establecida en el poder. El poder corrompe siempre y el profeta siempre estará contra la corrupción del poder.

Esta actitud le convierte en alguien raro y distinto, porque no sigue la corriente que le marca la sociedad en cada momento. Puedes leer el capítulo 10 de San Mateo, que es el discurso apostólico, y ahí tienes todo esto. Cuando Jesús envió a los doce a predicar, les dio estas instrucciones, entre otras: ***“No os procuréis oro ni plata... Mirad que os envió como corderos en medio de lobos... No os preocupéis de lo que tenéis que decir: el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros... No les tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma...”***

El falso profeta adula al poder y gusta de arrimarse a las autoridades y pasearse con ellas por las calles en interminables procesiones, con ropas llamativas y vara en mano porque se creen a sí mismos autoridades. El profeta (y sacerdote) no es autoridad fuera del templo; dentro del templo, sirve desde el altar en nombre de Cristo. El afán de figurar les anula el sentido del ridículo: ¿El César y Dios juntos? ¡Malo! Y el César tan a gusto: con tal de utilizarnos para sacar votos, todo le vale.

Ha sido una constante en la historia de la Iglesia. La Iglesia ha utilizado al César para recaudar impuestos y el César ha utilizado a la Iglesia para coger a la gente por la conciencia. Así desde Constantino. En esto se ha cambiado poco, aunque ahora se disimule más que antes.

Cuando se da esta situación, desgraciadamente se sigue dando con mucha frecuencia, Jesús y su Evangelio siempre quedan fuera, por incompatibles. Con el César sólo lo que sea trabajar por el bien común, pues las personas que se nos han encomendado son las mismas. Además rezar por la autoridad, obedecerla, colaborar como buenos ciudadanos. Así nos lo pidió el Concilio. Lo que pase de ahí, viene del maligno. Y el profeta que se preste a esa convivencia, está actuando en ese momento de falso profeta. Yo siempre digo: ni cura concejal, ni alcalde sacristán.

Una nota clara del buen profeta es el desinterés, el servicio gratuito a la Palabra y, a través de ella, a las ovejas. La preocupación y el desvelo por cada oveja. El profeta viene a servir, no a ser servido. El falso profeta es interesado y no le importa acomodar el mensaje a la realidad, en vez de intentar transformar la realidad desde el mensaje.

El falso profeta evita la estridencia, domestica la Palabra, es siempre acomodaticio. Es inmovilista, conservador de una situación de privilegio. Teme chocar y perder, cuando lo suyo es el interés, la ganancia, el dinero. **“Vaticinan por dinero”** (Miqueas 3, 11). Se sienten dueños de Dios, más que servidores. Utilizan el prestigio que tenga la institución en beneficio propio, para mejorar su situación social.

El verdadero profeta, en cambio, se sabe humanamente perdedor, pero no le importa el juicio humano: su juez no es el pueblo, sino Dios, que le envió, y su conciencia, rectamente formada; no admite a otro juez.

El verdadero profeta habla con autoridad, porque se sabe enviado. La fuerza de su palabra es la de la Palabra de Dios. De Jesús decían: **“Este modo de hablar es nuevo; habla con autoridad, no como nuestros escribas”**. Él es un convencido de lo que dice y de que su palabra se va a cumplir, no porque sea un mago o adivino, sino porque vive en la esperanza de la eficacia de la Palabra:

“Como descenden la lluvia y la nieve de los cielos y no vuelven allá, sino que empapan la tierra, la fecundan y la hacen germinar, para que dé simiente al sembrador y pan para comer, así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya realizado lo que me plugo y haya cumplido aquello a que la envié” (Isaías 55, 10-11). Esto lo sabe el profeta por propia experiencia. La comunidad debe distinguirlos por sus obras: **“¡Cuidado con los falsos profetas! Por sus frutos los conoceréis”** (Mateo 7).

La entrega del verdadero profeta siempre es total. No conoce el cansancio. En transmitir el mensaje pone en juego toda su persona: lo que es y lo que tiene. Tiempo, trabajo y dinero al servicio de su misión. Cuando estudiemos a los profetas, nos encontraremos a quien se paseó desnudo por delante de todo el pueblo y al que se lanzó una cesta abajo metido en una tinaja para llamar la atención y que la gente lo escuchara. Todo con tal de que la Palabra llegue al corazón del hombre, al que Dios le ha enviado, y despertarlo de su desgana.

Esta radicalidad de su entrega, la lleva también a la palabra. Ataca el culto vacío de contenido, es decir, vacío de justicia, honradez y solidaridad con el pobre. Por mucho que florezcan las manifestaciones religiosas, si no van acompañadas de obras de los creyentes, son huecas y condenables. ¡Qué necesarias nos son hoy las predicaciones de Amós, Oseas y Miqueas! Ya los veremos.

8. - El mensaje de los profetas. Muy brevemente, porque este punto es el que nos va a ocupar todo el resto de los temas de este y el próximo año. Los profetas predicán todo. Nada escapa a la iluminación del Espíritu de Dios (**Ruah**, para los hebreos; **Pneuma** para los griegos; **Espíritu** para los latinos) que los mueve y les da su Palabra (**Dabar** para los hebreos; **Logos** para los griegos; **Verbum** para los latinos).

Te he puesto el origen de las dos palabras, Espíritu de Dios y Palabra de Dios, porque es posible que a lo largo del libro nos convenga conocerlo y, sobre todo por cultura religiosa. Por ejemplo, que neumático no te suene a una rueda del coche, sino al Espíritu de Dios que ilumina al profeta. Es cultura bíblica para el que tenga buena memoria. El que no tenga buena memoria, que no se preocupe que ya las volveremos a explicar, si salen más adelante.

Son guardianes, centinelas, altavoces de la alianza de Dios con su pueblo. La alianza conlleva un tema clave: el monoteísmo. *“Yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo”*. Guerra total a todo tipo de idolatría. Hablan en nombre de un Dios celoso, que se niega a compartir el corazón de su pueblo con otros dioses, a quienes no reconocen y a quienes ridiculizan por falsos. Sólo Dios es santo, santo, santo, es decir, santísimo y su santidad exige exclusión de todos los demás. Es soberano de la historia y creador único del universo. Ya te dije antes que tardó mucho en llegar el monoteísmo a Israel. Eso de que “sólo Dios es Dios” es difícil llevarlo a la práctica. Entonces como hoy.

También son guardianes y predicadores del sábado. El sábado es el día santo, en que se reconoce la santidad de Dios y signo de la alianza: *“No dejéis de guardar el sábado. Porque el sábado es el signo de la alianza entre yo y vosotros, de generación en generación, para que sepáis que yo Yavé soy el que os santifico”* (Éxodo 31, 13) . Hay que santificar el sábado y los profetas cuidarán de ello, como guardianes de la ley divina entregada a Moisés directamente por Dios.

Son hombres de su tiempo y viven los problemas sociales, económicos y políticos de su pueblo. Les preocupa mucho la justicia social, como es lógico, y la política para aconsejar a sus reyes. Denuncian con vigor las grandes diferencias entre ricos y pobres. Ellos defienden al pobre, frente a la opresión del rico.

Huérfano, viuda y peregrino, son las niñas de los ojos de Dios. Siempre estarán al cuidado del profeta, porque están al cargo de Dios. Anuncian a un Mesías, salvador de los pobres. Alientan la esperanza del pueblo en ese Mesías que ha de venir. Su estado de ánimo es cambiante, según el contenido del mensaje: unas veces anuncian alegrías y están alegres. Otras veces se ven empujados a anunciar catástrofes, y están tristes.

9. - ¿Cómo vamos a estudiar a los profetas? Podemos hacerlo de dos formas. La primera sería escogiendo un tema, por ejemplo “El templo de Jerusalén y su

significado para el pueblo”, e ir estudiando ese tema cronológicamente, es decir, a lo largo de la historia de cada profeta y de todos los profetas, sin seguir el orden que nos ha dejado la Biblia, sino el orden de la evolución del pensamiento a lo largo de todos los profetas.

En la Biblia tendríamos que andar “a salto”, puesto que la Biblia no nos presenta a los profetas, ni lo escrito dentro de cada profeta, con orden cronológico sino con otros criterios. Este método de estudio se llama **diacrónico o longitudinal**. Con él resulta más fácil seguir la evolución del pensamiento que estamos estudiando, pero ese ir y venir a saltos por la Biblia no resulta apropiado para un Curso de Iniciación, porque todavía no se maneja bien la Biblia.

Otra forma de acercarnos al estudio de los profetas, y de la Biblia en general, es con el método que los entendidos llaman **sincrónico o transversal**. Consiste en coger el texto **tal como nos lo ha dado la Iglesia** e ir avanzando capítulo por capítulo a medida que lo vamos explicando, como estamos haciendo desde el primer curso. Éste es el más sencillo para todos, pero no le faltan inconvenientes porque, como sabemos, estos textos tan antiguos se hicieron, muchas veces, añadiendo un trozo a otro, hasta alcanzar la forma definitiva.

Por ejemplo, cuando terminemos con el libro de Isaías, dejamos al pueblo de vuelta a casa. Tras Isaías, cogeremos el libro de Ezequiel y tenemos que “volver a Babilonia”, porque éste predicó en el exilio. Y más tarde, cuando terminemos con Daniel en el siglo II antes de Cristo, comenzamos con los profetas menores y tendremos que volver al reino del norte, Israel, desaparecido hace seis siglos, porque allí predicaron Oseas y Amós. Como, para entonces, conocerás bien la historia de Israel, te resultará fácil cambiar el chip e irnos al siglo VIII antes de Cristo. “Cambiar el chip” es darle para atrás a la moviola de tu cabeza y situarnos en algo que pasó antes.

No alargamos más el tema. Sólo una nota importante para el resto del libro. Una vez dividido el reino que dejó Salomón, se distingue entre el reino del norte (Israel) y el del sur (Judá), pero cuando el año 721 cae Samaría, la capital del reino del norte, ya sólo queda Judá, como depositaria de la promesa.

A Judá unas veces se le nombra como Judá y otras como Israel, refiriéndose a todo el pueblo de Dios (no al reino del norte, que ya no existe). No olvidemos que cuando fue invadido el reino del norte, muchos buscaron refugio en las tierras del sur, junto a sus hermanos. Incluso que el mismo Judá (ya lo verás con Josías) se hizo de muchas ciudades del norte, casi llegando a restablecer las fronteras de David. También se nombra a Judá como Jacob.

Hacemos la propuesta de trabajo y, con lo dicho, ya tienes una idea suficiente para meternos a estudiar uno a uno a estos hombres maravillosos de los que tan falto está el mundo actual.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

Ezequiel 34

II Timoteo 4, 1-8

Mateo 10

Preguntas:

1. - Como el objetivo de estas propuestas de trabajo es profundizar en algunos puntos del tema, léete el capítulo 34 de Ezequiel entero y completa las ideas que ya te puse sobre los verdaderos y falsos profetas o pastores en el tema.

2. - En el breve texto de San Pablo que te he citado, encontrarás unos consejos a un discípulo suyo, Timoteo. Pablo ve que su vida termina y quiere marcarle a Timoteo los límites de su misión para que sea un buen profeta. Léelo y coméntalo con los compañeros.

3. - ***“Un gran profeta ha surgido entre nosotros: Dios ha visitado a su pueblo”***. Por el sacramento del bautismo, todos hemos sido constituidos sacerdotes, profetas y reyes. Por tanto el discurso apostólico de Jesús está escrito para todos. Léelo despacio y saca unas ideas claras del pensamiento de Jesús sobre los profetas y apóstoles de todos los tiempos.

Tema 2º. - EL PRIMER ISAÍAS, EL ISAÍAS DEL PELIGRO

1. - Introducción. Sin duda alguna, estamos ante uno de los libros proféticos más importantes de Israel: el que tenemos en nuestras biblias con el nombre de Isaías. Ya sabemos que no es un solo profeta sino que fueron, al menos, tres quienes lo escribieron. Vamos a comenzar por el primero, llamado por los entendidos Protoisaiás, ya que la palabra griega “**Proto**” significa “**primero**”.

Este primer Isaías ocupa 39 capítulos, más del doble que el segundo (16 capítulos) y más del triple que el tercero (sólo 11). Sin embargo, de los tres Isaías, el que más espacio tiene en la liturgia es el Deuteroisaiás (II Isaías), el más grande de los profetas y poetas de Israel, como veremos en el próximo tema. Isaías significa “**Dios libera, Dios salva**”.

En el primer tema hablamos ampliamente de la figura del profeta, por tanto nos remitimos a todo lo dicho allí. Y nos remitimos también a lo que dijimos sobre el plan de este libro: dejar hablar a los profetas y hablar nosotros lo mínimo. Simplemente comentar los trozos que seleccionemos del mensaje profético. Vamos a rezar y reflexionar con ellos sobre la historia de Israel, que es figura de la historia de la Iglesia y de nuestra propia historia. Historia que, vista con fe, se convierte en Historia de la Salvación.

En el punto cuarto vamos a hacer una selección de textos: sería imposible ponerlos todos, ni siquiera los más interesantes. Pondremos los que más nos suenen de la liturgia de la Iglesia. Media Eucaristía la ocupa la lectura de la Palabra y la homilía del ministro. Por eso no dudo que este Curso de Iniciación a la Biblia te va a ayudar a vivir mejor la gran fiesta de los cristianos: El domingo, Día del Señor. Eso es lo que pretendemos.

2. - Vida del primer Isaías. El punto de referencia de los tres Isaías es el destierro en Babilonia. Este Isaías, el primero, vivió antes del destierro. Le dicen “**el Isaías del peligro**”, precisamente porque se dedicó a avisar del peligro que se le venía a Israel encima, si no se convertía al Señor. El segundo Isaías vivió en el destierro y, naturalmente, le llaman “**el Isaías del destierro**”. Y el tercero, que

parece más bien un grupo de profetas y no una persona sola, es conocido como “**el Isaías del retorno**” porque predicó (o predicaron) a la vuelta de Babilonia. Hay una gran unidad interna entre ellos, aunque entre el primero y el tercero medie más de un siglo.

El primer Isaías nació en torno al año 765 antes de Cristo en Jerusalén, de una familia noble. Conoce a varios reyes: Ozías, Jotán, Acaz, Ezequías y, posiblemente, a Manasés. Con 25 años, precisamente el año de la muerte del rey Ozías, recibe en el templo la vocación profética que lo lleva a anunciar la ruina de Judá, como corrección divina por las infidelidades del pueblo. Su ministerio profético duró más de cincuenta años.

De su muerte no sabemos nada, aunque la tradición cuenta que huyendo del impío Manasés se escondió en un árbol, serraron el árbol y él murió cortado por la mitad. De ser así, contaría con más de ochenta años. Luchó mucho por salvar a su pueblo que debía confiar en Dios y no en las alianzas con los poderosos de la tierra. Sus consejos al rey Ezequías salvaron a Jerusalén de caer en manos extranjeras, lo que le valió el ser considerado como un héroe nacional.

Fue un gran poeta, tan grande que creó escuela. Por esto los tres libros que forman el Isaías de nuestras biblias tienen una gran unidad interna; un estilo común los une, aunque los autores que participaron en su redacción fueran varios. En el tema anterior dijimos que al profeta le define en buena parte su vocación, la llamada de Dios y la experiencia que esta llamada supuso en su vida. Vamos a ceder la palabra al profeta para que nos cuente su vocación. Después te la comento:

“El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado, y la orla de su manto llenaba el templo. Unos serafines se mantenían en pie junto a él; cada uno tenía seis alas: con un par se cubrían el rostro, con otro par se cubrían los pies, y con el otro par aleteaban. Y se gritaban el uno al otro: Santo, Santo, Santo, Señor de los ejércitos, la tierra está llena de su gloria. Se conmovieron los quicios y los dinteles de las puertas al clamor de su voz, y el templo estaba lleno de humo. Yo dije:

*¡Ay de mí, estoy perdido!
Yo, un hombre de labios impuros,
que habito en un pueblo de labios impuros,
he visto con mis ojos al Rey
y Señor de los ejércitos.*

Entonces voló hacia mí uno de los serafines con una brasa en la mano, que con las tenazas había tomado de sobre el altar, tocó mi boca y me dijo:

*Mira: esto ha tocado tus labios,
ha desaparecido tu culpa,*

está perdonado tu pecado.

Y percibí la voz del Señor que decía:

*¿A quién enviaré?
¿Quién irá por mí?
Dije: Aquí estoy, envíame.*

Dijo: Vete y di a ese pueblo: Escuchad bien, pero no entendáis; ved bien, pero no comprendáis. Embota el corazón de ese pueblo, endurece su oído, ciega sus ojos; no sea que vea con sus ojos y oiga con sus oídos, y entienda con su corazón, y se convierta y sane.

Yo pregunté: ¿Hasta cuándo, Señor? Y me contestó:

*Hasta que queden las ciudades sin habitantes,
las casas sin hombres,
la campiña desolada,
y haya alejado el Señor a las gentes,
y cunda el abandono dentro del país.
Y si queda en él uno de cada diez
de nuevo serán destrozados;
como una encina o un roble,
que al talarlo dejan sólo el tronco.
Ese resto será semilla santa (Isaías 6).*

¿Te acuerdas de la vocación de Jeremías que vimos en el capítulo anterior? Ésta es distinta. Dios Santísimo (Santo, Santo, Santo, tres veces, superlativo hebreo: el Santísimo, decimos nosotros). Esa frase la repetimos todos los días en Misa. Es el santo que rezamos o cantamos. Frente a la santidad de Dios y el templo, un tema importante en este primer Isaías, está la pequeñez del hombre: ¡Ay de mí! La experiencia es la misma que Jeremías. Éste se veía un niño, que no sabía hablar. Isaías se ve un pecador. Pero no pasa nada. A Jeremías le puso Dios su palabra en la boca. A Isaías le purificó sus labios con un carbón encendido. Siempre sale Dios en defensa del pecador, con tal de que sea humilde y esté dispuesto a servir a los demás.

Y los dos fueron a servir de altavoces a Dios, porque los dos sabían que Dios iba a estar con ellos y, por tanto, que ellos podrían salvar las enormes distancias entre Dios, tres veces santo, y su pueblo, metido entero en el fango de la corrupción social y religiosa. Es la experiencia de la cercanía de Dios, que tenemos todos los profetas, y de la cercanía a nuestro pueblo a quien servimos. En Él nos mantenemos sin miedo, frente a todo y a todos, para salvar a un resto, siempre un resto.

Vamos a analizar el texto para ayudarte en la oración. Como ves, Isaías es más generoso que Jeremías, que duda más. Dirá a Dios: “*Aquí estoy, mándame*”. Año de

la visión: el 740 antes de Cristo, año de la muerte del rey Ozías. Lugar, el templo de Jerusalén: trono alto y excelso, inmenso manto real, humo de incienso, serafines (uno de los nueve coros de ángeles que sirven a Dios en el cielo, según San Ambrosio), ruido de cantos que hacen temblar las puertas.

Ya te dije que no hay dos vocaciones iguales. Amós fue llamado en su huerto, rodeado de sus cabras; Isaías en el templo, rodeado de serafines. Pero la llamada es la misma: **“Ve y profetiza”**. La única respuesta válida, cuando Dios llama, es obedecer a Dios: **“Heme aquí”**. Recuerda la confesión de Jeremías: **“Me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir. Me has agarrado y me has podido”**. Y San Pablo: **“¡Ay de mí, si no anuncio el evangelio!”**.

Una cosa a aclararte: Dios no quiere que se endurezca el corazón de su pueblo, pero **prevé** que la predicación de Isaías no va a ser atendida y, en vez de ser ocasión de salvación, se va a convertir en ocasión de condena por el endurecimiento del corazón de los oyentes al rechazar la gracia que trae la Palabra, cayendo en la tozudez de que, oyendo, no quieren entender, con lo que aumentará la culpa hasta que venga el definitivo destierro purificador.

Un ejemplo muy sencillo: cuando escribo estas líneas, la parroquia de Santa Teresa no tiene campanas. **Yo preveo** que, si las ponemos, no todos los que la oigan van a venir a Misa. La campana se convertirá en un motivo más de endurecimiento de su corazón (de condena) porque oyendo no oirán (oirán la campana como quienes oyen llover: **“No hay mejor sordo que el que no quiere oír”**). Si no hubiera campana (si no les predicara Isaías), tendrían una disculpa (**“No me he enterado”** o **“No lo sabía”**), que con la campana o la predicación de Isaías ya no la tienen.

Jesús utilizará esta expresión, porque a Él le pasó lo mismo con el rechazo de su pueblo: **“No sea que vean con sus ojos, con sus oídos oigan, con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los sane”** (Mateo 13, 15). La expresión lleva una cierta dosis de ironía.

Igual que a Dios con Isaías y a Jesús con sus paisanos, nos pasa a todos los profetas. Yo digo muchas veces: lo mío es hablar, escuchar y convertirte es cosa tuya. Si no te gusta la palabra del profeta, o no te gusta el profeta, y te pones el paraguas o el impermeable para que la Palabra no te cale, tú allá. A mí no me pagan por conversiones; me pagará Dios si digo lo que Él me dijo que dijera, ni más ni menos, sin quitar ni añadir. ¿Queda claro esto? Cada uno que cargue con su responsabilidad. Es decir, el texto pretende decirle al pueblo: esto es lo que os va a pasar, si no escucháis al profeta. Repito: hay una cierta ironía en la forma hebrea de expresar una situación lamentable: el rechazo a la Palabra y al profeta que la lleva.

¿Hasta cuando, Señor, va a durar esta difícil situación y, por tanto, tendré que estar predicando?, pregunta Isaías. Respuesta de Dios: hasta que el pueblo se purifique una y otra vez. Pone el ejemplo del árbol talado una y otra vez: la tala es la

purificación del árbol al que le quitan todo lo que le sobra. Al final quedará un resto, un tocón, un tronco del árbol que será el inicio de una vida nueva, de un tiempo nuevo y santo. Los que somos de tierra de eucaliptos sabemos qué es el tocón y cómo de allí salen ramitas que se convierten en grandes árboles.

Es otro tema preferido de Isaías: el tocón es **el resto** de Israel. La expresión “**el resto**” se refiere a los poquitos que se mantengan fieles a Dios hasta el final. Del pueblo purificado una y otra vez, de ese tocón, tronco o **resto** del árbol, de la familia de Jesé saldrá un retoño, Jesús. (¿Recuerdas que Jesé era el padre de David, de cuya familia nacería el Mesías, y de Él la Iglesia, tú y yo, por el bautismo?).

Es tan importante para Isaías el tema del **resto** que a uno de sus dos hijos le puso por nombre “Sear Yasub”, esto es, “**un resto volverá**” (Al otro le puso Maher-Salal-Jas-Baz, que quiere decir: “**Dispuesto al saqueo**”). Antiguamente, la mayor parte de los que estaban en Egipto no volvieron con Moisés porque se sentían cómodos allí: les faltaba libertad, pero tenían seguridad (primera poda); más tarde muchos de los deportados a Babilonia tampoco volvieron por la misma u otras razones (segunda poda).

Sólo un resto inició la aventura de la vuelta a casa para empezar de nuevo a reconstruir Jerusalén y el culto debido a Dios en su templo, sobre la base de la justicia con el prójimo. Dios se preparó un pueblo para que, llegada la plenitud de los tiempos, de él, de ese tocón saliera una ramita, Jesús, nacido en Belén, la más pequeña de las ciudades de Judá, que vino a dar un mensaje de amor, que supone y supera toda justicia. Que no se nos olvide esta idea de resto, para que no nos obsesionemos con el número. Más valen pocos buenos que muchos malos.

3. - Época en que vivió. Si quieres conocer bien el Quijote, necesitas conocer la época en que vivió Cervantes. Esto, que es normal en cualquier libro antiguo que cojamos en las manos, es imprescindible cuando leemos el libro de un profeta que, por vocación, tiene que estar conectado con la realidad de su época para cambiarla. Por eso vamos a intentar conocer la época en que vivió el primer Isaías, en sus casi cincuenta años de ministerio profético.

Conociendo su época, estarás en condiciones de leer todo su libro, además de los trocitos que veamos aquí y yo te explique, que serán los más significativos. Si no conoces las circunstancias políticas y económicas de su época, corres el peligro de hacer de su predicación una cosa intemporal y abstracta que no te serviría para nada.

Este “**profeta del peligro**”, como lo llamamos antes, vivió en una época muy difícil porque los reyes del pequeño reino de Judá tenían siempre la amenaza de los imperios vecinos, insaciables en su afán de conquista. Vamos a dividir su época en tres momentos coincidentes con los tres reyes con los que convivió: Jotán, Acaz y Ezequías. Aunque conoció a Ozías, pues Isaías tenía unos 25 años cuando murió leproso el rey Ozías, todavía no había sido llamado al ministerio profético.

Como su actividad cesó con la muerte de Ezequías, tampoco hablaremos de Manasés, aunque probablemente Isaías lo conoció y murió en una de sus persecuciones, como hemos dicho. Vamos a ver a los tres reyes y sus épocas. Te vendría muy bien volver a leer el capítulo 10° del 3° libro de esta colección, dedicado a los reyes de Judá e Israel, tras la división del reino a la muerte de Salomón. Por si no tienes tiempo o no tienes el libro, te recuerdo aquí lo esencial para conocer la época en que vivió Isaías.

Con las pequeñas variaciones de un par de años que se da entre autores, vamos a partir no del año 740 en que Isaías fue llamado al ministerio, sino 40 años antes.

En el reino del norte, Israel, sube al trono Jeroboán II (783-743 antes de Cristo), que en sus 40 años de reinado llevó a Israel a un esplendor y riquezas comparable a los tiempos de Salomón, pero, como siempre, junto a la riqueza de unos, surge la miseria de otros, la corrupción social. Amós y Oseas vivieron esta situación y la criticaron duramente, como veremos al estudiar a estos dos profetas.

En el reino del sur, Judá, y más o menos en la misma fecha, sube al trono otro gran rey, Ozías (783-742 ante de Cristo), que reina también 40 años y lleva a Judá a los mismos niveles de bienestar que sus hermanos del norte, y la misma corrupción social. Al contrario que en el reino del norte, donde Amós y Oseas habían predicado contra la situación social injusta que se vivía, en el sur no habían tenido profetas destacados. Surge Isaías el año de la muerte de Ozías y, dos décadas más tarde, se le unirá **Miqueas**.

Prescindimos del reino del norte que tras la muerte del gran Jeroboán II (746 antes de Cristo) sobrevivió tan sólo 25 años, con cinco reyes que le sucedieron entre asesinatos y conspiraciones, hasta que su capital Samaría cayó en manos del rey asirio Sargón el año 721 antes de Cristo, marchando sus moradores al destierro y quedando convertido Israel en una provincia asiria, con algunas de sus ciudades anexadas a Judá.

En cambio, el reino del sur, Judá, sobrevivió a Ozías más de 150 años, con una decena de reyes entre los que hubo de todo, como ya sabes por los libros anteriores. Éstos son los antecedentes, las raíces del tiempo que vivió Isaías. Se encuentra con una situación económicamente muy próspera, aunque iniciando un declive con Jotán, sucesor de Ozías, y moralmente muy injusta. Veamos las tres épocas de Isaías:

La primera época coincide con el reinado de Jotán que duró entre cinco años, según unos, y siete, según otros, hasta el 735 antes de Cristo. El lujo, la codicia, la hipocresía, la injusticia reinan por todas partes y, consecuente con toda esta mentira, también el culto es falso. Isaías va a denunciar contra esta gente en los primeros cinco capítulos de su libro: vendrá el día del Señor de los ejércitos y todo lo empinado (los poderosos, los ricos) será rebajado y todo lo humillado (los pobres) será elevado.

Isaías, como María, conoce la forma de actuar de Dios: *“Derriba del trono a los poderosos y ensalza a los humildes”* (Lucas 1, 52).

En el exterior, el imperio asirio avanza imparable y cargando de impuestos a todo el que va avasallando. Judá se escapa de momento, pero no por mucho tiempo. Vive un periodo de paz con el exterior, pero de corrupción interior.

Por esta razón durante esta época la preocupación de Isaías es de tipo social, muy influido por el profeta Amós que, aunque predicó en el norte (Israel), la situación social de corrupción a la que se enfrentó era muy parecida a la que vivían ahora en el sur; a este respecto resulta curioso leer las críticas al lujo y ostentación de las mujeres de la clase alta de Jerusalén, que tanto presumían de sus joyas y sus andares.

Te pongo una muestra, sólo a título de curiosidad, para que veas la belleza poética y la riqueza de detalles con que describe a las mujeres de la alta sociedad de la capital del país. Como ves, entonces igual que hoy:

*“Ha dicho el Señor:
Puesto que las mujeres de Sión son altivas,
andan con el cuello estirado y los ojos seductores,
caminan contoneándose
y haciendo tintinear las ajorcas de sus pies.
El Señor cubrirá de tiña la calva de las hijas de Sión,
y desnudará sus vergüenzas.*

Aquel día el Señor quitará el lujo de las ajorcas, las diademas y las lunetas, los pendientes, las pulseras y los velos, las cofias y las cadenillas de los tobillos, las cintas, los tarros de esencia y los amuletos, los aretes y los anillos de la nariz, los vestidos lujosos y los mantos, los chales y los bolsos, los espejos, las túnicas, los sombreros y las mantillas.

*Y sucederá que donde había perfume habrá hedor,
donde cinturón, soga,
donde rizos, calvicie,
donde atuendo, esparto,
donde hermosura, quemadura.
Tus hombres caerán a espada,
y tus caballeros en el combate.
Sus puertas se lamentarán y se dolerán,
y ella, desolada, se sentará en el suelo.*

*Siete mujeres prenderán a un solo hombre en aquel día, diciendo:
Comeremos de nuestro pan,
y vestiremos con nuestros vestidos,*

*tan sólo queremos llevar tu apellido,
¡líbranos de nuestro oprobio!”* (Isaías 3, 16-4, 1).

Mientras que, en la segunda época, la preocupación y predicación de Isaías serán de tipo político, como veremos a continuación.

La segunda época de Isaías corresponde a los veinte años del reinado de Acaz (735-715 antes de Cristo). Realmente Acaz murió el año 727 antes de Cristo, el mismo año que Tiglatpileser III en Asiria. Su hijo Ezequías contaba entonces sólo cinco años de edad, y le ponen un regente hasta el año 715 antes de Cristo, en que alcanza la edad necesaria para subir al trono (18-19 años). Estos doce o trece años del regente de Ezequías, cuyo nombre desconocemos, todos los autores se los anotan a Acaz, sin serlo. En el reino del norte Efraín (en el siglo VIII, Efraín gozaba de tal poderío que su nombre se convirtió en sinónimo de Israel), había hecho una coalición con Siria, para hacerle frente al coloso asirio.

Acaz es invitado a participar en esa guerra siro-efraínita contra Asiria y no sólo se niega sino que, además, comete el error de llamar a Asiria en su ayuda, a cambio de pagarle impuestos. La alianza con Asiria obligó a Acaz a renegar de su fe: *“No hizo lo recto a los ojos de Yavé, su Dios, como su padre David. Anduvo por el camino de los reyes de Israel e incluso hizo pasar por el fuego a su hijo, según las abominaciones de las naciones que Yavé había arrojado ante los israelitas. Ofreció sacrificios y quemó incienso en todos los altares, en las colinas y bajo todo árbol frondoso”* (II Reyes 16, 1-4). Isaías se opone a la alianza con Asiria, porque eso es confiar en el hombre y no en Dios y avisa a Acaz de su error. Corresponde en el libro a los capítulos 7-12, llamados **“libro de Enmanuel”**.

Esta presencia de Asiria en toda la zona va a ser una constante desde la subida al trono de Tiglatpileser III el año 745 antes de Cristo hasta la caída del imperio en el 606 antes de Cristo, con el resurgir del imperio babilónico, que llega a su cumbre con Nabucodonosor (605-562 antes de Cristo). Siempre estuvo Isaías en contra de Asiria.

La razón de esta actitud de Isaías es fácil de comprender: él sabía que la llegada de los asirios suponía la llegada de sus dioses, que era la forma más fácil de que los pequeños estados perdieran su identidad, que en la mayoría de los casos era puramente religiosa. Así pasaba con Judá: sólo le mantenía como pueblo su fe en Yavé. Quitándole Yavé, desaparecería como pueblo y se integraría en el gran imperio. Esto es lo que temía Isaías y, por eso lucha en contra de todo imperio extranjero. Su lucha era una cruzada religiosa por mantener la identidad como pueblo y la fidelidad a Dios.

Encontrarás muchos oráculos o ataques de nuestro profeta contra diversas ciudades. Frente a todas estas ciudades paganas está Judá que tiene que mantener su fe en Dios; y, dentro de Judá, el pequeño resto que verá la salvación el día de Yavé, con la presencia de Enmanuel, del tallo de Jesé, en medio de su pueblo. En los

capítulos 9 al 11 tiene Isaías unas palabras preciosas, que las veremos más adelante, que parecen referirse a Ezequías y que la Iglesia atribuye a Jesús, verdadero Enmanuel, “Dios con nosotros”.

La tercera época corresponde al reinado de Ezequías (715-686 antes de Cristo). Fue un buen rey: ***“Hizo lo recto a los ojos del Señor en todo, tal como lo había hecho su padre David. Derribó los altares, tiró las imágenes e incluso rompió la serpiente de bronce que Moisés había hecho y a la que los israelitas habían quemado incienso. Confió en Yavé, Dios de Israel. Después de él no ha habido otro igual entre los reyes de Judá, ni lo hubo entre los que le precedieron... El Señor estuvo con él y así tuvo éxito en todas las empresas que emprendió”*** (II Reyes 18, 1-6). Los capítulos 18, 19 y 20 del II Reyes están dedicados a Ezequías: si tienes tiempo, puedes leerlos. Te pongo una cita del libro 3º de esta colección para que recuerdes la situación en que se encuentra Ezequías, y en la que vive Isaías, que es lo que ahora nos importa.

*“Ezequías lo tiene todo muy difícil. Judá es un pueblo pequeño y está entre dos grandes potencias: Asiria al norte y Egipto al sur. Ambas desean el trozo de tierra de Judá porque es camino de paso hacia el otro. El profeta Isaías, hombre religioso y buen político, le anima a mantener la fe en Dios. Senaquerib, rey de Asiria, se burla del Dios de Judá confiando en sus fuerzas. Ezequías pasa mucho miedo y paga duros impuestos, pero el profeta Isaías no teme las amenazas del rey pagano y dice a Ezequías: **“Así dice el Señor: No temas las palabras que has oído, con las que los siervos del rey de Asiria me han ofendido”**. Animado por Isaías, la fe de Ezequías no decae y reza: **“Señor, Dios nuestro, sálvanos, por favor, de la mano del rey asirio, y todos los reinos de la tierra sabrán que sólo Tú, el Señor, eres Dios”** (II Reyes 19, 19).*

Ahogado por los duros impuestos de los asirios y por su actitud irrespetuosa ante la fe de los judíos, Ezequías piensa cambiar de aliado y acude a Egipto en demanda de ayuda para liberarse de los asirios, también en contra de la voluntad de Isaías que no quiere alianzas con extranjeros; Ezequías intenta impresionar a los emisarios reales mostrándoles todas sus riquezas; el intento resulta inútil porque Egipto no puede ayudarles, como testifica el mismo Isaías, que critica a una embajada judía que fue a Egipto a pedir ayuda:

***“¡Ay, los que bajan a Egipto por ayuda!
En la caballería se apoyan,
y confían en los carros porque abundan
y en los jinetes porque son muchos;
mas no han puesto su mirada en el santo de Israel,
ni a Yavé han buscado.
Pero también él es sabio,
hará venir el mal,
y no retirará sus palabras;***

*se levantará contra la casa de los malhechores
y contra la ayuda de los que obran la iniquidad.
En cuanto a Egipto, es humano, no divino,
y sus caballos, carne, y no espíritu;
Yavé extenderá su mano,
tropezará el ayudador
y caerá el ayudado
y todos a una perecerán* (Isaías 31, 1-3).

En el capítulo 20 vemos una acción simbólica realizada por Isaías, en contra de la alianza con Egipto: Dios le manda que pasee durante tres años desnudo por la calle, simbolizando con esa imagen al ejército egipcio en quien Ezequías confía y que será llevado desnudo al destierro por el rey de Asiria, según era costumbre en la época llevar a los vencidos. Te voy a citar la acción simbólica sobre todo para que veas que es Dios quien habla por medio de ella. ¿Te acuerdas de los falsos profetas de que hablamos en el primer capítulo de este libro? Este acto estrafalario no es cosa de Isaías, sino que es Dios quien habla por medio de Isaías:

“En aquellos días, habló el Señor por medio de Isaías, hijo de Amós, diciendo: ¡Vete y desátate el saco de la cintura, y quítate las sandalias de los pies! Y Así lo hizo. Caminó desnudo y descalzo.

Entonces dijo el Señor: Como mi siervo Isaías ha andado desnudo y descalzo tres años, siendo signo y símbolo para Egipto y Etiopía, así conducirá el rey de Asiria a los cautivos de Egipto y a los deportados de Etiopía, jóvenes y ancianos, desnudos y descalzos, y con las nalgas al aire, para vergüenza de Egipto” (Isaías 20, 2-4).

Enterado el rey asirio Senaquerib de este intento de traición de Ezequías se planta a las puertas de Jerusalén dispuesto a darle un buen castigo, un asalto final, pero malas noticias que le llegan de su reino y una epidemia de peste que se abate sobre su ejército, que pierde en una noche 185.000 hombres, le hacen volver a Nínive, no sin antes imponer a Ezequías unos tributos más fuertes **“trescientos talentos de plata y treinta talentos de oro”** (II Reyes 18, 14). Un talento son 30 kilos, que Ezequías tuvo que sacar del tesoro del templo, incluso vendiendo las puertas forradas de oro, conforme nos explica la continuación de la cita del libro II Reyes que te he puesto.

Éste es el contexto económico y social en que vivió Isaías. Conociéndolo, podrás comprender mucho mejor el texto de su libro. En aras a la claridad, nosotros hemos dividido la predicación de Isaías en tres momentos, coincidiendo con los tres reyes. Ya sabes que los textos, tal como nos han llegado, no tienen esta misma claridad, pero, por lo menos, ésta es la línea directriz y ya no te perderás entre ellos.

En síntesis: Isaías vivió una época de crisis económica, tras los años de prosperidad de Ozías, durante el reinado de su hijo Jotán, hijo de Ozías; siguieron los años del idólatra Acaz. Y, finalmente, Ezequías un gran y piadoso rey, pero muy presionado por los dos imperios circundantes, sobre todo por Asiria al norte; sólo la suerte lo libró del cerco que Senaquerib puso a Jerusalén el año 701 antes de Cristo. Vamos a ver su mensaje dentro de este contexto socio religioso. Lo vamos a hacer seleccionando algunos textos de cada época: que hable el profeta.

4. - Mensaje del Protoisaiás. A estas alturas del curso ya sabes de más que nosotros hemos aceptado los libros con el orden que nos lo ha entregado la Iglesia. Por tanto vamos a ver los primeros 39 capítulos, como escritos por el primer Isaías, aunque algunos oráculos sean añadidos posteriores. Cuando se dé el caso, y sea importante porque afecte al hilo que llevamos en el texto, te lo diré, pero nosotros seguimos el orden del libro, tal como lo tienes en tu Biblia. Así te será más fácil seguirlo, aunque a veces choque encontrarte con ese texto en ese lugar.

Por ejemplo, como ya la hemos estudiado, te diría que choca el lugar en que está situada la vocación de Isaías. Lo lógico sería pensar que el libro comenzara por la vocación del profeta, como lo hace el de Jeremías, Ezequiel o Jonás, por poner algunos ejemplos. Sin embargo, en Isaías no se guarda ese orden; ¿Por qué? Porque da preferencia a utilizar el relato de la vocación como introducción a los capítulos 7-12, llamados “Libro de Enmanuel”, que significa “Dios con nosotros”. Ya lo veremos más detenidamente un poco más adelante.

Literariamente, *“Isaías 6 aparece ligado íntimamente con el resto del librito de Enmanuel y... desde el punto de vista histórico su redacción supone la actividad del profeta durante la guerra siro-efraínita”* (Asurmendi 2000, página 19), dentro de la segunda época de Isaías. Ésta puede ser la justificación de que el libro no comience con la vocación del profeta, sino que la deje para más adelante.

Primera época: Años 740-735 antes de Cristo. Capítulos del libro 1 al 5. Reinaba Jotán. La situación social y religiosa ya la tienes explicada arriba. Vamos a los textos. Tú léelos todos, pero yo te voy a seleccionar sólo dos citas: la primera está tomada del primer capítulo. Sólo once versículos pero muy importantes porque son representativos del resto del libro. El culto sin justicia se convierte en algo vacío, en lo contrario al culto, es decir lo contrario a lo que Dios quiere y espera de nosotros. Hay que dejar de hacer el mal, obrar el bien y, después, acercarnos a Dios, que nos recibirá con los brazos abiertos:

*“Oíd las palabras del Señor,
príncipes de Sodoma,
escuchad la enseñanza de nuestro Dios,
pueblo de Gomorra.
¿Qué me importa el número de vuestros
sacrificios?”*

-dice el Señor-.
Estoy harto de holocaustos de carneros,
de grasa de cebones;
la sangre de toros, corderos
y machos cabríos
no me agrada.
¿Por qué entráis a visitarme?
¿Quién pide algo de vuestras manos
cuando pisáis mis atrios?
No me traigáis más dones vacíos.
¡Aborrezco el humo de vuestro incienso!
Novilunios, sábados, asambleas,
no los aguanto.
Detesto vuestras solemnidades
y fiestas.
Se me han hecho una carga
que no soporto más.
Cuando extendéis las manos,
cierro los ojos;
aunque multipliquéis las plegarias,
no os escucharé.
Vuestras manos están llenas de sangre.
Lavaos, purificaos,
apartad de mi vista
vuestras malas acciones.
Dejad de obrar el mal,
aprended a obrar el bien;
buscad el derecho,
enderezad al oprimido;
defended al huérfano,
proteged a la viuda.
Entonces, venid y hablaremos,
dice el Señor.
Aunque vuestros pecados
sean como púrpura,
quedarán blancos como la nieve;
aunque sean rojos como escarlata,
quedarán como lana.
Si sabéis obedecer
lo sabroso de la tierra comeréis;
si rehusáis y os rebeláis,
la espada os comerá.
Lo ha dicho el Señor” (Isaías 1, 10-20).

La otra cita es del capítulo 5°. Va a ser doble porque lo hemos dividido en dos partes. En la primera, que está compuesta por los versículos 1-7, Isaías compara a Israel con una viña: **“La viña del Señor es la casa de Israel. Son los hombres de Judá su plantel preferido”**. Vamos a ver el desengaño de Dios con su viña. Dado el nivel de abundancia económica, Dios esperaba justicia y participación de todos en esa situación de abundancia y se encuentra que lo que hay es atropello de los ricos sobre los pobres.

Exactamente igual que pasa hoy: mucha globalización, mucha creación de riquezas, ¿para qué?: para que los ricos seamos más ricos y los pobres sean más pobres. Por esto, la segunda cita (resto del capítulo) nos muestra a un Dios enfadado con su pueblo al que maldice. Más tarde vendrá el perdón y la vuelta a empezar, como siempre. Vamos a comenzar por la cita de la parábola de la viña.

*Voy a cantar a mi amigo
la canción de amor a su viña.
Mi amigo tenía una viña
en un fértil collado.
La cavó, la despedregó,
y plantó buenas cepas.
Edificó una torre en medio de ella,
y cavó en ella un lagar.
Y esperó que diese uvas,
pero dio agrazones.
Ahora, pues, habitantes de Jerusalén,
hombres de Judá,
por favor, sed jueces entre mi viña y yo:
¿Qué más pude hacer yo a mi viña,
que no se lo haya hecho?
Yo esperaba que diese uvas.
¿Por qué ha dado agrazones?
Ahora, pues, voy a haceros saber,
lo que hago yo a mi viña:
quitaré su seto, y será quemada;
desportillaré su cerca, y será pisoteada.
La dejaré arrasada: no la podarán ni la escardarán,
crecerá la zarza y el espino;
prohibiré a las nubes llover sobre ella.
La viña del Señor de los ejércitos
es la Casa de Israel;
son los hombres de Judá
su plantel preferido.
Esperaba de ellos derecho,
y ahí tenéis: asesinatos;
esperaba justicia,*

y ahí tenéis: lamentos (Isaías 5, 1-7).

Esta preciosa parábola, junto con la que nos dejó Jesús en Mateo 21, 33-43, se leen en la liturgia del domingo 27º del Tiempo Ordinario, ciclo A; es el libro amarillo. Allí os la explico en una catequesis que llamo: *“El desengaño de Dios con su viña”*. Por si no tienes el libro amarillo, te voy a traer aquí las ideas principales:

“Las parábolas pretenden enseñar y la mejor forma que tenemos de aprender su lección es situarnos dentro de ellas para identificarnos con algunos de sus personajes o de las situaciones que en ellas se nos presentan, sacando conclusiones para nuestra vida cristiana.

¿Cuál es la viña? *Lo dice Isaías: "La viña del Señor es la casa de Israel". Los hombres de Israel fueron los primeros arrendatarios. La tuvieron dos mil años arrendada y, ante la falta de rendimiento, el desengañado dueño la cambió de arrendatarios y se la entregó a la vieja Europa de las catedrales, los Papas y la cristiandad. ¿Seguiremos mucho tiempo con ella o, desengañado el dueño, buscará a otros arrendatarios para los próximos dos mil años? Todo es posible, dependiendo de nuestra respuesta.*

El dueño de la viña es Dios: *"Mi amigo tenía una viña..." (Isaías). "Había un propietario que plantó una viña" (Mateo 21, 33-43). Como dueño tenía una responsabilidad. ¿La cumplió? Podemos responder que sí.*

¿Qué hizo el Señor por su viña?: *"La entrecavó, la limpió y plantó buenas cepas" (Isaías), "La rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar" (Mateo). "Delante de nuestros ojos obró grandes señales y nos guardó por todo el camino que recorrimos y en todos los pueblos por los que pasamos" (Josué 24). Te puso el sacramento del Bautismo, te nombró catequistas todos los años, para niños y para adultos, te mandó ministros, te dio su Palabra... Toda la historia de la salvación que vemos en el discurrir diario. ¡Cuántas ocasiones de gracia!, ¡Cuánto abono y qué pocos frutos! ¿Te has parado a pensarlo?*

Los criados de Dios: *"Llegado el tiempo de la vendimia, envió a sus criados -los profetas- para recibir el fruto que le correspondía. Pero los labradores -los guías responsables- agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon":*

- .. Amós murió asesinado de un mazazo por el hijo del sacerdote Amasías.*
- .. Miqueas murió despeñado por el hijo del rey Jorán.*
- .. Isaías murió cortado en dos.*
- .. Jeremías murió apedreado en Egipto.*
- .. Ezequiel murió asesinado en Babilonia por el jefe del pueblo.*
- .. Zacarías degollado por Joás.*
- .. Juan el Bautista, degollado por Herodes.*

.. Finalmente mandó a su Hijo y ellos **"Agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña (lo sacaron de Jerusalén) y lo mataron"**.

.. Y podemos seguir nombrando gente de nuestros veinte siglos de arrendamiento. ¡Cuántos profetas muertos o condenados al silencio, que es la peor muerte que puede sufrir un profeta... ! Todos los días mueren profetas...

Los arrendatarios somos todos nosotros, los nuevos responsables de la viña del Señor, de la Iglesia, una vez que le fue quitada a quienes la tuvieron durante dos mil años. Tenemos que tener en cuenta dos cosas:

Primera que la Iglesia es de Dios, no nuestra, tenemos libertad de acción a la hora de trabajar en ella porque la ha puesto en nuestras manos, pero a la hora de los frutos nos va a exigir un producto. **¿Qué frutos? "Esperó de ellos derecho y ahí tenéis: asesinatos; esperó justicia, y ahí tenéis, lamentos"**: sólo corre la sangre inocente y los lamentos de los oprimidos, de los hambrientos, de los hijos de la guerra, de los marginados, de los exiliados y asesinados.

La segunda cosa que tendríamos que tener en cuenta es que hay un tiempo de espera de los frutos por parte del Señor, que no es indefinido. Dos mil años estuvo el pueblo de Israel "jugando con Dios" y Dios esperando los frutos de conversión. Dos mil años lleva la vieja Europa al frente de la viña del Señor y Él esperando frutos de justicia, solidaridad, derecho, amor, y nosotros dando sólo sangre, muerte, insolidaridad, lamentos, rezos, catedrales, procesiones, coronaciones, congresos de todo género. A la luz de la Palabra de Dios: ¿Podemos decir que son éstos los frutos que esperaba recoger el Señor? ¿No se estará terminando nuestro tiempo?

El juicio: en ambas lecturas Dios elude hacer un juicio sobre los responsables: **"Sed jueces entre mí y mi viña"**, dice Isaías; **"¿Qué hará con aquella gente?"**, dice Jesús. Cuando nos llegue el momento a los hombres de la vieja y cristiana Europa Dios va a hacer dos preguntas. **A nosotros "¿Dónde está tu hermano?"**. **Y a los pobres de la tierra:** "¿Te dio de comer cuando tenías hambre, de beber cuando estabas sediento, te visitó cuando estabas enfermo... ?".

El tema no es original de Isaías. Unos años antes, Oseas había dicho duras palabras sobre Israel, como una viña elegida primero y repudiada después. Como sabes, Oseas sangraba por la herida de la infidelidad de su mujer prostituta y sus palabras, durísimas y, a mi entender, de rabiosa actualidad, no son una parábola de amigo, como en el caso de Isaías, sino su vida misma que sangra por ahí: **"Vid frondosa era Israel produciendo fruto a su aire: cuanto más aumentaba su fruto, más aumentaba sus altares; cuanto mejor era su tierra, más adornaban sus imágenes"** (Oseas 10, 1-2).

¿Te suena esto a algo? A mí sí. Han pasado treinta siglos y todo sigue igual: a medida que aumentan las riquezas, como fruto de la globalización y del bienestar económico y social, aumentan los altares, las coronaciones de imágenes y, por otro

lado, aumentan cada vez más los pobres de la tierra. Esta denuncia de Oseas viene dirigida a cada uno de nosotros, no al que está a tu lado: la conversión de la sociedad pasa por la conversión del individuo. Cada uno tenemos que aplicarnos estas palabras a nosotros, no a los demás.

La imagen del pueblo como viña de Dios se repetirá mucho en otros profetas, como Ezequiel, Jeremías y el mismo Jesús, como hemos dicho. Cuando, tras dos mil años de paciencia, Dios se cansó de esperar frutos de Israel la viña cambió de mano y pasó a la vieja Europa. Dos mil años llevamos con la viña del Señor, la Iglesia: ¿Se cansará de nosotros y se la dará al tercer mundo, a ver si dan más frutos de justicia y derecho? Puede que sí. Aprendamos la lección de nuestros padres en la fe. ¿Te acuerdas de la parábola de Natán a David, que se cuenta en II Samuel 12, 1-15? Pues ésta igual: busca llevar al oyente a declararse culpable. David lo hizo con el salmo 50. Y vino el perdón de Dios. Esta parábola es una llamada a la conversión: Dios ha hecho mucho por nosotros y espera de nosotros algo muy distinto a lo que le estamos dando: bombazos, pateras y gritos de hambre. Jesús es la vid verdadera que no defrauda a nadie porque su fruto es el amor a Dios y al hermano.

La otra cita que vamos a traer es un resumen del resto del capítulo 5º. La traigo como ejemplo de un género literario muy propio de los profetas: es la lamentación que se expresa en forma de ayes. Se inicia con un ¡Ay... ! de lamento. Jesús la utilizó en varias ocasiones. Dios se lamenta de tener que corregir a su pueblo. Isaías ve venir, a lo lejos, el castigo de Dios, a quien le va a servir de instrumento el rey asirio. Esa situación política expansionista de los reyes asirios que vive la zona es vista por Isaías con ojos de fe y ya dijimos que esto es precisamente la Historia de la Salvación: ver los acontecimientos de la vida diaria desde la fe.

¿Te acuerdas en el tema anterior de la imagen de la olla que se derramaba de norte a sur sobre el mapa de Israel, en la narración de la vocación de Jeremías? Exactamente igual ve Isaías a esos “garbanzos” enemigos expandiéndose por la tierra de Judá. Es como si Dios llamara a la poderosa nación del norte para que ejecute su venganza. Te pongo el resumen de la cita, sin más comentarios para no alargarnos.

***¡Ay, los que añaden casa con casa,
y juntáis campo con campo,
hasta ocupar todo el sitio
y quedaros solos en medio del país!
Así ha jurado el Señor de los ejércitos:
¡Han de quedar desiertas muchas casas;
grandes y hermosas, pero sin moradores!
Porque dos hectáreas de viña
darán sólo un tonel,
y una carga de simiente
producirá una canasta.***

*¡Ay, los que madrugan
en busca de licores;
los que trasnochan,
encandilados por el vino!
Sólo hay arpas y cítaras,
panderos y flautas en sus banquetes,
y no contemplan la obra de Dios,
no ven la acción de sus manos.
Por eso mi pueblo va deportado
cuando menos lo piensa.
Sus notables mueren de hambre,
y su plebe se abrasa de sed.*

*¡Ay, los que llaman al mal bien,
y al bien mal;
que tienen la tiniebla por luz
y la luz por oscuridad;
que dan amargo por dulce,
y dulce por amargo!*

*¡Ay, los que se tienen por sabios,
y se creen inteligentes!*

*¡Ay, los campeones en beber vino,
los valientes para escanciar licor,
los que absuelven al malo por soborno
y quitan al justo su derecho!
Como la lengua de fuego devora el rastrojo
y la paja se consume en la llama,
su raíz se pudrirá,
sus flores volarán como el polvo.
Porque rechazaron la ley del Señor de los ejércitos
y despreciaron la palabra del Santo de Israel (Isaías 5, 8-24).*

Segunda época: bajo el reinado de Acaz. El libro de Enmanuel (Capítulos 7-12). Ya sabes que Enmanuel significa “**Dios con nosotros**”. Estos seis capítulos se llaman así porque en el capítulo 7, 14 se nos habla de una virgen que está en cinta y da a luz a un hijo a quien pone por nombre **Enmanuel**. La tradición cristiana y el evangelio de San Mateo han visto en esa virgen a María y en el niño anunciado a Jesús, el Mesías: es el postexto del que algunas veces hemos hablado. El texto tiene otro sentido, como veremos ahora mismo.

Te recuerdo el contexto histórico antes de ponerte la cita: estamos en el acoso de Siria e Israel (personificado en Efraín) a Judá para que éste se una a ellos en la guerra que tienen planificada contra Asiria. Isaías se opone y, enviado por Dios, se va

a presentar ante Acaz. Acaz, muerto de miedo, no confía en Dios y, por eso, Dios toma la iniciativa de nuevo y le dice que le pida una señal. Esta lectura la hacemos el 4º domingo de adviento del ciclo A, el amarillo.

En tiempo de Acaz, Dios dijo a Isaías: Ea, sal con tu hijo Sear Yasub (“Un resto volverá”), al encuentro de Acaz, y dile: ¡Alerta, pero ten calma! No tema, ni desmame tu corazón por ese par de cabos de tizones humeantes, ya que Aram y Efraín han maquinado tu ruina diciendo: Subamos contra Judá y sitiémosla y abramos brecha en ella y pongamos allí por rey al hijo de Tabel.

Así ha dicho el Señor Dios: No se mantendrá, ni será así; dentro de sesenta y cinco años, Efraín dejará de ser pueblo. Si no creéis en mí, no subsistiréis.

*Volvió el Señor a hablar a Acaz diciendo:
Pide para ti una señal al Señor tu Dios
en lo profundo del abismo o en el alto cielo.
Dijo Acaz: No la pediré, no tentaré al Señor.
Dijo Isaías: Oíd, pues, casa de David:
¿Os parece poco cansar a los hombres,
que cansáis también a mi Dios?
Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal:
He aquí que una virgen está encinta
y va a dar a luz un hijo,
y le pondrá por nombre Emmanuel.
Cuajada y miel comerá
hasta que sepa rehusar lo malo
y elegir lo bueno.
Porque antes que sepa el niño
rehusar lo malo y elegir lo bueno,
será abandonado el territorio
cuyos dos reyes te dan miedo (Isaías 7, 1-16).*

Acaz, muerto de miedo, no confía en Dios y, por eso, Dios toma la iniciativa de hablarle de nuevo y ofrecerle una señal, de donde él quiera: de lo más hondo del abismo o de lo más alto del cielo, pues todo es terreno de Dios. El rey es listo y da una respuesta piadosa con la que quiere conformar a todos: a sus consejeros, que insisten en un pacto con el rey asirio como la mejor defensa frente a quienes le acosan, y al profeta de Dios, que se opone al pacto porque ve llegar con él la idolatría a Israel: *"No la pido, no quiero tentar al Señor"*, dice el rey.

Ya sabemos la respuesta de Dios. Esa joven que está en cinta -el término "virgen" está mal traducido; la traducción es más bien la de "primeriza" o "doncella"- es probablemente la joven reina, mujer de Acaz, y el hijo, Ezequías, que se convierte en **"Dios-con-nosotros"**, porque garantiza en su persona la continuación de la línea dinástica, según la promesa de Dios.

Ésta es la profecía mesiánica más importante del Antiguo Testamento: la promesa de Natán a David sigue en pie, tanto si nos atenemos al sentido histórico más probable (está refiriéndose a Ezequías), como si pensamos en el sentido profético (Jesús). Mateo 1, 23 aplica este texto al nacimiento de Jesús, como vemos en el evangelio; pero eso es el postexto.

En este mismo libro de Enmanuel hay otra profecía mesiánica preciosa en el capítulo 9, 1-6. La leemos todos los años en la Misa del Gallo. Isaías se está refiriendo, posiblemente, a Ezequías, futuro rey de Judá, que garantiza la continuidad de la línea mesiánica prometida a David, como hemos dicho antes. Puede tratarse del nacimiento de Ezequías o de su subida al trono. El día de la subida al trono, el nuevo rey era ungido y ese día nacía como **“hijo de Dios”** de una forma especial.

Llama la atención el entusiasmo que respira la lectura. Indudablemente el pueblo estaba descontento por la política de sumisión a Asiria de Acaz, tanto por haber visto a su rey sacrificando a los ídolos asirios como por los muchos impuestos que estaba pagando. Isaías también está cansado pero él sabe que la monarquía es querida por Dios y en ella se garantiza la venida del Mesías esperado: por eso recibe con alegría al que va a continuar la casa de David (Ezequías). La Iglesia, desde el primer momento, ha aplicado a Jesús este texto y estos títulos regios.

*El pueblo que andaba en tinieblas
vio una luz grande.
Habitan en tierras de sombras,
y una luz brilló sobre ellos.
Acrecentaste la alegría,
hiciste grande el gozo.
Se gozan en tu presencia,
como gozan al segar,
como se regocijan repartiendo botín.
Porque has roto la vara del opresor,
y el yugo de su carga,
la vara de su tirano,
como el día de Madián.
Porque toda bota que taconeaba con ruido,
y el manto rebozado en sangre
serán para la quema, pasto del fuego.
Porque una criatura nos ha nacido,
un hijo se nos ha dado.
Estará el señorío sobre su hombro,
y es su nombre:
Maravilla de Consejero,
Dios Fuerte,
Padre perpetuo,*

*Príncipe de Paz.
Grande es su señorío
y la paz no tendrá límites
sobre el trono de David
y sobre su reino,
para restaurarlo y consolidarlo
con la justicia y el derecho,
desde ahora y hasta siempre.
El celo del Señor de los ejércitos lo hará (Isaías 9, 1-6).*

A lo largo del presente capítulo, te he dicho que los temas preferidos de Isaías son, además de la vocación o envío que es común a todo profeta, la santidad de Dios y del templo, el resto de Israel, el Emmanuel, la viña, la denuncia de la injusticia, el juicio de Dios sobre las naciones, etc. Y el tronco de Jesé, el padre de David, alguien insignificante pero por el que corre la savia de la promesa, transmitida por Natán a David. Para no alargar el tema, yo me callo y dejo que te hable el profeta.

Ya sabes: dos lecturas o dos formas de entender la lectura. La **histórica**, que parece referirse a Ezequías, y el **postexto** que hace la Iglesia, refiriéndola a Jesús, sobre quien nos dice Lucas 3, 22 *“Bajó el Espíritu Santo, en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy”*. Dice San Pablo que sólo es cristiano el que tiene el Espíritu de Cristo. Por eso es muy importante que lleves este texto a la oración y reflexión personal. La Iglesia suele ponernos estas profecías mesiánicas en el tiempo de adviento, que es tiempo de esperanza activa.

Todo se puede esperar en adviento, con tal de poner los medios para que esa esperanza se haga realidad. La lectura es para soñar despiertos y poner manos a la obra. Ésta, en concreto, la tienes en el 2º Domingo de Adviento del ciclo A, libro amarillo. Te pongo la lectura y, después, parte del comentario del libro amarillo. ¡Que lástima que los hombres no hayamos hecho esto realidad, por el mal uso de nuestra libertad!:

*Saldrá un renuevo del tronco de Jesé,
y de sus raíces brotará un retoño.
Reposará sobre él el espíritu del Señor:
espíritu de sabiduría e inteligencia,
espíritu de consejo y fortaleza,
espíritu de ciencia y temor del Señor.
Le inspirará en el temor del Señor.
No juzgará por las apariencias,
ni sentenciará de oídas.
Juzgará con justicia a los débiles,
y sentenciará con rectitud a los desamparados.
Herirá al hombre cruel con la vara de su boca,*

*con el soplo de sus labios matará al malvado.
Justicia será el ceñidor de su cintura,
verdad el cinturón de sus caderas.
Serán vecinos el lobo y el cordero,
y el leopardo se echará con el cabrito,
el novillo y el cachorro pacerán juntos,
y un niño pequeño los pastoreará.
La vaca y la osa pacerán,
juntas acostarán sus crías,
el león, como los bueyes, comerá paja.
Hurgará el niño de pecho
en el agujero del áspid,
la criatura meterá la mano
en el escondrijo de la serpiente.
Nadie hará daño,
nadie hará mal en todo mi santo Monte,
porque la tierra estará llena
de conocimiento del Señor,
como cubren las aguas el mar.
Aquel día la raíz de Jesé estará firme
como estandarte de pueblos,
la buscarán los gentiles,
y su morada será gloriosa (Isaías 11, 1-10).*

“El pueblo de Israel esperaba un Mesías. Isaías lo había anunciado muchas veces. El profeta, entonces y hoy, no es un hombre que se dedique a adivinar el futuro más o menos cercano, como muchas veces piensa la gente. Esa función es de los adivinos. La función del profeta era y es expresar los sentimientos, las necesidades, las aspiraciones y las esperanzas comunes de las gentes de su pueblo. Es como el portavoz del subconsciente colectivo, la voz de la conciencia de cada uno a la que muchas veces pretendemos hacer callar porque no nos conviene oírlo. Es la voz de los que no saben o no pueden hablar. Y esto es lo que hace Isaías hoy.

El pueblo de Israel está fatal. Hay corrupción por todos los lados. La gente espera que aquello acabe de una vez. ¡Qué tiempos los del rey David!, pensaba el pueblo sencillo. Dios ha corregido a su pueblo, que está como árbol talado, apenas queda de él el tronco. Pero la corrección de Dios nunca es definitiva con su pueblo, el árbol está talado, pero no está seco. Del tronco de Jesé, padre de David, brotará una tierna ramita. El tronco de Jesé quiere decir la familia de Jesé: Jesús es descendiente de la familia de David, hijo de Jesé.

*Fíjate que la lectura se divide en tres partes muy claras. **Primero**, versículos 1-5, nos van a describir las características del Mesías, el nuevo David: “**Sobre él posará el espíritu del Señor**”, como posó sobre David. **Segundo**, versículos 6-9, nos describe con imágenes preciosas cómo será ese nuevo reino y nos da la causa de tanta paz y*

felicidad: “Porque está lleno el país de la ciencia del Señor”. Tercero, versículo 10, vocación universal de ese nuevo reino: “Aquel día la raíz de Jesé se levantará como bandera de los pueblos”. Sin saberlo, Isaías está hablando de la Iglesia, el nuevo Israel. La vocación universal de la Iglesia, como árbol de salvación al que vienen a anidar todos los hombres de la tierra, ya está profetizada en este párrafo del profeta Isaías”.

Tercera época: bajo el reinado de Ezequías. Capítulos 13 al 39. Son 27 capítulos. Nuestras biblias suelen dividir estos 27 capítulos en varios bloques. Los primeros 11 (capítulos 13-23) están dedicados a una serie de oráculos o palabras contra Egipto, Babilonia y otras naciones paganas. Si quieres, puedes leerlos. Yo no te lo aconsejo porque no te van a aportar nada nuevo. Incluso te pueden desconcertar algunas cosas como el comienzo del capítulo 14° que habla de la vuelta del destierro, cuando todavía no han salido para él. Ya te dije que, a veces, han metido oráculos fuera de su sitio, con posterioridad a la escritura primera del libro. No te pongo ninguna cita de ellos.

Los cuatro capítulos siguientes (24-27) están dedicados al llamado **“primer o gran Apocalipsis de Isaías”**, porque hay otro que se llama **“segundo o pequeño Apocalipsis de Isaías”** en los capítulos 34-35, aunque su género no sea propiamente apocalíptico, ya que no hay en ellos sueños ni visiones, tan propios de este género literario. El Padre Schökel en vez de hablar de Apocalipsis, prefiere hablar de Escatología. Me parece mejor porque, como recordarás del vocabulario del primer libro, la escatología es la ciencia que estudia las últimas cosas, el destino final del hombre y del universo. Coinciden todos los autores en afirmar que estos capítulos pueden ser añadidos tardíos, posteriores al destierro.

La Iglesia recoge un texto de cada Apocalipsis o Escatología para su liturgia dominical. Del primer Apocalipsis se queda con un texto precioso: Isaías 25, 6-10. Unido al banquete de bodas de Mateo 22, nos lo presenta el domingo 28° del tiempo ordinario, ciclo A. Puedes leer allí el comentario, si tienes el libro. La Iglesia lo refiere al banquete eucarístico, como anticipo del banquete del Reino. Te voy a poner la cita del primero y la del segundo la lees tú (capítulo 35).

Fíjate que el banquete es para todos los pueblos. Ya te dije que una nota del judaísmo posterior al exilio es la universalidad: en Babilonia descubrieron que Dios ha sembrado su bondad a voleo, en todas partes (tras el destierro pudo escribirse el relato de la creación, en el que todo lo creado fue visto como bueno y el hombre, todo hombre, como imagen de Dios). Con este banquete, figura de la Eucaristía, se acabará la muerte eterna. Jesús dijo **“Yo soy el pan de vida, el que me come no morirá jamás”**:

“Aquel día, el Señor de los ejércitos preparará para todos los pueblos, en este monte, un convite de manjares frescos, convite de buenos vinos: manjares enjundiosos, vinos generosos; y arrancará en este monte el velo que cubre a todos

los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones; aniquilará la muerte para siempre. Enjugará el Señor Dios las lágrimas de todos los rostros, y quitará el oprobio de su pueblo de sobre toda la tierra, porque Dios ha hablado. Se dirá aquel día: Ahí tenéis a nuestro Dios, de quien esperábamos que nos salvara; éste es Dios en quien esperábamos; nos regocijamos y nos alegramos por su salvación. Porque la mano de Dios reposará en este monte” (Isaías 25, 6-10).

Con lo dicho en este capítulo, creo que ya conoces al primer Isaías. Te he citado y explicado lo principal. Tú puedes leer lo demás. A pie de página en tu Biblia, tendrás algunas pequeñas explicaciones, que te pueden resolver las dudas que tengas. Pasamos a la propuesta de trabajo.

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

Isaías 2, 6-22

Romanos 11, 1-10

Mateo 22, 1-14

Preguntas:

1. - Otro tema preferido del primer Isaías es “el día de Yavé”, el día final, en el que nos encontremos ante él. Lee la cita y mira a ver qué conclusiones sacas de ella

2. - San Pablo también nos habla del resto de Israel, tema preferido de Isaías. Lee la cita de la carta a los Romanos y completa lo aprendido en este tema.

3. - Ya has visto cómo Isaías nos predice un futuro hecho banquete. Jesús habla de su reino como de un banquete de bodas. ¿Participas del banquete comiendo o te quedas de espectador?

Tema 3. - EL SEGUNDO ISAÍAS, EL ISAÍAS DEL DESTIERRO

1. - Introducción. Comenzamos a estudiar el segundo Isaías, conocido como “**el Isaías del destierro**”. Van a ser 16 capítulos divididos en dos bloques: los capítulos 40 al 48 forman el llamado “Libro de la **Consolación** de Israel”; y a los siete capítulos restantes (49-55) se conocen como el “Libro de la **Restauración** de Israel”.

De todo este segundo Isaías o Deuteroisaiás hay que destacar en primer lugar el objetivo del libro: se ha acabado el tiempo de las amenazas del primer Isaías, que concluiría en el destierro para la expiación por los pecados, y comienza el tiempo de la liberación y restauración del Israel esclavo, o, mejor de la esposa abandonada que volverá a la casa del esposo, Jerusalén, porque nunca fue repudiada para siempre.

Ya sabes que toda la Biblia la puedes leer en clave de alianza de Dios con su pueblo, Israel, y, a estas alturas de la Biblia, de alianza de Dios con la humanidad, pues ya comienza a surgir el judaísmo, con un sentido universal de la fe, ayudado por la convivencia con el pueblo babilónico, donde los desterrados judíos encontraron tanta gente buena, y por la predicación de Ezequiel, como veremos en su día.

También a destacar en este segundo Isaías los cuatro cantos del Siervo de Yavé: nunca, hasta ahora, se había proclamado con tanta claridad el valor redentor del sufrimiento (en cristiano, de la cruz). Más tarde Jesús diría que si “*el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo, pero si muere da mucho fruto*”. El Siervo de Yavé nos anticipa el sentido del Viernes Santo, del calvario.

Igualmente importante va a ser la persona de Ciro II el Grande, rey de los persas “*ungido por Dios*”, instrumento de los planes del Dios único para con su pueblo; y otros temas no menos importantes como el dominio total de Dios creador sobre el universo y la historia.

Y, a mí personalmente, me gustaría también destacarte el capítulo 55, en el que se habla de la búsqueda de Dios, de sus caminos y, sobre todo, del arma con que cuenta el profeta a la hora de construir y demoler, de edificar y plantar: la Palabra y su eficacia garantizada por el mismo Dios con una parábola preciosa, con la que

termina el libro. Cuando la leas, entenderás por qué muchos consideran al II Isaías como el mayor profeta y el mejor poeta de Israel.

Vamos pues a comenzar con el mismo orden que seguimos en el capítulo anterior. De este Isaías sabemos mucho menos que del primero, pero tenemos de él unas páginas preciosas que son las que realmente nos interesan. De su vida y época sólo necesitamos situarlo en el tiempo para comprenderlo mejor. Su libro ha sido considerado un segundo libro del éxodo, todavía más glorioso que el primero.

Dios, que ha estado con su pueblo en el destierro, ahora sale de nuevo al desierto, camino de la tierra prometida, venciendo todo tipo de resistencia, sobre todo la de los dioses babilónicos. Y en un pueblo de derrotados hace renacer la esperanza que los empuja a una nueva vida, en Jerusalén y en torno a su monte santo, Sión, en el que estaba edificado el templo de Dios.

2. - Vida del segundo Isaías. Ha pasado más de un siglo desde la muerte del primer Isaías, el hijo de Amós (¡Ojo!, no del profeta Amós, sino de otro hombre que se llamaba Amós), y el pueblo de Dios está en el destierro de Babilonia a donde había llegado en sucesivas deportaciones entre los años 597-586 antes de Cristo. Nunca aceptaron esta situación: al comienzo pensaban que iba a durar poco, pero a medida que pasan los años van cayendo en una progresiva desesperación.

El pueblo se encuentra hundido por la derrota que les ha apartado de Jerusalén, del templo y de sus grandezas de creerse el único pueblo elegido. Están como muertos en el cementerio. Todo ha acabado para ellos. En esta situación, Dios manda a un hombre con un mensaje de esperanza: es el hombre que necesitan. Lleva una palabra de ánimo y consuelo a los derrotados. El consuelo y la esperanza de la pronta liberación ocupan el lugar que tenían las advertencias y amenazas en **“el Isaías del peligro”**, antes de salir para el destierro; y, ya en el destierro, la invitación a purificarse en la esclavitud, propia del II Isaías, desterrado con los demás.

La mayoría de los autores sitúan a este II Isaías en Babilonia con los desterrados. Otros, los menos, prefieren situarlo en Jerusalén y, desde allí, hablaría a los desterrados. Su predicación hay que situarla **entre** el año 555 antes de Cristo, en el que tuvo lugar la primera victoria del rey persa Ciro II sobre los medos, y la caída de Babilonia en el año 539 antes de Cristo, con el edicto de liberación que este rey promulgó para todos el año siguiente (538 antes de Cristo). No faltan autores que opinan que parte del libro pudo escribirse en tiempos posteriores al exilio, por el mismo Deuteroisaiás, entre los años 515 y 500 antes de Cristo.

En este caso la palabra iría dirigida a los retornados, que vinieron llenos de ilusión en una vida nueva, distinta y mejor, y pronto se dan cuenta de que las injusticias sociales siguen iguales o peores, como vimos en el capítulo 14º del 3º libro de este Curso de Iniciación a la Biblia. En este arco de cuarenta o cincuenta años suelen moverse todos los autores, siempre de forma aproximada y sin que falte, como

siempre, alguno que se sitúa en unas fechas más distantes. Incluso otros dicen que predicó en Babilonia, regresó con el resto liberado y siguió predicando en Jerusalén, escribiendo ya en Jerusalén lo que conocemos como el III Isaías. Como tantas veces te he dicho, todo esto se sigue estudiando. El tiempo nos ayudará a clarificar muchas cosas.

Ya hace dos años que viste el tema del exilio y el regreso a casa. Es el tema 14º del 3º libro. Conviene que lo leas para actualizarlo. ¿Te acuerdas? *“Así habla Ciro, el rey de Persia: El Señor, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado que le edifique una casa en Jerusalén, en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, ¡sea su Dios con él y suba!”* (II Crónicas 36, 22-23).

“Los cabezas de familia de Judá y Benjamín, junto con los sacerdotes y levitas y todos aquellos que se sintieron movidos por Dios, se pusieron en marcha y subieron a reedificar el templo de Jerusalén” (Esdras 1, 5). Estos que se pusieron en marcha son **“el resto de Israel”**, cuya pista siempre vamos siguiendo. Y Ciro es el rey, al que se nombra como **“el ungido de Dios”** o **“el siervo de Dios”**, como antes nombró a Nabucodonosor, el que los llevó al destierro, aunque fueran paganos, porque fueron considerados instrumentos de Dios para la corrección, antes, y restauración, ahora, de su pueblo.

Poco más sabemos de este discípulo, aunque lejano en el tiempo, de Isaías. No tenemos ni su nombre, pero lo que nos dejó escrito es de una belleza comparable en todo a lo que escribió su maestro. El II Isaías es de las cumbres más altas del Antiguo Testamento, tanto por su belleza como por su teología. Se ve en él una fuerte personalidad, probada en el sufrimiento y en una gran fe en Dios, Creador del universo y Señor de la historia. Como todo profeta, transmite su propia experiencia de fe que le ha permitido experimentar el amor de Dios y su misericordia en su propia carne.

No hay una narración de su vocación tan expresa como en el primer Isaías pero sí hay un envío de Dios a predicar en el capítulo 40, que va a ser la primera cita que te ponga: *“Súbete a un monte elevado, heraldo de Sión; alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén; álzala, no temas, di a las ciudades de Judá...”*. Y siguen palabras de esperanza: es **“el profeta de la esperanza”**, que dispuso al pueblo para la libertad. El pueblo estaba preparado, porque había sufrido mucho como sus padres sufrieron en Egipto, y el sufrimiento une a la gente frente al opresor. De entre nosotros, al que esté en el sufrimiento, también le viene bien el grito de esperanza de este heraldo de Sión. (¿Te acuerdas que decir Sión es como decir Israel, porque sobre el monte Sión, en Jerusalén, estaba edificado el templo de Dios? Lo vimos en el 2º tema del 1º libro).

3. - Su mensaje. Yo te resumiría todo su mensaje en cuatro o cinco temas, siguiendo siempre el orden del libro tal como la Iglesia nos lo ha entregado, aunque ya sabemos que hay añadidos posteriores y que, a veces, falta orden en la

estructuración interna. Cuando ese desorden sea muy notorio, yo te avisaré. Este método te permite seguir el libro, consultando continuamente en tu Biblia, que es lo que busco, siempre dentro de lo posible.

Comienza el libro en el capítulo 40 con un grito de **consuelo**: ¡Se acabó el sufrimiento, todo está pagado y todo está olvidado! La Iglesia nos pone esta lectura el segundo domingo de adviento del ciclo B. Juan el Bautista recoge ese domingo estas palabras de Isaías y nos invita a preparar los caminos del Señor. Es una lectura muy propia de adviento, tiempo fuerte de preparación y esperanza en un Dios niño que llega en Navidad.

Imaginaros cómo recibirían estas palabras aquellos pobres desterrados entre quienes cundía la desolación porque creían que Dios se había olvidado de ellos. Y todo esto se escribió para enseñanza nuestra, hoy que tanta gente se siente sola y olvidada de Dios. Con Dios encabezando la marcha van a iniciar un nuevo éxodo por el desierto, más impresionante que el primero. Las intervenciones de Dios siempre se superan a sí mismas. Te pongo el texto y, después, el comentario que ya te hice en el libro de Catequesis Familiar del Día del Señor, Ciclo B.

*Consolad, consolad a mi pueblo,
dice vuestro Dios;
hablad al corazón de Jerusalén,
gritadle:
que ya ha cumplido su servicio,
y está pagado su crimen,
pues de la mano del Señor ha recibido
castigo doble por todos sus pecados.
Una voz grita:
En el desierto preparadle
un camino al Señor,
allanad en la estepa
una calzada para nuestro Dios;
que todo valle se levante,
y todo monte y colina se abaje,
que lo torcido se enderece,
y lo escabroso se iguale.
Se revelará la gloria del Señor,
y la verán todos los hombres juntos,
lo ha dicho la boca del Señor.
La hierba se seca, la flor se marchita,
mas la palabra de nuestro Dios
permanece para siempre.
Súbete a un monte elevado,
alegre mensajero para Sión;
clama con voz poderosa,*

*alegre mensajero para Jerusalén,
clama sin miedo.
Di a las ciudades de Judá:
ahí está vuestro Dios.
Mirad, el Señor Dios llega con poder,
y su brazo manda.
Mirad, viene con su salario,
y su recompensa le precede.
Como pastor que pastorea su rebaño,
su brazo lo reúne,
toma en brazos los corderos,
y hace recostar a las madres (Isaías 40. 1-11).*

“El pueblo estaba hecho polvo. Cundía por todos los lados la desolación porque parecía que Dios se había olvidado de ellos. En estos momentos de desesperación surge un hombre que trae una palabra de consuelo. Abundan los imperativos, las órdenes: "Aquí está vuestro Dios. Mirad, el Señor Dios llega con poder y su brazo manda". Va a comenzar un nuevo éxodo, una nueva salida a la tierra prometida. Ahora no desde Egipto sino desde Babilonia, bajo cuyos árboles lloraban y rezaban los israelitas soñando con Jerusalén.

El cristiano es un hombre que sabe que Dios está siempre llegando con poder para llevarlo desde la Babilonia de sus esclavitudes a una tierra prometida. El cristiano está siempre en situación de éxodo hacia algo mejor. Tenemos que animarnos y ser animadores del pueblo, poniendo en el corazón del triste una palabra de consuelo, como hizo Isaías.

*Juan el Bautista, que hace suyas las palabras de Isaías, es el grito. María, figura también central del adviento, es el silencio. Tenemos que tener algo de los dos. Para nosotros, María, silencio, reflexión, denuncia interior al comparar lo que somos con lo que la Palabra nos pide que seamos; para los otros, Juan "voz que grita en el desierto". **El grito es la voz acompañada del gesto. El que grita gesticula.***

Por ejemplo, un grito para los hijos son los padres que compaginan lo que dicen con lo que hacen, o los hijos que, a la vez que muestran su disconformidad con la sociedad, hacen por transformarla, o esos voluntarios que se han ido a primera línea del dolor y la miseria, o esos misioneros y misioneras que están tapando hambre o compartiendo el hambre con los que no tienen qué llevarse a la boca o las monjas de clausura que nos gritan a todos que hay Dios y que lo es todo en la vida.

Dios que nos creó sin nosotros no quiere salvarnos sin nosotros. Por eso pide nuestra colaboración, que pongamos de nuestra parte.

.. "Que los valles se levanten", valles de vacío de Palabra, de falta de vivencias de fe. Los valles representan lo que nos falta, dentro de la idea de allanar el camino.

¿Qué te falta?: ¿La Eucaristía del día del Señor? ¿La lectura de la Palabra que nos instruye? ¿La vivencia de la comunidad, la cercanía del otro y al otro? ¿Qué falta en nuestras vidas para que sean como Dios quiere y espera de nosotros? ¿Qué tenemos que rellenar? La Iglesia nos pone esta lectura en el tiempo litúrgico de Adviento, que es un tiempo de reflexión para preparar en cristiano la Navidad.

.. "Que los montes y colinas se abajen". En esa imagen de allanar los caminos del Señor, los montes y colinas representan esa tierra que sobra en nosotros y que puede impedir el paso de Dios por nuestras vidas. ¿Qué sobra en nosotros? Cada uno lo tiene que averiguar confrontándose con la Palabra. ¿Sobra autosuficiencia, al creernos con la verdad plena? ¿Sobran vicios? ¿Pecados personales? Cada uno sabrá su vida y se conocerá a sí mismo.

Las palabras de Isaías que acabas de leer y te he comentado son muy bonitas, pero el estado de ánimo de los destinatarios no podía ser más feo. Ezequiel, también desterrado, describió así la situación: **"Nuestros huesos están secos, nuestra esperanza ha perecido, estamos destrozados"** (Ezequiel 37, 11). ¿Cómo resucitar a aquellos huesos secos? Sólo había un camino: recuperar la fe en Yavé, su Dios, Creador y Padre, **goel** de Israel (¿Te acuerdas? Rescatador), sobre todo de los que se sienten pobres y humillados, del resto de Israel, porque los instalados no necesitan, ni quieren, que nadie los rescate.

Necesitan recuperar la fe en la palabra del profeta porque no es palabra de hombre sino de Dios: **La hierba se seca, la flor se marchita, mas la palabra de nuestro Dios permanece para siempre.** ¿Qué sentiría en su corazón el judío oprimido, conocedor de la historia de su pueblo, al oír estas palabras?

La aparente derrota de Dios ante los ídolos babilónicos, la destrucción del templo y la pérdida de la tierra prometida a sus padres han provocado en el pueblo una crisis de fe que es la que tienen que superar. El profeta va a decirles que contemplen las obras del Creador y apuesten por Él. Lee los capítulos 40, 12-31 y 41 entero. Te pongo sólo una docena de versículos del 41 en los que Dios anuncia que está con ellos, con su pueblo, y que habrá un nuevo éxodo, del que ya hemos hablado, a través de un desierto que Él llenará de lagunas y fuentes de agua:

**Tú, Israel, siervo mío;
Jacob, mi escogido;
estirpe de Abrahán, mi amigo.
Tú, a quien cogí en los confines del orbe,
a quien llamé en sus extremos,
a quien dije: "Tú eres mi siervo,
te he cogido y no te he rechazado".
No temas, que yo estoy contigo;
no te angusties, que yo soy tu Dios:
te fortalezco, te auxilio,**

*te sostengo con mi diestra victoriosa.
Mira: se avergonzarán derrotados
los que se enardecen contra ti;
serán aniquilados y perecerán
los que pleitean contra ti;
los buscarás sin encontrarlos
a los que pelean contra ti;
serán aniquilados, dejarán de existir
los que guerrearán contra ti.
Porque yo, el Señor, tu Dios,
te agarro de la diestra,
y te digo: “No temas,
yo mismo te auxilio”.
No temas gusanito de Jacob,
oruga de Israel,
yo mismo te auxilio,
-dice el Señor-,
tu redentor es el santo de Israel.
Mira, te convierto en trillo aguzado,
nuevo, dentado:
trillarás los montes y los triturarás;
harás paja de las colinas;
los aventarás, y el viento los arrebatará,
el vendaval los dispersará;
y tú te alegrarás con el Señor,
te gloriarás del santo de Israel.*

*Los humildes y los pobres
buscan agua, pero no hay nada.
La lengua se les secó de sed.
Yo, el Señor, les responderé,
yo, Dios de Israel, no los desampararé.
Abriré arroyos en cumbres peladas
y en medio de los barrancos manantiales.
Convertiré el desierto en lagunas
y la tierra árida en fuentes de aguas.
Pondré en el desierto cedros,
y acacias, y mirtos, y olivares.
Pondré en la estepa cipreses,
y olmos juntos,
de modo que todos vean y sepan,
adviertan y consideren
que la mano del Señor ha hecho eso,
el Santo de Israel lo ha creado (Isaías 41, 8-20).*

En esos dos capítulos tienes algunas ideas fundamentales de este segundo Isaías: Dios es creador, por tanto Señor único de la historia. Él lleva nuestro destino y no se olvida de su pueblo. Lo ha probado, lo ha corregido, pero ya ha terminado la prueba y comienza la restauración; entonces comenzada por Ciro, instrumento de Dios para salvar a su pueblo de la opresión y, más tarde, continuada por otro Salvador que el profeta anuncia en cuatro preciosos cantos o poemas, llamados los poemas del Siervo de Yavé, que la Iglesia ha visto cumplidos en la persona de Jesús de Nazaret. Vamos a dedicarle un punto aparte a estos cuatro poemas del Siervo de Yavé.

4. - El Siervo de Yavé. El II Isaías nos trae los cuatro poemas del Siervo de Yavé: el primero en el libro de la Consolación, capítulo 42, 1-7 y los otros tres están en el libro de la Restauración de Israel. La Iglesia nos los ofrece en su liturgia. El primero, todos los años en la fiesta del Bautismo de Jesús. El segundo en el 2º domingo del tiempo ordinario del ciclo A. El tercero, al iniciarse la Semana Santa, es decir, el Domingo de Ramos. Y el cuarto, como primera lectura del Viernes Santo. Te digo esto para que deduzcas la importancia de estos cuatro poemas en la liturgia, que es la vida de la Iglesia.

Los cuatro están relacionados entre sí: el primero hace la presentación del personaje. El segundo coloca al Siervo entre los profetas. El tercero nos presenta al Siervo aceptando el sufrimiento con confianza. Y el cuarto nos lo presenta desfigurado por el dolor, el dolor de la Pasión, si pensamos en Jesús, como piensa la Iglesia.

Después de los salmos, el libro de Isaías es, de los del Antiguo Testamento, el más citado en la liturgia. Vamos a hablar un poco de cada poema, sirviéndonos de los comentarios de nuestros libros de Catequesis Familiar del Día del Señor y añadiéndole lo que podamos.

Los estudiosos no saben si el autor de los poemas -sea el Deuteroisaiás u otro que lo añadió a mitad del siglo V, como opinan algunos- se refería a alguien concreto al escribirlos. Pero sí se sabe que la palabra "**siervo**" tiene un sentido honorífico -no el de "esclavo" que solemos darle nosotros-, aplicándosele en la Biblia **al que se consagra al bien de los demás por amor a Dios**. Así podemos pensar en muchas personas que cumplirían ese sentido de siervo: Abrahán, Moisés o algún profeta.

El judaísmo vio en el Siervo de Yavé al mismo Israel como colectividad, como pueblo; es difícil aceptar esta interpretación ya que en el resto de la Biblia no vemos a Israel como a un inocente que sufre injustamente, sino más bien todo lo contrario, mientras que el protagonista de los cantos sí sufre injustamente por pecados que no ha cometido. La Iglesia, desde sus inicios, los aplica a Jesús, pues sólo en Él llega la figura del Siervo de Yavé a su realización completa. La misión del siervo y los valores que encarna se realizan de una manera excepcional en su persona. Así lo ha entendido la Iglesia y lo entenderemos nosotros, si leemos los cuatro cánticos o poemas.

Todo el que se consagre al servicio de los demás por amor a Dios, está siendo Siervo de Yavé porque está teniendo la actitud de Jesús ante la vida. Jesús lo hizo durante toda su vida y por eso lo recordará su amigo Pedro como alguien que *“pasó haciendo el bien”*. El acto supremo del Siervo de Yavé es dar su vida por los demás: *“Nadie tiene un amor más grande que el que da su vida por sus amigos”*, dijo Jesús. Por eso tú, cuando te callas en casa, aún llevando razón, o soportas pacientemente la calumnia injusta de los que te rodean, estás siendo Siervo de Yavé y estás salvando a tu comunidad con tu sufrimiento callado. Es el valor redentor del sufrimiento, del que ya hemos hablado.

Vamos a ver los cuatro cantos. Te voy poniendo uno a uno y, después, te los comento. Te los pondré más o menos resumidos, pero en las citas te indicaré desde dónde hasta dónde abarcan. Siempre en clave de Jesús, que fue quien cumplió en plenitud lo que el profeta describe, y que es nuestro modelo a imitar. En la medida, y sólo en la medida, en que tengamos en la vida las actitudes de Cristo, reflejadas en estos cantos, seremos cristianos. Por tanto, que nos sirvan su lectura y meditación de palabras de ánimo y de serio examen de conciencia: ¿Estoy dispuesto a vivir este estilo de Jesús, que refleja la figura del Siervo?

Primer Canto del Siervo de Yavé:

*Así dice el Señor:
Mirad a mi siervo a quien sostengo,
mi elegido a quien prefiero.
Sobre él he puesto mi espíritu
para que traiga el derecho a las naciones.
No gritará, no clamará,
no voceará por las calles.
La caña cascada no la quebrará,
el pabilo vacilante no lo apagará.
Promoverá fielmente el derecho;
no vacilará ni se quebrará,
hasta implantar el derecho en la tierra,
y sus leyes que esperan las islas.
Así dice el Señor Dios,
que creó y desplegó los cielos,
consolidó la tierra con su vegetación,
dio respiro al pueblo que la habitaba
y el aliento a los que se mueven en ella.
Yo, el Señor, te he llamado con justicia,
te he cogido de la mano,
te he formado, y te he hecho
alianza de un pueblo, luz de las naciones.
Para que abras los ojos de los ciegos,
saques a los cautivos de la prisión,*

*y de la mazmorra a los que viven en tinieblas.
Yo soy el Señor, éste es mi nombre,
no cedo mi gloria a ningún otro,
ni mi honor a los ídolos.
Lo antiguo ya ha sucedido,
y algo nuevo yo anuncio,
antes de que brote
os lo hago oír (Isaías 42, 1-9).*

.. **Ungido por Dios, llamado por Dios**, con una misión concreta: traer el derecho a las naciones. Es la presentación del Siervo, por parte de Dios. Promoverá fielmente el derecho. Fiel al Padre. Con ternura, pero con firmeza. No gritará, como el Bautista, sino que sólo nos propondrá el camino a seguir. Tampoco habrá un hacha al pie del árbol, como quería Juan, sino un padre esperando en la puerta a que vuelva el hijo pródigo. Será el campeón de la justicia, fundamentalmente porque él será el justo que cargará con todas nuestras injusticias.

.. **Tierno para con todos**, no gritará, no clamará, no atropellará a nadie. Los poderosos de la tierra se aprovechan de los débiles, pero Jesús no quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha que todavía da humo. Al revés, intentará que se vuelva a encender. Jesús viene a salvarnos, no a condenarnos. No pienses que no tienes remedio, sino al revés: procura encarnar ante los demás esa figura tierna y misericordiosa de Jesús. Tirando del carro de los demás, te sentirás más fuerte.

.. **Ayudará al necesitado**: Abrirá los ojos de los ciegos, sacará a los cautivos de las prisiones y al que tenga su corazón en tinieblas le dará una luz para que salga de ella. Toda esta misión del Siervo de Yavé, Jesús la realizará en nosotros que andaríamos a ciegas por la vida, si no fuera por Él y estaríamos en la mazmorra de nuestro propio narcisismo, si Jesús no se hubiera hecho presente en nuestras vidas. Profetizó bien Isaías de Jesús. Este poema es un anuncio de gracia y esperanza para todos, en el que el mismo Dios nos presenta al Siervo.

Segundo Canto del Siervo:

*Oídme, islas;
atended, pueblos lejanos:
Estaba yo en el vientre materno
y el Señor me llamó;
en las entrañas de mi madre
y pronunció mi nombre.
Hizo de mi boca una espada afilada,
en la sombra de su mano me escondió;
me hizo una flecha aguda,
me guardó en su aljaba y me dijo:
tú eres mi siervo, Israel, de quien estoy orgulloso.*

*Mientras yo pensaba: en vano me he cansado,
 inútilmente he gastado mi vigor,
 en viento y en nada he gastado mis fuerzas.
 En realidad mi derecho lo lleva el Señor,
 ahora, pues, dice el Señor,
 que desde el seno materno me formó siervo suyo,
 para que le trajese a Jacob,
 para que reuniese a Israel.
 Mas yo era glorificado a los ojos del Señor,
 mi Dios era mi fuerza.
 Es poco que seas mi siervo
 y restablezcas las tribus de Judá
 y conciertes a los supervivientes de Israel;
 te voy a poner por luz de las gentes,
 para que mi salvación alcance
 hasta los confines de la tierra.
 Así dice el Señor, el que rescata (goel) a Israel,
 el Santo suyo, a aquel cuya vida es despreciada,
 y es abominado de las gentes,
 al esclavo de los dominadores:
 Te verán los reyes y se pondrán en pie,
 los príncipes y se postrarán;
 porque el Señor es fiel,
 el Santo de Israel te ha elegido.
 Así dice el Señor:
 en tiempo favorable te escucharé,
 y en día nefasto te asistiré.
 Yo te formé y te he destinado
 a ser alianza del pueblo,
 para levantar la tierra,
 para repartir las heredades desoladas,
 para decir a los presos: Salid,
 y a los que están en tinieblas:
 Venid a la luz (Isaías 49, 1-9).*

Cada canto añade algo más al anterior para dibujar, entre todos, la figura del Siervo. El texto nombra a Israel, como el siervo de Yavé. Los entendidos consideran esta frase un añadido posterior, porque, como dijimos antes, Israel no “fue tan bueno” como para merecer este título de “Siervo de Yavé”. El comienzo de éste nos recuerda la vocación de Jeremías y otros profetas. Todos somos profetas, por el bautismo, y todos estamos predestinados desde el vientre materno a servir a los demás. Y, como los profetas, recibirá la fuerza de Dios: es el enviado a las naciones.

El Siervo se siente llamado a una misión y se presenta a sí mismo como espada y flecha afilada: es la palabra del profeta. Hay un paso por el fracaso, por la cruz: “A

aquel cuya vida es despreciada, y es abominado de las gentes, al esclavo de los dominadores”, pero confió en Dios y llegó el triunfo final, convirtiéndose en luz para quienes están en las tinieblas. “No hay rosas sin espinas”, decimos nosotros.

Tercer Canto del Siervo:

*Mi Señor me ha dado lengua de discípulo,
para saber decir al cansado
una palabra de aliento.
Cada mañana me espabila el oído,
para escuchar como los discípulos;
el Señor me ha abierto el oído;
y yo no me resistí, ni me eché atrás:
ofrecí mis espaldas a los que me golpeaban,
mis mejillas a los que mesaban mi barba;
no me tapé el rostro ante insultos y salivazos.
El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes,
por eso endurecí mi rostro como pedernal,
sabiendo que no quedaría avergonzado.
Cerca está mi defensor:
¿quién disputará conmigo?
Presentémonos juntos:
¿quién es mi demandante?,
¡que se acerque!
Mirad: el Señor me ayuda:
¿quién me condenará?
Pues todos ellos como un vestido se gastarán,
la polilla se los comerá.
El que de entre vosotros tema al Señor
oiga la voz de su Siervo.
El que anda a oscuras y carece de claridad
confíe en el nombre del Señor
y apóyese en su Dios (Isaías 50, 4-10).*

Este tercer canto lo pone la Iglesia, muy acertadamente, en la liturgia del Domingo de Ramos, pórtico de la Semana Santa. Nos presenta al Siervo de Yavé, a Jesús, aceptando los sufrimientos que se le vienen encima, confiado en Dios que lo salva. Es golpeado por la espalda y tiran de su barba, como si fuera un tonto inocente, cuando es el sabio por excelencia, a quien nadie puede condenar. Termina con una invitación a los que viven en problemas; que confíen en el nombre (poder) del Señor y se apoyen en su Dios. Habrás observado que en este tercer poema no se nombra al Siervo de Yavé. Por eso algunos opinan que no pertenece a los poemas del Siervo, sino que se refiere a la figura de un profeta, en general; siempre fiel a Dios, por encima de la dureza de su misión.

Cuarto Canto del Siervo:

*Mirad, mi siervo tendrá éxito,
subirá y crecerá mucho.
Muchos se espantaron de él,
porque desfigurado no parecía hombre,
ni tenía aspecto humano.
Así asombrará a muchos pueblos,
ante él los reyes cerrarán la boca,
al ver algo inenarrable
y contemplar algo inaudito.
¿Quién dio crédito a nuestra noticia?
¿A quién se reveló el poder del Señor?
Creció en su presencia como brote,
como raíz en tierra árida,
sin figura, sin belleza.
Lo vimos sin aspecto atrayente,
despreciado y evitado de los hombres,
varón de dolores y acostumbrado al sufrimiento,
ante quien se vuelve el rostro,
despreciado y desestimado.
¡Y con todo eran nuestras dolencias
las que él llevaba
y nuestros dolores los que soportaba!
Nosotros le tuvimos por azotado,
herido de Dios y humillado.
Él ha sido herido por nuestras rebeldías,
molido por nuestras culpas.
Él soportó el castigo que nos trae la paz,
y con sus cardenales hemos sido curados.
Todos nosotros como ovejas erramos,
cada uno marchó por su camino,
y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes.
Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca.
Como un cordero llevado al matadero,
como oveja que ante los que la trasquilan está muda,
tampoco él abrió la boca.
Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron,
¿quién meditó en su destino?
Fue arrancado de la tierra de los vivos;
por los pecados de mi pueblo ha sido herido;
le dieron sepultura entre los malvados
y una tumba con los malhechores,
aunque no había cometido crímenes,
ni hubo engaño en su boca.*

*El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento,
y entregar su vida como expiación;
verá su descendencia, prolongará sus años;
lo que el Señor quiere prosperará por su mano.
Por las fatigas de su alma, verá la luz,
el justo se saciará de conocimiento.
Mi Siervo justificará a muchos,
porque cargó con los crímenes de todos.
Por eso le daré su parte entre los grandes
y con poderosos repartirá despojos,
ya que indefenso se entregó a la muerte
y con los rebeldes fue contado,
cuando él llevó el pecado de muchos,
e intercedió por los pecadores (Isaías 52, 13-53, 12).*

Este cuarto canto, el más largo y conocido, nos lo ofrece la Iglesia el Viernes Santo. Recuerda que la liturgia del Viernes Santo es una oración ante la cruz de Cristo. En la cruz **“justificó a muchos, cargando con los pecados de todos”**. Jesús, inocente, ofrece su vida por nuestros pecados. Es el valor redentor del sufrimiento, que ya dijimos.

Frente a la espiral de la violencia, reinante en nuestra sociedad, el Siervo establece la espiral del amor, del servicio, de la entrega al otro. No responder nunca a la agresión del otro. Siempre me oís decir: No gritéis en casa. Jesús: **“Fue oprimido, se humilló y no abrió la boca”**, dice el canto, y ahí está la clave para ser cristiano, para tener el espíritu de Cristo. En este sentido, todo cristiano tiene destino de mártir, al ofrecer su vida por los pecados de sus hermanos. **“Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer”**, dice en la otra lectura del Viernes Santo el autor de la carta a los Hebreos.

Tras la humillación vino la glorificación: estas dos caras de la realidad constituyen el centro del poema. Decía Nietzsche que cristiano sólo ha habido uno y murió en la cruz. Cuando uno lee este canto, pensando en la pasión de Jesús, tiene que darle la razón a Nietzsche, aunque tenemos que añadir que, sin llegar nunca a tener las actitudes de Cristo, sí tenemos que imitarlo, si queremos vivir la glorificación, porque la muerte no es el desenlace definitivo en la vida del Siervo. Cristo padeció, murió y, finalmente, resucitó.

Esto mismo, mejor que yo, lo dice San Pablo: **“Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y, así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la**

tierra y en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2, 6-11)

5. - Otros textos importantes. Yo te diría que entre lo visto hasta ahora y la conclusión del punto 6º, tenemos suficientemente explicado este segundo Isaías, pero hay algunos textos y personajes que no podemos dejar en el tintero, si queremos que la explicación esté completa. Por ejemplo, acostumbro a repetir mucho que la Escritura hay que leerla en presente, que todo fue escrito para enseñanza nuestra. En este libro de la Consolación de Israel, hay media docena de versículos que son muy esperanzadores para los que estén faltos de ánimos. Todos nos tenemos que sentir atravesando el desierto de la vida hacia la tierra prometida, que en el segundo Isaías está simbolizada en la ciudad santa de Jerusalén, y en nuestro caso en el cielo.

Dios nos acompaña siempre: Él está presente en nuestras vidas, pero quiere que este éxodo no sea como el primero de Israel, donde tanto abundaron las protestas, infidelidades, nostalgias, obstinaciones y desencantos sino que sea algo nuevo, porque Él siempre que pasa realiza algo nuevo con nosotros “*¿No lo notáis?*”, dice la lectura.

Este nuevo éxodo va a simbolizar, todavía más que el primero, el tiempo de la Iglesia, en que se va a consumir totalmente el plan divino de salvación del nuevo Israel peregrino hacia la tierra prometida, el cielo. Leer la Escritura y, en ella, la Historia de Salvación hecha por Dios con nuestros padres, fortalece y añade esperanza a nuestra fe. Voy a citarte un trocito de los capítulos 43 y 44.

*Y ahora, así dice el Señor,
el que te creó, Jacob,
el que te formó, Israel:
No temas: que te he redimido,
te he llamado por tu nombre,
tú eres mío.
Cuando cruces las aguas, yo estaré contigo,
la corriente no te anegará;
cuando pases por el fuego, no te quemarás,
la llama no te abrasará.
Porque yo el Señor, soy tu Dios;
el Santo de Israel es tu salvador.
Vosotros sois mis testigos,
dice el Señor, y mis siervos a quienes escogí,
para que supierais y me creyerais,
para que comprendierais que soy yo.
Antes de mí no existía ningún Dios
y después de mí ninguno habrá:
yo, yo soy el Señor;
fuera de mí no hay salvador.*

*Yo predije y salvé;
yo anuncié, y no teníais dios extranjero.
Vosotros sois mis testigos,
dice el Señor,
yo soy Dios, desde siempre lo soy.
No hay quien libre de mi mano;
lo que yo hago, ¿quién lo deshará?
Yo soy el Señor, vuestro Santo,
el creador de Israel, vuestro Rey.
Así dice el Señor,
que trazó camino en el mar,
y vereda en aguas impetuosas.
El que hizo salir carros y caballos
a una con poderoso ejército;
a una se echaron para no levantarse,
se apagaron, como mecha se extinguieron.
¿No os acordáis de lo pasado,
ni caéis en la cuenta de lo antiguo?
Pues bien, he aquí que yo lo renuevo:
ya está en marcha, ¿no lo notáis?
Sí, pongo en el desierto un camino,
ríos en el páramo.
Las bestias del campo me darán gloria,
los chacales y las avestruces,
pues pondré agua en el desierto,
y ríos en la sequedad
para dar de beber a mi pueblo elegido.
El pueblo que yo me he formado
proclamará mis alabanzas (Isaías 43, 1-21).*

Parte de esta cita, media docena de versículos, nos la pone la Iglesia el 5º domingo de cuaresma del ciclo C. Te lo comentaba yo allí con estas palabras que te pueden ayudar:

*“El pueblo desterrado necesita profetas de consuelo y esperanza. Es natural que aquel pueblo, desde el destierro, mirara excesivamente al pasado que le parecería siempre mejor. Tampoco hoy, en la Iglesia, faltan los nostálgicos que recuerdan un pasado más feliz. Pero el **profeta les hace mirar hacia adelante**. Del pasado, de la historia, hay que sacar lecciones, pero nada más: si hubo antiguamente un éxodo victorioso por el mar, ahora mismo está preparando otro por el desierto; el que abrió caminos en el mar, mañana llenará de ríos el desierto: "Mirad que realizo algo nuevo", dice Isaías. Esta lectura de Isaías es un maravilloso canto a la esperanza y una invitación a mirar hacia adelante”.*

El otro trocito que te quería citar es del capítulo 44. Dios no quiere que su pueblo

haga ídolos que lo suplanten a él y a su mensaje, porque él es el único Dios y los ídolos son nada. Ya te he dicho algunas veces que nuestras imágenes no son ídolos, puesto que no son adoradas, sino veneradas y sirven para recordarnos a aquellas personas a quienes representan. Desgraciadamente, a veces, la devoción a nuestras imágenes se pasa, sobre todo la gente sencilla, que se quedan en las imágenes sin llegar a través de ellas a Dios. No está de más que meditemos este precioso texto, lleno de ironía, y revisemos nuestras devociones a las imágenes, no sea que nos estemos pasando:

*“Así dice Yavé, el rey de Israel,
y su redentor, el Señor de los ejércitos:
Yo soy el primero y el último,
fuera de mí, no hay ningún dios.
¿Quién como yo? Que se levante y hable,
que lo anuncie y argumente contra mí.
¿Quién hizo oír desde antaño las señales,
y anunció lo que había de venir?
No tembléis ni temáis;
¿no lo he dicho y anunciado desde antiguo?
Vosotros sois testigos;
¿hay otro dios fuera de mí?
¡No hay otra Roca, yo no la conozco!*

¡Escultores de ídolos! Todos ellos son nada; de nada sirven sus obras más estimadas; sus testigos nada ven y nada saben, y por eso quedarán abochornados. ¿Quién modela un dios o funde un ídolo, sin esperar una ganancia? Mas ved que todos sus devotos quedarán abochornados y sus artífices, que no son más que hombres; se reunirán todos y comparecerán; y todos temblarán avergonzados.

El forjador trabaja con los brazos, configura a golpe de martillo, ejecuta su obra a fuerza de brazo; pasa hambre y se extenua; no bebe agua y queda agotado. El escultor tallista toma la medida, hace un diseño con el lápiz, trabaja con la gubia, diseña a compás de puntos y le da figura varonil y belleza humana, para que habite en un templo.

Taló un cedro para sí, o tomó un roble, o una encina y los dejó hacerse grandes entre los árboles del bosque; o plantó un cedro que la lluvia hizo crecer. Sirven ellos para que la gente haga fuego. Echan mano de ellos para calentarse. O encienden lumbre para cocer pan. O hacen un dios, al que se adora, un ídolo para inclinarse ante él.

Quema uno la mitad y sobre las brasas asa carne y come el asado hasta hartarse. También se calienta y dice: ¡Ah! ¡me caliento mientras contemplo el resplandor! Y con el resto hace un dios, su ídolo, ante el que se inclina, le adora y le suplica, diciendo: ¡Sálvame, pues tú eres mi dios!

No saben ni entienden, sus ojos están pegados y no ven; su corazón no comprende. No reflexionan, no tienen ciencia ni entendimiento para decirse: He quemado una mitad, he cocido pan sobre las brasas; he asado carne y la he comido; y ¡voy a hacer con lo restante algo abominable!, ¡voy a inclinarme ante un trozo de madera!

A quien se apega a la ceniza, su corazón engañado le extravía. No salvará su vida. Nunca dirá: ¿Acaso lo que tengo en la mano es engañoso? Recuerda esto, Jacob, y que eres mi siervo, Israel. ¡Yo te he formado, tú eres mi siervo, Israel, yo no te olvido! (Isaías 44, 2-20).

¿Y Ciro? Este personaje, hombre liberal tanto en lo religioso como en lo político, también nos da ocasión para recalcar una idea que os repito continuamente. Dios, nuestro Dios, no está mudo. Mudas las imágenes, pero Dios no. Él habla continuamente: en su Palabra, en el otro y en los acontecimientos. Para un cristiano las cosas no pasan porque sí. Detrás está siempre Dios con una palabra, una indicación en los acontecimientos.

Unas veces hay una palabra de corrección, en la acción del rey Nabucodonosor que se llevó al pueblo de Israel con su rey Sedecías, cargado de cadenas y ciego, a Babilonia (una brutalidad que Dios castigaría más tarde con la destrucción de esta ciudad maldita y pecadora). Y ahora va a ser una palabra de salvación, dicha por Dios que, moviendo el corazón del rey persa Ciro, le hizo promulgar el decreto que se convirtió en palabra de salvación para su pueblo. Dios es el goel, Ciro su instrumento, pues con su decreto recatará a Israel de la esclavitud. Recuerda que goel significa rescatador, liberador, protector (Levítico 25, 25).

¿Te acuerdas del decreto liberador de Ciro? Lo vimos en el tema 14º del libro 3º. Con él termina el libro II Crónicas y comienza el de Esdras. Te lo voy a recordar para que no tengas que ir a buscarlo a tu Biblia:

“En el año primero de Ciro, rey de Persia, en cumplimiento de la palabra del Señor, por boca de Jeremías, movió el Señor el espíritu de Ciro, rey de Persia, que mandó publicar de palabra y por escrito en todo su reino: Así habla Ciro, rey de Persia: El Señor, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado que le edifique una Casa en Jerusalén, en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, sea su Dios con él y suba a Jerusalén, en Judá, a edificar la Casa del Señor, Dios de Israel, el Dios que está en Jerusalén.

A todo el resto del pueblo, donde residan, que la gente del lugar les ayude proporcionándoles oro, plata, hacienda y ganado, así como ofrendas voluntarias para la Casa de Dios que está en Jerusalén.

Entonces, todos los que se sintieron movidos por Dios -cabezas de familia de Judá y Benjamín, sacerdotes y levitas- se pusieron en marcha y subieron a

reedificar el templo de Jerusalén. Sus vecinos les proporcionaron de todo: plata, oro, hacienda, ganado y otros muchos regalos de las ofrendas voluntarias. El rey Ciro mandó sacar el ajuar del templo que Nabucodonosor se había llevado de Jerusalén para colocarlo en el templo de su dios. Ciro de Persia lo consignó al tesorero Mitrídates, que lo contó delante de Sesbasar, príncipe de Judá (Esdras 1, 1-3).

La noticia del edicto de Ciro fue tan importante que el profeta describe, en un poema sobrecogedor de cuatro versículos, su difusión, consciente de que se trata de un Evangelio, de una Buena Noticia. La Iglesia utiliza este breve poema para dar la buena nueva del nacimiento de Jesús en la misa del día de Navidad. Dice Así:

*¡Qué hermosos son sobre los montes
los pies del mensajero que anuncia la paz,
que trae la Buena Nueva,
que anuncian la salvación,
que dice a Sión: Tu Dios es rey!
Escucha: tus vigías gritan,
cantan a coro,
porque ven cara a cara al Señor
que vuelve a Sión.
Romped a cantar a coro,
ruinas de Jerusalén,
que el Señor consuela a su pueblo,
rescata a Jerusalén.
El Señor desnuda su santo brazo
a la vista de todas las naciones,
y han visto todos los pueblos
la victoria de nuestro Dios (Isaías 52, 7-10).*

Seguimos con Ciro. Si lees el resto del capítulo primero de Esdras, verás que el comportamiento de Ciro no pudo ser mejor con el pueblo de Dios. Siempre el redactor del texto, que ve la historia con ojos de fe, se encarga de recordarnos que las cosas sucedieron así porque **“Dios movió el espíritu de Ciro”**. Por este comportamiento con su pueblo, se convierte en el único rey extranjero a quien la palabra de Dios llama Ungido, como a Jesucristo.

A Ciro lo ha suscitado Dios y ha puesto a sus pies a todos los reyes de la tierra para que sea el liberador de su pueblo, simplemente porque así lo ha decidido Dios, el Señor de la historia. Te pongo el oráculo y fíjate cómo la iniciativa parte de Dios que elige a Ciro, aunque éste no conocía a Dios. Y fíjate también cómo recalca que el poder de Dios está por encima del poder de todos.

*Así dice el Señor a su Ungido Ciro,
a quien ha tomado de la mano:*

*someteré ante él a las naciones,
desceñiré las cinturas de los reyes,
abriré ante él las puertas,
los batientes no se le cerrarán.
Por mi siervo Jacob,
por mi elegido Israel,
te he llamado por tu nombre,
te di un título,
aunque no me conocías.
Yo soy el Señor, no hay ningún otro;
fuera de mí no hay dios.
Yo te he ceñido,
sin que tú me conozcas,
para que se sepa de oriente a occidente,
que todo es nada fuera de mí.
Yo soy el Señor, y no hay otro;
yo hago la luz y creo la tiniebla,
yo hago la dicha y creo la desgracia,
yo soy el Señor, el que hago todo esto.
Destilad, cielos, como rocío de lo alto,
derramad, nubes, la victoria.
Ábrase la tierra y produzca la salvación,
y con ella germine la justicia:
yo, el Señor, lo he creado.
Pues así dice el Señor,
creador de los cielos,
- él es Dios -,
él modeló la tierra,
la fabricó y la afianzó;
no la creó vacía,
sino que la formó habitable.
Reunios, venid, acercaos todos,
supervivientes de las naciones.
No saben nada los que llevan
sus ídolos de madera,
los que suplican a un dios
que no puede salvar.
Exponed, aducid vuestras pruebas,
deliberad todos juntos:
¿Quién hizo oír esto desde antiguo
y lo anunció hace tiempo?
¿No he sido yo el Señor?
No hay otro dios, fuera de mí.
Yo soy un Dios justo y salvador,
no hay otro fuera de mí.*

*Volveos a mí y seréis salvados
confines todos de la tierra,
porque yo soy Dios,
no existe ningún otro.
Yo juro por mi nombre;
de mi boca sale palabra verdadera
y no será vana:
que ante mí se doblará toda rodilla
y toda lengua jurará.
Dirán: ¡Sólo en el Señor
hay victoria y fuerza!
A él se volverán abochornados
todos los que se inflamaban contra Él.
Con el Señor triunfará y se gloriará
toda la raza de Israel (Isaías 45, 1-25).*

6. - La conclusión del libro. Este libro del Deuterocanónico, termina con un mensaje de restauración gratuita por parte de Dios, que invita a todos. Se lee, como no podía ser de otra forma, en la liturgia más importante del año, la Vigilia Pascual de la noche de resurrección. En la lectura tenemos tres partes. Para facilitarte su comprensión, te voy a separar los tres bloques y te explicaré uno por uno.

La **primera parte** es una invitación a recibir gratis agua, trigo, vino y leche, que nos puedan saciar. En esos cuatro elementos están simbolizados los remedios a nuestras necesidades. Sólo tenemos que extender la mano, como el pobre. Ir a Dios, convertirnos a Él y vivir.

*¡Oh, todos los sedientos, acudid por agua,
también los que no tenéis dinero,
venid, comprad trigo y comed sin pagar,
vino y leche de balde!
¿Por qué gastáis dinero en lo que no alimenta,
y vuestro jornal en lo que no sacia?
Hacedme caso y comed cosa buena,
y disfrutaréis con algo sustancioso.
Aplicad el oído y acudid a mí,
oíd y vivirá vuestra alma.
Sellaré con vosotros una alianza eterna,
la promesa hecha a David:
a él lo hice testigo ante los pueblos,
caudillo y legislador de las naciones;
tú llamarás a un pueblo desconocido,
un pueblo que no te conocía correrá hacia ti,
por amor del Señor, tu Dios,
y por el Santo de Israel, que te honra (Isaías 55, 1-5).*

La segunda parte es una invitación a **buscar a Dios**. Dejar nuestros caminos y buscar los caminos de Dios, mientras estamos a tiempo. ¿Dónde encontramos a Dios? En su Palabra, en la liturgia, en el otro. Esta búsqueda de Dios tiene que ser sincera. Una cosa es buscar a Dios y otra querer domesticarlo, seleccionando del evangelio aquello que nos gusta y “arrancándole” las páginas difíciles. A veces protestamos: ¡Es que Dios... ! y nos lamentamos ante una muerte joven, por ejemplo. Y no cabe más que respetar en silencio los caminos de Dios, intentando rastrearlos, pero nunca sublevándose frente a sus designios. Si, aquí en la tierra, los caminos de los padres son tan distintos de los de los hijos, cuánto más comparar nuestros caminos con los de Dios. La lectura cuantifica las distancias entre los caminos de Dios y los nuestros: la que media entre el cielo y la tierra, es decir, infinita.

*Buscad al Señor mientras se deja encontrar,
llamadle mientras está cercano.
Deje el malvado su camino,
el hombre inicuo sus pensamientos,
y vuélvase al Señor,
que tendrá compasión de él,
a nuestro Dios, que es rico en misericordia.
Porque mis planes no son vuestros planes,
ni mis caminos son vuestros caminos,
dice el Señor.
Como el cielo es más alto que la tierra,
mis caminos son más altos que los vuestros,
mis planes que vuestros planes (Isaías 55, 6-9).*

Y, en **la tercera parte** de este capítulo 55, concluimos con unas palabras que, a quienes hemos dedicado nuestra vida a predicar con fidelidad, son las que nos sostienen. Garantía absoluta de la eficacia de la Palabra, en tanto sea Palabra de Dios, y no palabra nuestra, la que prediquemos. Te recuerdo que éste es el libro de la Consolación y Restauración de Israel. No podía terminar de otra forma. El II Isaías vive en el destierro las penas del pueblo hundido en la desesperación. Tiene que dar una palabra de esperanza. La gente está cansada de oír promesas a unos y a otros, sin que las promesas se cumplan.

Esta situación la estamos viviendo ahora mismo. Creo que era Marx quien decía que el futuro de la humanidad será de quien sepa ofrecer una palabra de esperanza. Entonces el profeta acude a la Palabra de Dios, que no es palabra humana. La de Dios sí es eficaz. Son dos versículos preciosos, que constituyen uno de los textos clásicos en la teología de la Palabra de Dios.

Pero hay un peligro: atribuir a la Palabra un automatismo, como si la Palabra actuara sin contar con el hombre. La Palabra está dirigida al pueblo de Israel. Sin escucharla no se podrá salvar, pero una vez escuchada tendrá que responder a ella. La

Palabra es un acontecimiento **dialogante**, que viene al hombre y lo pone en pie. No es una realidad mágica o mecánica. A la Palabra hay que responder, como tiene que responder la tierra sobre la que cae el agua. Si el agua cae sobre piedra, poco podrá hacer. Pero la culpa es de la piedra, no del agua. Con la Palabra de Dios pasa igual que con el agua.

*Como descienden la lluvia y la nieve del cielo
y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra,
de fecundarla y de hacerla germinar,
para que dé simiente al sembrador
y pan al que come,
así será mi palabra, la que salga de mi boca,
que no volverá a mí vacía,
sino que hará mi voluntad
y cumplirá mi encargo (Isaías 55, 10-11).*

Y termina el libro con un trompetazo de salida, que más que huída de Babilonia, se convierte en peregrinación hacia Sión, el monte santo de Jerusalén, donde está el templo de Dios. El profeta lleva una buena noticia, él mismo se convierte en Buena Noticia, en Evangelio de Dios:

*Saldréis con alegría,
os llevarán seguros:
montes y colinas
romperán a cantar ante vosotros,
y aplaudirán los árboles del campo.
En vez de espinos, crecerá el ciprés;
en vez de ortigas, el arrayán.
Servirá de honra para el Señor,
y un monumento eterno, imperecedero (Isaías 55, 12-13).*

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

Isaías 53, 1-7

Romanos 10, 14-17

Mateo 13, 1-9. 18-23

Preguntas:

1. - De primera lectura te propongo un trozo del cuarto poema del Siervo de Yavé. Jesús lo hizo realidad en su vida. Por Él nos salvamos. ¿Estás dispuesto a encarnar en tu vida al Siervo de Yavé para que haya salvación en tu entorno?

2. - San Pablo nos cita hoy un versículo de este II Isaías. Lee la cita y fíjate en la importancia de que todos prediquemos para que haya fe en nuestro mundo.

3. - El tema ha terminado hablando de la Palabra y su eficacia. La propuesta de trabajo también debe terminar así. ¿De qué depende la eficacia o ineficacia de la palabra? De la tierra, sin duda. Lee la parábola y sitúate en ella.

Tema 4º. - EL TERCER ISAÍAS

1. - Introducción. Vamos a seguir el hilo de la historia para entender esta tercera parte del libro de Isaías. Imagínate la situación. El segundo Isaías ha animado a la gente a volver. Vienen tiempos mesiánicos: la vuelta a casa, a Jerusalén, al templo, contando con el apoyo del rey Ciro. Aunque la mayoría de los deportados ya se han hecho a Babilonia y se ha mezclado con su gente, hay **un pequeño resto** que se deja llevar por la ilusión, la fidelidad a Dios, a su tierra y a su templo, y vuelve a casa, dispuesto a comenzar de nuevo.

Es el resto de siempre, **el resto de Israel** que venimos siguiendo. Hace dos años, cuando vimos los libros históricos, te expliqué este momento, no desde el punto de vista de los que volvían llenos de ilusión, sino de la realidad histórica que se encontraron, que fue otra cosa muy distinta. Para que no tengas que andar buscándolo, te pongo una cita de lo que te dije en el tema 14º del libro 3º.

“La vuelta a casa no fue cosa fácil. Sus tierras y casas, expropiadas o abandonas a la fuerza, estaban ocupadas, en su mayor parte, por los que no fueron al exilio o por gente de otros lugares desde hacía cincuenta años. Gentes con otras creencias que no entendían los fervores de Yavé que predicaban los recién llegados, los cuales traían un edicto del rey en la mano pero ni un euro en el bolsillo, al menos la mayoría de ellos.

*Los dos grupos tenían intereses muy distintos y recelaban mutuamente. Esdras 3, 3 dice: “**Hicieron el altar en su lugar, a pesar del temor que les infundían los pueblos de la tierra**”. Estos “pueblos de la tierra” eran los samaritanos, los moabitas y otros que habían ocupado unas tierras, que les habían dado los mismos reyes que deportaron a los judíos. Después de cincuenta años se consideran los dueños de aquel país, ya habitado por sus padres y abuelos.*

Razón de más para poner todo tipo de zancadillas a los judíos repatriados. Y cuando éstos se niegan a que Yavé comparta con los dioses extranjeros el templo que están construyendo, se colma el vaso de la ira. Recurren al soborno de las autoridades locales y envían denuncias al soberano persa con el astuto argumento de

que los judíos, al reedificar Jerusalén, “ciudad rebelde y perversa”, pretenden sublevarse contra el rey. Esta denuncia tiene éxito y las obras, que se habían comenzado el año 536 antes de Cristo, se ven interrumpidas unos años”.

Como ves, la situación está mal y la gente está cayendo en el derrotismo, el desánimo y el desencanto por las promesas incumplidas. Alguien tiene que tomar las riendas de la situación. Alguien que sepa mirar hacia adelante con esperanza. Surgen profetas que levantan el ánimo de la gente y se dedican a sembrar el optimismo, frente a tanto agorero de calamidad. Ageo, Zacarías y Malaquías (éste más tarde) son algunos de ellos.

El Isaías **del retorno** es otro. Su carisma profético es puesto al servicio del **pequeño resto** para animarlos en la esperanza de un Mesías, que traerá la paz y la libertad a todos los pueblos, a través de ese resto que ahora comienza de nuevo. Es el hombre que el pueblo necesitaba, un optimista cargado de esperanza, **“el profeta de la utopía”**. ¡Hay que seguir adelante! No está solo. Si has leído el capítulo 14° del libro tercero, habrás visto a los citados Ageo, Zacarías y Malaquías en el mismo empeño, además de Nehemías y Esdras, que, posiblemente, llegaron un poco más tarde. Vamos a centrarnos hoy en el tritoisaías, que es el que nos toca estudiar.

2. - Su vida. Muy poquito sabemos de ella. Entre los autores que se aventuran a darnos unos datos biográficos tenemos desde quienes lo identifican con el II Isaías que continuó su predicación a la vuelta del destierro con el resto que regresó, hasta quienes dicen que no se trata de una persona concreta sino de un grupo de discípulos del deuteroisaías. Incluso el dato que parece más claro para la mayoría: que vivió en los primeros años del retorno a casa, es decir, al final del siglo VI (539-460 antes de Cristo), también es discutido por otros que lo sitúan un siglo más tarde del regreso desde Babilonia.

El Padre Schökel, que lo ha estudiado muy a fondo, reconoce que *“no se ha llegado a ningún acuerdo por lo que respecta al autor, la fecha, la problemática y la estructura de estos once capítulos”* (Schökel, 1987, página 341).

De todas formas, comprenderás que lo más importante no es su vida, ni si fue una persona o un grupo el que escribió estos últimos capítulos del libro que conocemos por el III Isaías. Lo importante es lo que nos dejó dicho y que vamos a estudiar en este tema. Y, mientras los estudiosos se aclaran, nos quedamos con la opinión de la mayoría: pudo tratarse de un hombre optimista, discípulo del II Isaías que predicaría en los años del regreso a casa, es decir, en torno al 537-520 antes de Cristo y que se vio en la necesidad de predicar esperanza a los compañeros de retorno, a los judíos que se encontraban ocupando la tierra porque nunca salieron de Judea y a los de la “diáspora”, es decir, los que estaban fuera de Palestina (en Babilonia, en Egipto u otros lugares), ya que los tres grupos eran hermanos.

Si, además, recuerdas que vivimos ya **el judaísmo**, su mensaje va a ir dirigido a todos los hombres de buena voluntad; entre estos últimos, los que estaban ocupando la tierra porque se la habían dado los deportadores cincuenta años antes, como ya dijimos. Todos los que estén dispuestos a construir una comunidad universal de hombres que agraden a Dios, van a tener cabida en el templo porque Dios es Padre de todos, judíos y extranjeros. Lo que desagrada a Dios e impide la salvación es el pecado. El III Isaías va a continuar la lucha contra la idolatría y la injusticia social.

3. - Su vocación. Ya hemos dicho en este mismo libro que al profeta lo define su vocación, su misión. No todos los profetas nos han dejado constancia de la experiencia de la llamada, pero los que lo han hecho describen ese momento con una enorme belleza. Este tercer Isaías nos narra la llamada de Dios para una misión concreta: levantar el ánimo de aquellos desengañados que regresaron esperando la recompensa inmediata y se encontraron con el desengaño que ya te he dicho.

A medida que vayas conociendo todo el mosaico de las vocaciones, te verás reflejado en alguna de ellas de forma especial. En una ocasión, una señora decía espontáneamente: *“Mire Ud., yo me veo reflejada en la vocación de Amós. Yo me siento como él”*. Muy bien, esta señora ha adoptado la sana actitud de meterse dentro de la Palabra. Así tenemos que hacerlo: no leer desde fuera, como quien lee el Quijote, sino desde dentro, como quien escucha a Dios que te habla.

Así leía Jesús la Palabra. ¿Con qué profeta se identificó Jesús? Cuenta Lucas, el evangelista, que un día Jesús vino a Nazaret, el pueblo donde se había criado y, según su costumbre, el sábado fue a la sinagoga. Ya sabes que la palabra sinagoga significa asamblea, pero también el lugar donde se reunían para hacer la lectura de la Palabra de Dios los sábados.

Posiblemente surgieron en el exilio de Babilonia, donde no tenían templo para rezar y ofrecer sacrificios a Dios, pero a la vuelta, aunque el templo fue reedificado, se siguieron conservando y la gente iba allí a rezar, además de ir al templo de Jerusalén en las ocasiones que estaba mandado. La había en todos los pueblos, siendo más grande o más chica, según las necesidades de la comunidad judía que residiera allí.

Cada sinagoga tenía un encargado, un judío un poco más enterado que los demás, que era el que leía y explicaba lo leído. Cuando venía al pueblo un judío más enterado o que era algo famoso, el encargado de la sinagoga le ofrecía la oportunidad de hablar en ella. Por ejemplo, en el libro de los Hechos de los Apóstoles vemos cómo Pablo aprovecha en varias ocasiones esta oportunidad para dirigirse a los judíos.

Dice Lucas que Jesús *“Vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día del sábado, y se levantó para hacer la lectura”* (Lucas 4, 16). Le entregaron el volumen del profeta Isaías y,

desenrollándolo, leyó el pasaje donde está escrita la vocación de nuestro tercer Isaías, que comienza con la misma idea del primer canto del Siervo de Yavé del capítulo 42: **“He puesto mi espíritu sobre él”**, pero ahora dicho en primera persona:

*El espíritu del Señor está sobre mí,
porque el Señor me ha ungido,
me ha enviado a dar la buena nueva a los pobres,
a vendar los corazones desgarrados;
a pregonar a los cautivos la liberación,
y a los reclusos la libertad;
a proclamar el año de gracia del Señor,
el día del desquite de nuestro Dios;
para consolar a todos los que lloran,
para cambiar su ceniza en corona,
su traje de luto en perfume de fiesta,
su abatimiento en cánticos (Isaías 61, 1-3).*

Continúa diciendo Lucas que Jesús, enrollando el volumen, se lo devolvió al ayudante, y se sentó. Todos estaban con los ojos pendientes de Jesús. Y Él les dijo: **“Hoy se cumple la escritura que acabáis de oír. Y todos daban testimonio de Él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca”** (Lucas 4, 21). Jesús se está identificando con el tercer Isaías: su misión es la misma, se apropia su llamada. Yo te comentaba esta vocación en la Catequesis del 3º domingo de adviento del ciclo B, libro verde, con estas palabras:

Jesús se presenta como el ungido por el Espíritu del Señor. Y a partir de Jesús, cada cristiano es ungido por el Espíritu que Jesús nos ha dado, de una forma especial en los sacramentos del Bautismo y la Confirmación.

¿Para qué hemos sido ungidos por el Espíritu? Como Jesús, para:

.. **Anunciar una buena noticia a los pobres.** ¿Qué buena noticia se le puede dar a los pobres? Simplemente que va a desaparecer su pobreza porque Dios se ha puesto de su parte y ha pedido a los suyos que se pongan también de parte de ellos.

.. **Proclamar la libertad a los cautivos.** Por supuesto que, aquí en España, estamos en libertad, digamos política. Pero hay otras esclavitudes: económicas, sociales, personales. Son peores que las políticas y de todas ellas nos viene a liberar el Señor. Y nosotros, que hemos sido liberados, tenemos que liberar a los demás.

.. **Proclamar el año de gracia del Señor (un tiempo de Dios).** Este "año de gracia" es el año jubilar en el que todo el mundo recobraba su libertad y propiedades, su dignidad. Se proclamaba cada 50 años y los pobres lo esperaban con enormes ganas: **“Declararéis santo el año cincuenta, y proclamaréis en la tierra liberación para todos sus habitantes. Será para vosotros un jubileo: cada uno recobrará su propiedad, y**

cada cual regresará a su familia” (Levítico 25, 10).

4. - Su mensaje. Una vez que conoces su vida, su vocación y el momento histórico en que vivió, vamos a hacer un recorrido por el libro para darte los puntos principales de su mensaje. En el mismo capítulo 56, con que comienza este bloque, tienes la primera idea importante. Con la experiencia de Babilonia, se inicia el **judaísmo**, se acaban las exclusividades.

Dios es el Dios de Israel, pero también es el Dios de todos los que aman la justicia y el derecho, sean de la nación que sean. En otro libro, no recuerdo cual, te contaba el chiste de Mingote que vi hace muchos años en una portada del ABC: van dos beatas ricachonas saliendo de misa, muy gruesas, con rosario, libro y velo en la cabeza y se dice una a la otra: *“Al final, nos salvaremos las de siempre”*.

No es verdad esto: nos salvaremos los que amemos la justicia y el derecho. Sean de siempre o sean nuevos. Jesús llega a decir que las prostitutas irán por delante en el Reino. Aquí nadie tiene el sitio reservado en el cielo, sino que hay que ganárselo. Dios no es de nadie en exclusividad, sino de todos los que se le entreguen y practiquen la justicia con el hermano.

En el libro del Deuteronomio 23, 2-5 se excluía de las asambleas religiosas de Israel a los eunucos, que no podían dar hijos a Israel, y a los extranjeros, entre otros:

“El hombre que tenga los testículos aplastados o el pene mutilado no será admitido en la asamblea de Yavé. El bastardo no será admitido en la asamblea de Yavé; ni siquiera en su décima generación será admitido en la asamblea de Yavé. El ammonita y el moabita no serán admitidos en la asamblea de Yavé; ni aún en la décima generación serán admitidos en la asamblea de Yavé, nunca jamás. Porque no vinieron a vuestro encuentro con el pan y el agua cuando estabais de camino a la salida de Egipto”.

Los bastardos excluidos pueden ser los hijos de los judíos casados con mujeres extranjeras, a que hace referencia Nehemías 13, 23-24, aunque se discute si se refiere a ellos.

El tema de los extranjeros, como el de los sacrificios rituales y otros muchos, es muy polémico en este momento de la vuelta a casa. Recuerda cómo Esdras, en el capítulo 8, lamenta que los deportados que regresan se casen con gente que ocupaban el país, mezclando ***“la descendencia santa con las hijas de los extranjeros”*** y eso le preocupaba mucho a Esdras, con una actitud integrista, conservadora y cerrada, normal dentro de la misión de reconstruir lo antiguo que tenía encomendada por el rey persa.

El III Isaías se muestra más progresista y abierto y no se preocupa por esas mezclas, con tal de que el extranjero se convierta al Señor, Padre de todos. Lo

importante es que el retorno físico venga acompañado de un retorno espiritual: la oración personal con Dios, la lectura de la Palabra, la santificación del sábado. Y ahí es donde está el problema: no todos están por este nuevo retorno que llamamos **judaísmo**. Los horizontes de este III Isaías son más amplios y abiertos, aunque sean pocos los que le sigan.

El amor de Dios no conoce fronteras. Estos dos colectivos de extranjeros y eunucos van a ser sumados al pequeño resto inicial con tal de que practiquen la justicia, es decir, hagan el bien y aborrezcan el mal, que es una ley universal, y, además, cumplan el sábado, que es el signo de la nueva alianza: ***“Guardarás el sábado, porque el sábado es la señal convenida entre mí y vosotros, de generación en generación, por la que conoceréis que soy yo el Señor que os santifica”*** (Éxodo 31, 13). No olvides que estamos en el Antiguo Testamento. Después vendrá Jesús y pondrá al hombre por encima del sábado y San Pablo a decirnos que no nos salvan las obras sino la fe, aunque a la fe tienen que acompañar las buenas obras, para que no esté muerta, como nos dice Santiago. Veamos el pensamiento de III Isaías.

“Así dice el Señor: Guardad el derecho, practicad la justicia, que mi salvación está para llegar y mi justicia para manifestarse. Dichoso el hombre que haga así, el hombre que persevere en ello, guardándose de profanar el sábado, guardando su mano de hacer nada malo.

Que el extranjero que se ha dado al Señor, no diga: ¡El Señor me excluirá de su pueblo! No diga el eunuco: Soy un árbol seco. Pues así dice el Señor: Respecto a los eunucos que guardan mis sábados y eligen aquello que me agrada y se mantienen firmes en mi alianza, yo he de darles en mi casa y en mis muros monumento y nombre mejor que hijos e hijas; nombre eterno les daré que no será borrado.

En cuanto a los extranjeros que se han dado al Señor para servirlo, para amar el nombre del Señor, y para ser sus servidores, que guardan el sábado sin profanarlo y a los que se mantienen firmes en mi alianza, yo les traeré a mi monte santo y les alegraré en mi Casa de oración. Sus holocaustos y sacrificios serán gratos sobre mi altar. Porque mi casa es casa de oración, y así la llamarán todos los pueblos.

Oráculo del Señor que reúne a los dispersos de Israel. A los ya reunidos todavía añadiré otros” (Isaías 56, 1-8).

Esta importante lectura te la ofrece la liturgia de la Iglesia el domingo 20º del tiempo ordinario del ciclo A. En el libro amarillo te la comento así:

“El pueblo ha vuelto del destierro de Babilonia. La experiencia del destierro le ha servido de mucho a Israel. Fundamentalmente para dos cosas. La primera, interiorizar su vida religiosa, descubriendo la Palabra de Dios en la liturgia de la

sinagoga y en la familiar, a falta del templo en el que encontrarse con Dios, y, también, descubriendo la santificación del sábado no como una práctica vacía, sino como una actitud de vida; la actitud del creyente que persevera en la alianza, en medio de las dificultades que suponen la esclavitud y esa misma lejanía del templo.

*La segunda cosa que ha descubierto en Babilonia, donde se encontró con tanta gente buena, es el **universalismo de la salvación**. La alegría final, escatológica, de la salvación no sería total si no consiguiera reunir a todos los pueblos de la tierra. El mismo Dios que ha liberado a Israel de la esclavitud del destierro devolviéndolo a su patria, continúa liberando a todos los pueblos y a todos los hombres de la esclavitud del pecado. Uno a uno los irá trayendo a la comunidad de creyentes en Él. Es el sueño de Luther King, el líder negro americano, que proclamaba su sueño en Alabama: "Algún día todos los hombres de la tierra se pondrán de rodillas delante de Dios".*

Lee tú, por tu cuenta, el resto del capítulo 56 y todo el 57. Yo te voy a poner y explicar el 58 porque está recogido en la liturgia del domingo 5º del tiempo ordinario del ciclo A. El hombre siempre ha querido tener a Dios cerca, todavía mejor si está a su servicio. Para tenerlo contento le ha ofrecido cosas, con un intento burdo de comprarlo, como si Dios necesitara las cosas del hombre: nuestra religión está llena de promesas, en una concepción mercantilista de nuestras relaciones con Dios: **"Te doy para que me des"**. Y le damos a Dios unas velas encendidas detrás de un Cristo en la Semana Santa. A Dios no le agradan las promesas, ni necesita cosas de los hombres; Dios quiere y espera del hombre un corazón lleno de misericordia para con los demás. Vamos a verlo en la siguiente cita, que es el capítulo 58.

Decíamos en el primer tema de este libro que el profeta es **"el altavoz de Dios"** en medio de su pueblo. Entonces no había altavoces eléctricos, como hoy. Los pregoneros y voceros del rey utilizaban la trompeta o un cuerno para hacer oír su voz. Fíjate en los términos del envío del primer versículo: **"Clama a voz en grito, no te moderes; levanta tu voz como una trompeta y denuncia a mi pueblo su rebeldía y a la casa de Jacob sus pecados.**

*A mí me buscan día a día
y les agrada conocer mis caminos,
como un pueblo que practicara la justicia
y no hubiese abandonado el mandato de Dios.
Me preguntan por las leyes justas,
desean tener cerca a Dios.
Me dicen:
¿Por qué ayunamos, si tú no lo ves?
¿Para qué nos mortificarnos, si tú no te fijas?
Mirad: Es que el día en que ayunáis,
buscáis vuestro interés
y explotáis a todos vuestros trabajadores.
Mirad: Ayunáis entre riñas y disputas,*

*dando puñetazos sin piedad.
No ayunéis así,
para hacer oír en las alturas vuestra voz.
¿Acaso es éste el ayuno que yo quiero,
el día en que se humilla el hombre?
Doblegar como junco la cabeza,
estarse echado en sayal y ceniza,
¿a eso llamáis ayuno y día grato al Señor?
El ayuno que yo quiero es éste:
abrir las prisiones injustas,
hacer saltar los cerrojos de los cepos,
dar la libertad a los quebrantados,
y arrancar todo yugo.
Parte tu pan con el hambriento,
y recibe a los pobres sin techo,
viste al que veas desnudo
y no te cierres a tu prójimo.
Entonces brotará tu luz como la aurora,
y tu herida se curará rápidamente.
Te precederá tu justicia,
la gloria de Señor te seguirá.
Entonces llamarás al Señor
y Él te responderá,
le pedirás socorro,
y te dirá: Aquí estoy.
Si apartas de ti la opresión,
el gesto amenazador y el engaño,
si repartes tu pan con el hambriento,
y sacias el estómago del pobre,
brillará tu luz en las tinieblas,
y lo oscuro de ti será como mediodía.
Te guiará el Señor de continuo,
hartará en el desierto tu hambre,
dará vigor a tus huesos,
y serás como huerto regado,
o como manantial cuyas aguas nunca faltan.
Reedificarán, de ti, tus ruinas antiguas,
levantarás los cimientos de pasadas generaciones;
se te llamará reparador de brechas,
y restaurador de senderos frecuentados.
Si detienes tu pie el sábado,
y no haces negocios en mi día santo,
si es el sábado tu delicia,
y lo consagrás al Señor;
si lo honras evitando tus viajes,*

*no buscando tu interés
ni tratando asuntos,
entonces el Señor será tu delicia,
y yo te haré cabalgar sobre los altozanos de la tierra.
Te asentaré sobre mis montañas,
te alimentaré con la herencia de tu padre, Jacob.
Ha hablado la boca del Señor” (Isaías 58).*

Te dije que íbamos a dejar hablar a los profetas y ahí tienes la prueba. La lectura no tiene desperdicio, si queremos vivir una religión auténtica, como Dios espera de nosotros. Hace muchos años, te comentaba este trozo, pensando en la aplicación a nuestros cristianos de hoy, a nuestra Iglesia. Aquí te pongo aquellas palabras, porque siguen teniendo la misma actualidad:

“Lo he dicho siempre, el pecado más grande de nuestra Iglesia ha sido la falta de solidaridad de los cristianos con los pobres. Gracias al Espíritu de Dios, que empuja a su Iglesia, y a todos nosotros, las cosas han cambiado bastante. Nos hemos gastado demasiado dinero en los santos de madera o barro y muy poco en los santos de carne y hueso. Y Dios no se ha identificado con los primeros, sino con los segundos.

Parroquias, Hermandades, Grupos de Iglesia, y cada familia, tendremos que dar cuentas a Dios de la generosidad que tuvimos al apartar de nuestros ingresos su parte y la de nuestros hermanos. Gente de Cáritas, Manos Unidas, Domund... brillaréis como la luz en las tinieblas, gritaréis a Dios y se pondrá a vuestras órdenes: Aquí estoy, os dirá Dios. Si sacias el hambre de los pobres, Dios saciará tus hambres. También los que dedicáis buena parte de vuestro tiempo a crear una conciencia y a recoger unas monedas para los hambrientos de la tierra os podéis dar por bien aludidos en esta lectura”.

Como no podemos citarte todo para no alargar este libro demasiado, lee tú el capítulo 59: es un salmo de penitencia en el que se nos dice que es el pecado del hombre el que retrasa la salvación de Dios. En los capítulos 60 y 61 tenemos dos poemas dedicados a la ciudad de Jerusalén. La Iglesia pone en la liturgia del día de Epifanía (6 de enero) los 6 versículos, que te cito aquí del capítulo 60; y en la misa de vísperas de Navidad los 5 que te cito del capítulo 62.

Para un judío, Jerusalén lo era todo. (Desgraciadamente cayeron en el fanatismo de creer que el templo los iba a salvar sólo por estar allí, de manera automática). Y allí estaba el templo, lugar de la presencia de Dios en medio de su pueblo; y, en el templo, el arca de la alianza, que les hacía presente la liberación de Egipto y su travesía del desierto. Desde pequeños subían a ella con sus padres en las peregrinaciones anuales. Todo en Jerusalén estaba lleno de recuerdos para ellos. Así había sido siempre hasta la salida para el exilio. Y ese recuerdo estaba en la mente colectiva del pueblo.

Ahora, con el regreso, se reanudan los cultos, aunque en condiciones precarias. En las grandes fiestas comienzan a venir judíos de la diáspora. Esto le da a Jerusalén un aire internacional, en el que el profeta adivina un futuro glorioso, y nosotros adivinamos la Iglesia. Es la ciudad santa, por la presencia de Dios, y la ciudad pecadora, porque mataba a los profetas que le eran enviados. Jerusalén es imagen de la Iglesia, también santa y pecadora, como nos recordó el Concilio, santa por su origen, pecadora por nuestros pecados. Se dice que la Iglesia es la nueva Jerusalén. Y el cielo es la Jerusalén celestial.

Seguro que, cuando Jesucristo leía estos pasajes de Isaías, pensaba en su Iglesia. Ambos son de una belleza poética sublime. Anímate a leerlos enteros, pero en clave de Iglesia, es decir pensándolos y aplicándoselos a la Iglesia, como los leería Jesús, como un enamorado pensando en su esposa. San Pablo dice que la Iglesia es **“la esposa de Cristo”** (Efesios 5, 27). Yo te pongo sólo unas pequeñas muestras: lee tú el resto.

*“¡Levántate, brilla, Jerusalén,
que llega tu luz!
La gloria del Señor amanece sobre ti.
Mira, las tinieblas cubren la tierra,
la oscuridad los pueblos,
pero sobre ti amanecerá el Señor,
su gloria aparecerá sobre ti;
y caminarán los pueblos a tu luz,
los reyes, al resplandor de tu aurora.
Levanta la vista en torno, mira:
todos esos se han reunido, vienen a ti;
tus hijos llegan de lejos,
a tus hijas las traen en brazos.
Entonces lo verás, radiante de alegría;
tu corazón se asombrará, se ensanchará,
cuando vuelquen sobre ti los tesoros del mar
y te traigan las riquezas de los pueblos.
Te inundará una multitud de camellos,
de dromedarios de Madián y de Efá.
Vienen todos de Sabá,
trayendo incienso y oro,
y proclamando las alabanzas del Señor”* (Isaías 60, 1-6).

*“Por amor de Sión no callaré,
por amor de Jerusalén no descansaré,
hasta que rompa la aurora de su justicia,
y su salvación brille como antorcha.
Verán las naciones tu justicia,*

*todos los reyes tu gloria,
y te llamarán con un nombre nuevo
que la boca del Señor pronunciará.
Serás corona de adorno en la mano del Señor,
y diadema real en la palma de tu Dios.
No se dirá de ti jamás: Abandonada,
ni de tu tierra se dirá jamás: Desolada,
sino que a ti se te llamará: Mi favorita,
y a tu tierra: Desposada.
Porque el Señor te prefiere a ti,
y tu tierra tendrá marido.
Como un joven se casa con su novia,
se casará contigo el que te construyó;
la alegría que encuentra el marido con su esposa
la encontrará tu Dios contigo” (Isaías 62, 1-5).*

Los que leéis mis libros sabéis que suelo criticar a la liturgia de la Iglesia porque, a veces, nos acorta las lecturas de la Misa para no alargar la celebración. Es verdad el dicho de que “*En todo lo que se critica, se cae*”. Ahora estoy yo en la misma situación que la liturgia. ¿Cómo explicarte los cuatro capítulos que nos quedan? No es fácil. Por esto, voy a darte una muestra de cada uno de ellos, de dos en dos, con un breve comentario. Sintiéndoelo mucho, es la única forma de no alargar más el tema. Estas primeras citas nos las ofrece la Iglesia, tal como yo te las pongo aquí, el 1º domingo de adviento del ciclo B. Te traigo aquí el mismo comentario que te puse en el libro verde.

*“Tú, Señor, eres nuestro Padre,
tu nombre de siempre es nuestro redentor (goel).
Señor, ¿por qué nos extravías de tus caminos
y endureces nuestro corazón para que no te tema?
Vuélvete, por amor, a tus siervos
y a las tribus de tu heredad.
¡Ojalá rasgases el cielo y bajases,
derritiendo los montes con tu presencia! (Isaías 63, 16-17.19).*

*Jamás oído oyó ni ojo vio
un Dios fuera de ti,
que hiciera tanto por el que espera en Él.
Sales al encuentro del que practica la justicia
y se acuerda de tus caminos.
Estabas airado, y nosotros fracasamos:
aparta nuestras culpas y seremos salvos.
Todos éramos impuros,
nuestra justicia era un paño manchado;
todos nos marchitábamos como follaje,*

*nuestras culpas nos arrebatában como el viento.
Nadie invocaba tu nombre
ni se esforzaba por aferrarse a ti;
pues nos ocultabas tu rostro
y nos entregabas en poder de nuestra culpa.
Y, sin embargo, Señor, tú eres nuestro Padre,
nosotros la arcilla y tú el alfarero:
somos todos obra de tus manos” (Isaías 64, 3-7).*

Tú, Señor, eres nuestro Padre. Consoladora afirmación que abre la primera cita y cierra la segunda, como si de una inclusión literaria se tratara: todo está dentro de esa gran verdad. Sin lugar a dudas, *la más hermosa afirmación de todo el Antiguo Testamento*. Y termina Isaías diciendo hoy: “**Nosotros somos la arcilla y tú el alfarero. Somos todos obra de tus manos**”. ¡Qué oración más bonita! No nos podía el autor ofrecer una mejor oración de conclusión a los tres temas que hemos dedicado al estudio del profeta Isaías. Fíjate que es una oración astuta, hermosa e inteligente. Dios está airado y el profeta, siempre haciendo de puente entre la justa ira de Dios y su pueblo pecador, mueve todos los registros para ablandar el corazón de Dios.

Viene más o menos a decirle: “*Tú llevas razón: todos somos impuros y nuestra justicia es un paño manchado, pero somos tuyos. Eres nuestro Padre, somos la obra de tus manos*”. Poco menos que acaba echándole la culpa a Dios de que seamos así: “**¿Por qué nos extravías de tus caminos y endureces nuestro corazón para que no te tema?**” Es como si dijera: ¿por qué nos has hecho libres para que podamos no amarte? ¡Hermoso riesgo el que ha corrido Dios con nosotros, el de nuestra libertad! Nos ha hecho superiores a los ángeles. Somos libres para no amar, pero también somos libres para amar. Preferible es que yo corte aquí mi pobre palabra y te deje con el profeta para que hagas oración con él.

Los capítulos 65 y 66 constituyen un final precioso sobre la nueva Jerusalén, el cielo nuevo y la tierra nueva, en definitiva, el hombre nuevo que nace de la fe en Dios. Te recuerdo que han vuelto del destierro y las cosas no marchan como ellos esperaban que iban a funcionar. El profeta es el hombre en el que no cabe el desaliento y se dedica a levantar ánimos. Pienso en los tiempos que vivimos, tan parecidos a aquellos, y me imagino lo difícil que tendría el profeta el levantar los ánimos del pueblo, el tirar del carro, cuando todo lo que le rodeaba era puro egoísmo.

Como nos dijo el primer Isaías en el capítulo 11, 6, de nuevo nos repite éste que “**el lobo y el cordero pastarán juntos**”. Es la utopía, lo inalcanzable, pero hacia lo que siempre tiene que mirar el cristiano, porque lo que no es utopía no puede llenar el corazón del hombre, que siempre tiene ansias de infinitud (“utopía” significa precisamente eso: que no está en ningún sitio y, por tanto, que no podemos llegar hasta allí, que es inalcanzable). Te pongo un poquito del capítulo 65 y, después, vemos algo también del 66 para que la explicación quede completa. El tema de fondo

de esta primera cita es que Dios va a crear un cielo nuevo y una tierra nueva contando con nosotros. ¡Hay que intentarlo!

*El que quiera felicitarse en el país,
se felicitará por el Dios veraz,
el que quiera jurar en el país,
juraré por el Dios veraz;
porque se olvidarán las angustias de antaño
y hasta de mi vista desaparecerán.
Mirad, yo voy a crear
un cielo nuevo y una tierra nueva:
de lo pasado no habrá recuerdo
ni vendrá pensamiento;
sino que habrá gozo y alegría perpetua
por lo que voy a crear:
mirad, voy a transformar a Jerusalén en alegría
y a su pueblo en gozo;
me alegraré de Jerusalén
y me gozaré de mi pueblo,
y ya no se oirán en ella
gemidos ni llantos;
ya no habrá allí niños malogrados
ni adultos que no colmen sus años,
pues será joven el que muera a los cien años,
y el que no los alcance se tendrá por maldito.
Construirán casas y las habitarán,
plantarán viñas y comerán sus frutos,
no construirán para que otro habite,
ni plantarán para que otro coma;
porque los años de mi pueblo
serán los de un árbol,
y mis elegidos podrán gastar
lo que sus manos fabriquen.
No se fatigarán en vano,
no engendrarán hijos para la catástrofe,
porque serán semilla bendita del Señor,
y como ellos, sus descendientes.
Antes que me llamen, yo les responderé,
aún estarán hablando, y los habré escuchado.
El lobo y el cordero pastarán juntos,
el león con la vaca comerá paja.
No harán daño ni estrago
por todo mi Monte Santo,
dice el Señor (Isaías 65, 16-25).*

Finalmente, sólo cinco versículos del último capítulo del libro de Isaías que, naturalmente, es el III Isaías. Para no terminar el tema yo, sino el profeta con unas palabras bellísimas, en vez de ponerte un comentario al final, te pongo el comentario como introducción. La misma cita que te voy a poner nos la ofrece la Iglesia el domingo 21° del Tiempo Ordinario en el ciclo C. Por si no tienes el libro a mano, te pongo las diez o doce líneas con que allí te lo comentaba.

“La llamada a la salvación es universal: Por ahí tenemos que comenzar. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. El texto de Isaías es universalista. Israel descubrió esta dimensión universal de la salvación en su destierro en Babilonia. Allí se encontró con mucha gente buena, que la hay en todas partes. No todos se salvarán, porque no todos responderán a la llamada de Dios, hecha en Jesús y en sus conciencias rectamente formadas. A los que se salven los enviará a todas las naciones. Allí anunciarán su gloria. De entre estas naciones escogería el Señor sacerdotes y levitas. Y así ha sido. Por tanto, vemos cómo la voluntad de salvación, por parte de Dios, es universal. Todos estamos llamados al cielo, aunque no todos respondan a la llamada”.

Esta profecía se cumple en su Iglesia. Por eso, el final de la cita suena igual que el final del Evangelio de Mateo: **“Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”** (Mateo 28, 20).

***Pero yo vendré para reunir
a las naciones de toda lengua:
vendrán para ver mi gloria,
les daré una señal, y de entre ellos
despacharé supervivientes a las naciones:
a Tarsis, Etiopía, Libia,
Masac, Tubal y Grecia;
a las costas lejanas
que nunca oyeron mi fama
ni vieron mi gloria:
y anunciarán mi gloria a las naciones.
Y de todos los países, como ofrenda al Señor,
traerán a todos vuestros hermanos
a caballo y en carro y en literas,
en mulos y dromedarios,
hasta mi Monte Santo de Jerusalén,
dice el Señor,
como los israelitas, en vasijas puras,
traen ofrendas al templo del Señor.
De entre ellos escogeré sacerdotes y levitas,
dice el Señor.
Como el cielo nuevo y la tierra nueva,
que voy a hacer, durarán ante mí,***

*oráculo del Señor,
así durará vuestra estirpe y vuestro nombre* (Isaías 66, 18-22).

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

Amós 5, 21-27

Santiago 5, 1-6

Mateo 21, 12-17

Preguntas:

1. - En Isaías 58, que acabamos de leer, el profeta denuncia el culto vacío. Lee la cita de Amós y piensa si el culto que ofreces cada domingo está vacío de contenido o lo llenas de buenas obras durante la semana.

2. - Hemos visto en el tema cómo es la justicia social y la solidaridad con el pobre la que nos hace merecedora del amor de Dios. Santiago es radical en su denuncia frente a quienes acumulaban a costa del pobre. Lee y comenta la cita 2ª.

3. - Para un judío, Jerusalén y el templo de Dios eran la ilusión de su vida. Jesús reaccionó ante la profanación del templo como lo has visto en el Evangelio. Nuestros templos y ermitas ¿están limpios de comerciantes o seguimos como en tiempos de Jesús?

Tema 5º. - JEREMÍAS

1. - Introducción. Vamos a estudiar a otro de los profetas mayores: Jeremías. Con el tercer Isaías (tema 4º), **el Isaías del retorno**, dejamos al pueblo de Dios ya en casa, tras el edicto de Ciro que le permitió el regreso (538 antes de Cristo). Ahora hay que darle para atrás a la moviola, como hacen en televisión, y volver a antes del destierro, exactamente a la mitad del siglo VII antes de Cristo en que nació Jeremías.

Si el primer Isaías dijimos que, probablemente, murió al final del reinado del impío Manasés (642 antes de Cristo), en esos mismos años nació Jeremías (el 650 antes de Cristo en Anatot, a 7 kilómetros al norte de Jerusalén). Cronológicamente, a Jeremías hay que situarlo entre el primer Isaías, **el del peligro**, y segundo Isaías, **el del destierro**. ¿Y por qué lo estudiamos después del tercer Isaías? Pues muy sencillo. Te lo explico.

Hay dos formas de acercarse al estudio de la Biblia. Una que llamaremos **diacrónica** o **longitudinal**, es decir siguiendo el curso de los acontecimientos, según fueron ocurriendo (diacrónico significa en griego “a través del tiempo”). De seguir este método tendríamos que haber comenzado el estudio de los profetas escritores por Amós, a mitad del siglo octavo, seguir con Oseas, el I Isaías, Miqueas, etc., según el cuadro que tienes al final de tema cero de este libro. Este método tiene la ventaja de que seguiríamos un orden lógico y no habría que volver a épocas que ya hemos estudiado (por ejemplo, no tendríamos que volver a repasar las circunstancias sociales que motivaron la corrección de Dios a su pueblo con el destierro).

Pero tiene un inconveniente todavía mayor: que tendríamos que estudiar la Biblia “a saltos”. Por ejemplo, tendríamos que haber dejado el libro de Isaías en el capítulo 39, último del I Isaías, y ponernos a estudiar a Miqueas, Sofonías, Jeremías, Nahum, Habacuc y Ezequiel, y volver, un siglo de historia más tarde, a estudiar al II y III Isaías, en los capítulos 40 al 66. Y, dentro de cada libro, tendríamos el mismo problema del estudio a saltos porque a veces unas cosas que sucedieron después se cuentan antes. No te olvides que muchos libros tienen añadidos y no siempre se guardó el orden que exigiría el curso de los acontecimientos. Un verdadero lío que nos llevaría a perdernos en la Biblia.

Otro método para acercarnos al estudio de la Biblia es el que estamos siguiendo. Cogemos la Biblia tal como la Iglesia nos la ha entregado. Comenzamos por el primer capítulo del Génesis y terminaremos por el último del Apocalipsis. Así no hay pérdida posible. Este método tiene sus inconvenientes, como todo en la vida. El fundamental es que cuando vayamos a estudiar a Oseas, por ejemplo, tendremos que volver a la caída del reino del Norte, Israel, que ya quedó muy atrás. Espero que, para entonces, nos sepamos bien la historia de Israel y no nos resulte difícil situar a

cada profeta, ayudado por los distintos cuadros que tienes en estos libros. Esta forma o método se llama **sincrónico** o **trasversal**.

2. - Jeremías: la persona del profeta. El profeta Jeremías fue tan importante en Israel, que la tradición le atribuye la composición de la historia deuteronomista. Ya sabes el sentido de la palabra atribuir en Israel: pone la historia deuteronomista bajo el paraguas del profeta. Primero vamos a ver a la persona de Jeremías y, después, la época que le tocó vivir. Es un profeta para época de desastre, comunitario o personal: si te encuentras mal, lee a Jeremías (**“Dios me ha ensalzado”**). Su lectura es su mejor comentario.

Como ya te he repetido en otras ocasiones, casi todo lo que te diga es aproximado, más o menos, y teniendo siempre en cuenta que seguiré lo más aceptado por los distintos autores que voy siguiendo. Algo ya conoces de Jeremías, pues en el capítulo 1º de este libro te hablé de su vocación y de una de sus confesiones, al describirte la personalidad de los profetas. Poco a poco lo irás conociendo mejor.

Ya te adelanté que Jeremías, hijo de Helcías, nació en Anatot, a unos kilómetros al norte de Jerusalén, en tiempos del impío Manasés. Anatot, según el libro de Josué (21, 18), es una de las cuatro ciudades de la tribu de Benjamín que le fueron entregadas a los levitas en cumplimiento de la orden de Yavé, cuando el reparto de las tierras:

“Se acercaron los jefes de las familias de los levitas al sacerdote Eleazar y le dijeron: Yavé ordenó, por medio de Moisés, que se nos dieran ciudades en las que residir, con sus pastos para nuestros ganados” (Josué 21, 1-2).

Te recuerdo que cuando se hizo el reparto de las tierras, a la vuelta de Egipto, la tribu de Leví se quedó sin parte porque fue el Señor el lote que le correspondió. Los levitas cuidaban del templo y recibían el diezmo de las otras tribus, además de algunas ciudades donde residir con sus familias y ganados. Más o menos quedó equilibrada con las demás.

Fíjate que si recibía la décima parte (el diezmo) de lo que recolectaban los otros, estos otros se quedaban con nueve partes, mientras que los levitas tenían once partes. Aunque también es cierto que el diezmo sólo se pagaba del vino, el trigo y el aceite, salvo algunas personas muy piadosas que lo pagaban de todo, como los fariseos, como recordarás por la parábola de Jesús sobre la oración del fariseo y el publicano: ***“Doy el diezmo de todo lo que poseo”***, dice el fariseo de la parábola de Lucas 18, 9-14.

A pesar de su proximidad a Jerusalén, Anatot pertenecía a la tribu de Benjamín, situada entre Efraín, del reino del norte desaparecido hacía un siglo, y Judá, al sur, y anexionada al reino del sur con tantas otras ciudades norteñas. Más tarde, cuando Josías, el santo rey reformador, quiso concentrar todo el culto en el

templo de Jerusalén, suprimiendo el culto en los pueblos, la familia de Jeremías se trasladó a la capital y el padre de Jeremías tuvo un turno en el templo de Salomón.

Jeremías prefirió seguir vinculado al campo, lo que le supuso el alejamiento de su familia. Este alejamiento se fue convirtiendo en enfrentamiento porque, en muchas ocasiones, atacó la excesiva confianza de los judíos en el templo, como si el templo por sí sólo, sin vida interior ni justicia exterior, fuera a salvar al pueblo. Diríamos que Jeremías rebajó la confianza en el templo, tan ensalzado por Isaías.

En el tema primero de este mismo libro te presenté a Jeremías: un hombre tímido, de mucha vida interior, amante de la soledad y de la contemplación. Recuerda que Dios lo eligió *“desde el seno materno”*, es decir desde siempre, aunque la llamada expresa le vino el año trece del rey Josías, a la edad de 23 años, el 627 antes de Cristo. Como a tantos de nosotros, cuando el Señor lo llamó, se lo reservó entero para Él y su causa, convirtiendo la vida de Jeremías, en vísperas del destierro, en un símbolo de lo que le esperaba a su pueblo.

Vivirá consagrado al Señor, célibe. Retirado de las alegrías y las penas de la gente, porque también Dios está retirado de su pueblo que le es infiel. Jeremías cumple lo que Dios le pide, pero se queja continuamente a Dios por el papel que le ha dado y llora su suerte, como ya veremos. Te pongo una cita para que comprendas la dura misión de Jeremías de *“destruir y demoler para edificar y plantar”* (Jeremías 1, 10).

“La palabra de Yavé me fue dirigida en estos términos: No tomes mujer ni tengas hijos ni hijas en este lugar. Que así dice el Señor de los hijos e hijas nacidos en este lugar, de sus madres que los dieron a luz y de sus padres que los engendraron en esta tierra: De muertes miserables morirán, sin que sean llorados ni sepultados. Se volverán estiércol sobre la haz del suelo. Con espada y hambre serán acabados, y serán sus cadáveres pasto para las aves del cielo y las bestias de la tierra.

Sí, así dice Yavé: No entres en casa de duelo, ni vayas a llorar, ni les consueles; pues he retirado mi paz de este pueblo, la merced y la compasión. Morirán grandes y chicos en esta tierra. No se les sepultará, ni nadie les llorará, ni se arañarán, ni se pelarán por ellos, ni se partirá el pan al que está de luto para consolarle por el muerto, ni le darán a beber la taza consolatoria por su padre o por su madre.

Y en casa de convite tampoco entres a sentarte con ellos a comer y beber. Que así dice Yavé, el Dios de Israel: He aquí que voy a hacer desaparecer de este lugar, ante vuestros propios ojos y en vuestros días, toda voz de gozo y alegría, la voz del novio y la voz de la novia. Luego, cuando hayas comunicado a este pueblo todas estas palabras, y te digan: ¿Por qué ha pronunciado Yavé contra nosotros

toda esta gran desgracia? ¿Cuál es nuestra culpa, y cuál nuestro pecado que hemos cometido contra nuestro Dios?

Tú les dirás: Es porque me dejaron vuestros padres y se fueron tras otros dioses y les sirvieron y adoraron, y a mí me dejaron, y mi Ley no guardaron. Y vosotros mismos habéis hecho peor que vuestros padres, pues he aquí que va cada uno en pos de la dureza de su mal corazón, sin escucharme. Pero yo os echaré lejos de esta tierra, a otra que no habéis conocido vosotros ni vuestros padres, y serviréis allí a otros dioses día y noche, pues no os otorgaré perdón (Jeremías 16, 1-13).

3. - Jeremías y su época. Vamos a ver la historia, que cuando la historia se mira desde la teología, desde la fe, pasa de ser historia, con minúsculas, a ser Historia de la Salvación, ahora con mayúsculas. La historia que le tocó vivir a Jeremías fue difícil. Siempre fue, es y será difícil la vida en Palestina. En aquella época, especialmente difícil. Te recuerdo que había dos grandes civilizaciones o imperios. Uno al sur, Egipto viviendo del Nilo, y otro al norte, Mesopotamia. La palabra Mesopotamia significa “**entre ríos**”, es decir, entre los ríos Tigris y Eufrates. En el norte se sucedían los imperios. Unas veces predominaban los asirios, otras los babilónicos, los caldeos, los persas. Te adelanto que a Jeremías le tocó vivir el final del imperio asirio y el nacimiento del babilónico.

Un imperio llegaba a lo más alto, gobernado por un gran hombre que, siguiendo la costumbre de la época, había tenido muchas esposas y más hijos, cada uno de éstos con sus partidarios en palacio y, muerto el rey, frecuentemente se producía una sangrienta guerra entre hermanos por alcanzar el trono. Si a esta realidad se le añadía que no siempre el hijo heredero estaba a la altura del padre que había construido el imperio, es normal que los reinos vecinos aprovecharan esta debilidad para alzarse con la supremacía de la región.

Nos estamos refiriendo a la región de Mesopotamia, en la parte norte de “**la media luna fértil**” de que hablábamos hace unos años (actualmente Irán e Iraq). Al sur estaba Egipto, generalmente más estable, aunque también a veces venido a menos y ocupado por los imperios del norte. Y entre ambos imperios, estaba Palestina, siempre codiciada por unos y otros, como bastión de defensa ante el contrario.

Estos pequeños estados sobrevivían aliándose y pagando vasallaje a unos u otros, según sus conveniencias, que no eran otras que la fuerza de cada imperio en ese momento. **Esta conflictiva situación general te sirve para siempre.** Ahora te voy a explicar cómo se concretaba en los momentos de la vida de Jeremías, tanto en el exterior (Mesopotamia y Egipto) como en el pequeñísimo reino de Judá (parte sur de Palestina), siempre condicionado por **la situación exterior.**

En Mesopotamia se vivía un momento de cambio: Babilonia arrebató a Asiria el dominio en la zona. Cincuenta años antes del nacimiento de Jeremías, el rey asirio Senaquerib había sitiado a Jerusalén, después de conquistar toda la zona, como te

expliqué en el segundo capítulo de este mismo libro. A Senaquerib lo matan sus hijos y le sucede Asaradón (681-669 antes de Cristo) que lleva a Asiria a su mayor apogeo, llegando incluso a conquistar Egipto.

Le sucede Assurbanipal (669-627 antes de Cristo), que logró mantenerse entre continuas sublevaciones. Entre otras, un hermano suyo que se levanta contra él en Babilonia, sin conseguir independizarse. Apoyándose en el segundo libro de las Crónicas, algunos piensan que incluso el impío Manasés, que reinaba en Judá, participó en alguna rebelión y fue llevado preso a Babilonia, donde tuvo un momento de conversión de su mala vida:

“Entonces Dios hizo venir sobre ellos a los generales del rey de Asiria, que apresaron a Manasés con ganchos, lo ataron con cadenas de bronce y lo llevaron preso a Babilonia. En su angustia procuró aplacar al Señor, su Dios, y se humilló profundamente ante el Dios de sus padres y le suplicó. El Señor lo atendió con benignidad, escuchó su súplica y lo hizo volver a Jerusalén, a su reino. Manasés reconoció que el Señor es el verdadero Dios” (II Crónicas 33, 11-13).

Fíjate en el texto: Manasés, aunque era “un pájaro de cuentas” que había sacrificado a uno de sus hijos en la hoguera de los ídolos, estaba ungido como heredero de David, siendo depositario de la promesa, y, además, se humilló. Dios no se pudo resistir a su oración humilde y le escuchó. La figura del rey es presentada como sagrada, porque es ungido de Dios por el óleo santo. Por esto la caída de la monarquía, entre otras instituciones, supuso una gran crisis de fe, resuelta favorablemente en Babilonia con el nacimiento del judaísmo, que supuso la interiorización de la fe.

Poco más tarde, el imperio asirio comienza su declive. El caldeo Nabopolasar se hizo de Babilonia, mientras Egipto se independizaba, y la capital de Asiria, Nínive, caía el año 612 antes de Cristo en manos de Nabopolasar tras tres meses de asedio (el libro del profeta Nahúm cantará la caída de Nínive como una venganza de Yavé. Ya lo veremos en su día). Los egipcios, que preferían un débil gobierno asirio a uno fuerte en Babilonia, acudieron varias veces en su ayuda al frente de Neco II.

Estas incursiones egipcias son importantes porque en una de ellas (el 609 antes de Cristo) intervino el rey Josías, favorable a Babilonia, saliéndole al paso al faraón Neco junto a Meguido, muriendo en la batalla a los 24 años de reinado y en plena reforma religiosa, como veremos. Aunque ya lo sabes por otros temas, te recuerdo que la muerte de Josías es clave.

El faraón Neco II sube de Egipto a pelear en Carquemis (o Karkemish), en ayuda del rey asir, presionado por los medos y babilónicos. Josías se alarma e intenta oponerse al paso del ejército egipcio, a pesar de que Neco le advierte que no va contra él, sino sólo que atraviesa Palestina porque es paso obligado. Una flecha

inoportuna le mata, mientras pelea en su carro. Volveremos a recordar algo más de Josías más adelante.

Nabopolasar es sucedido por Nabucodonosor (605-562 antes de Cristo), que en la batalla de Karkemish derrota definitivamente a los asirios y sus aliados egipcios, quedándose como único señor de toda Mesopotamia, Egipto y los pequeños reinos de Palestina. Es el nacimiento del imperio neo-babilónico (“neo” significa nuevo). Jeremías rondaba los 45 años y, por tanto, lo había vivido todo en primera persona. Fue una época de mucho sufrimiento, que acabó con la destrucción de Jerusalén y con Jeremías preso en Egipto, donde muere, como veremos.

La situación interna de Judá, aunque la conoces por el capítulo 10º del libro 3º de esta colección, te la puedes imaginar fácilmente: sobresalto continuo ante la agitada situación internacional; pagos de impuestos por vasallaje a las potencias vecinas, unas veces Egipto y otras los sucesivos imperios mesopotámicos; idolatría, porque los reinos dominantes, además de los tributos, imponían a sus dioses, como señal de dominio.

Todo esto hacía del profeta no sólo un hombre religioso, sino también un político, en el sentido más sano de la palabra política (política = “cosas de la ciudad”). Los profetas no podían permanecer indiferentes ante el sufrimiento de su pueblo y tenían que aconsejar a los demás y decidirse ellos. Bajemos al caso de Jeremías.

Prácticamente empalma con el I Isaías. Éste murió, probablemente, bajo el reinado de Manasés y Jeremías nació bajo el mismo reinado. Este rey es muy importante por dos cosas: la primera porque fue el que más tiempo permaneció en el trono de Judá (45 años) y se mantuvo con el apoyo de Asiria a quien pagó duros impuestos y, en segundo lugar, permitió toda clase de profanaciones e idolatrías en el templo de modo que, sobre su reinado, Dios llegó a sentenciar así por boca de sus profetas:

“Voy a hacer venir sobre Jerusalén y Judá un mal tan grande que a quienes lo oyeren les zumbarán los oídos” (II Reyes 21, 12).

Teniendo Jeremías siete años muere Manasés y le sucede su hijo Amón, de la misma condición de su padre y a quien los enemigos del vasallaje con Asiria lo matan a los dos años de reinar.

A éste le sucede su hijo Josías, cuando tenía 8 años por lo que estuvo bajo la regencia de quienes le subieron al trono. Si es así, como opina la mayoría, Josías nació hacia el año 649 antes de Cristo, subió al trono bajo regencia el 641; comenzó a reinar de manera efectiva hacia el año 633 y murió a manos del faraón Neco II, tras 24 años de reinado, el 609 antes de Cristo en la batalla de Meguido. Después de David, fue el mejor rey de Israel.

Su muerte fue un golpe tan grande para Israel, metido en la reforma que le llevaba a sus orígenes y que inició el año 632 y concluyó el 622 antes de Cristo con la aparición del libro en el templo, que el autor de II de Crónicas se ve obligado a dar la razón teológica de la muerte de Josías, dada la gran crisis de fe que supuso para el pueblo la muerte de su rey reformador:

“Nekao le envió mensajeros para decirle: ¿Qué tengo yo que ver contigo, rey de Judá? No he venido contra ti, sino contra la casa con la que estoy en guerra; y Dios me ha mandado que me apresure. Deja de oponerte a Dios que está conmigo, no sea que él te destruya” (II Crónicas 35, 21). El teólogo que escribió el libro de las Crónicas nos viene a decir: fue un fallo de Josías, una desobediencia, que le costó la vida. No es Dios el que falla, es Josías.

Como político Josías llegó a reconquistar casi todas tierras del reino del norte, destruido el año 722 antes de Cristo por Sargón V. Josías, prácticamente, recuperó las fronteras del reino de David. Como reformador religioso, purificó el templo de las profanaciones de su padre y de su abuelo, que ofrecieron toda clase de sacrificios a los dioses asirios, e intentó unificar todos los cultos en el templo de Jerusalén (sobre todo la Pascua que, con gran alegría de todos, se celebró solemnemente el año 622 tras la lectura del Deuteronomio, encontrado ese año en el templo, como sabemos. Antes la pascua se celebraba en las casas, presidida por el cabeza de familia. A partir de ahora se celebrará en el templo. Será fiesta de peregrinación), suprimiendo los santuarios de Betel y de los pueblos, muchos de los cuales estaban dedicados a dioses extranjeros, como también muchos altares en el templo de Jerusalén.

No hay duda de que los teólogos del norte (de Israel) que no fueron llevados al destierro porque escaparon a tiempo hacia el sur (Judá) influyeron en Josías animándolo a la reforma. Ellos habían experimentado en su propia carne que el abandono de Dios tenía su origen en la idolatría practicada en los muchos santuarios. Había que unificar el culto. Unificar siempre es difícil. Cada región, cada tierra tiene su dios, o su forma de llamar y dar culto a Dios. Era como si nosotros quisiéramos hoy unificar todos los santuarios de la Virgen bajo un solo título. La intención sería buena, pero irrealizable.

El yavismo, el culto a Dios bajo el único nombre de Yavé, sería bueno porque unificaría y daría más identidad a todo el país, pero no fue realizable y, cuando murió Josías, la gente volvió, poco a poco, a lo suyo: cada región, cada santuario a su Dios. Esto lo podemos entender nosotros fácilmente: hace setenta años en España, en tiempos de la república, se prohibieron las procesiones y manifestaciones públicas de fe, pero cuando cayó la república, proliferaron las procesiones y manifestaciones religiosas por doquier: la gente “se vengó” y hasta quienes habían quemado a los santos, cantaban a coro el *“Corazón santo, tu reinarás, tú nuestro encanto siempre serás...”*.

(La verdad es que el monoteísmo no será una realidad hasta la estancia en Babilonia. Hasta entonces estaban viviendo una religión muy apoyada en las instituciones: templo, rey y tierra. El mismo Josías, como el I Isaías, había ayudado a sacralizar demasiado el templo. Ya vendrá Jeremías a rebajar estas esperanzas. En Babilonia, sin instituciones, nacerá la teología de la creación. Dios, creador, lo es de toda la tierra, porque toda ella es su obra. Aquí nacerá el monoteísmo. No olvidemos que en Babilonia, encontraron gente buena, como las hay en todos los sitios).

Hasta los templos en que se sacrificaban niños a los dioses se volvieron a abrir en tiempos de Joaquín, sucesor de Josías. Realmente, el monoteísmo (un solo Dios) no se afianzó en Israel hasta la experiencia del destierro: el pequeño resto de Israel que se mantuvo fiel. Los demás siguieron con sus imágenes. Esta reforma no les cayó en gracia a los padres de Jeremías porque tuvieron que emigrar a Jerusalén desde Anatot. En el templo de Jerusalén perdieron categoría pues eran de pueblo y los sacerdotes de Jerusalén, que dominaban la situación en la capital, los pasaron a un segundo plano.

Posiblemente por esta razón Jeremías no habla de la reforma del rey Josías, ni está admitido por todos los entendidos que apoyara abiertamente su reforma, como sí lo hizo Sofonías: se evitó más problemas familiares; si dice el refrán que *“el que calla, asiente”*, muchos suponen que fue partidario de las reformas del rey, aunque la prudencia lo mantuvo callado. Aunque también resulta curioso que el rey no le consultara nada sobre la reforma a Jeremías, sino que acudiera a una profetisa poco conocida: Julda (II Reyes 22, 14). Fecha clave en el reinado de Josías fue el 622 antes de Cristo, dieciocho de su reinado, en que apareció el “rollo de la ley” en el templo, como te conté en el capítulo 18º del 2º libro de esta serie, dedicado al Pentateuco.

Casi puede decirse que con Josías murió su reforma y los 22 años que le quedan al reino de Judá, hasta el destierro, los ocupan con más pena que gloria sus hijos: primero Joacaz (también llamado Salún), al que Neco se llevó a Egipto al volver de su incursión al norte. Colocó en el trono al primogénito de Josías, Elyaquín, (también llamado Yoyaquín), a quien en señal de sometimiento cambió su nombre por Joaquín. Reinó diez años, contando siempre con las antipatías de Jeremías porque *“hizo siempre lo malo a los ojos del Señor, como sus padres”* (II Reyes 23, 37). Añado yo: menos Ezequías y Josías, como ya sabemos.

El año 598 antes de Cristo muere Joaquín, posiblemente asesinado por los partidarios de Nabucodonosor. No lo quería nadie. Jeremías dijo de él. *“Así dice el Señor de Yoyaquín, hijo de Josías, rey de Judá: No llorarán por él”* (Jeremías 22, 18). Sube al trono su hijo Yoyaquín, que tuvo que rendirse ante Nabucodonosor quien le cambió el nombre por Jeconías, en señal de vasallaje, y se lo llevó a Babilonia junto con un gran grupo de nobles y artesanos y, posiblemente, Ezequiel (1ª deportación); dejó en el trono a un tío suyo, hijo de Josías que se llamaba Mattanías, pero a quien puso de nombre Sedecías, por la misma razón. Éste fue el último rey de

Judá, lo que es lo mismo decir de la dinastía de David, aunque algunos prefieren llamarlo regente, más que rey, pues el rey es Jeconías, que está en el destierro.

Sedecías lo pasó muy mal por las tensiones entre los políticos partidarios de mantener buenas relaciones con Nabucodonosor, pagándole los impuestos (por ejemplo Jeremías), y los que eran enemigos de cualquier alianza con el imperio del norte (los favorables a Egipto). Éstos últimos, influidos por la predicación del I Isaías, todavía reciente, confiaban en las tres instituciones básicas hasta entonces: la santidad inviolable del **templo**, la garantía del **rey** ungido con óleo santo y perteneciente a la casa de David, que según la promesa de Natán duraría para siempre, y la seguridad de la **tierra** en que vivían, que era suya no por derecho de conquista sino regalo de Dios, que nadie les podría arrebatar. Jeremías siempre había predicado que esas instituciones no les servirían para nada, si no iban acompañadas de vida interior y conversión del corazón.

Jeremías trató bien a Sedecías. Éste, por su parte, respetaba y oía al profeta, que siempre desaconsejó la rebelión contra Babilonia. No es que Jeremías quisiera una alianza con el extranjero porque eso era un acto contrario a la fe, a la confianza en Dios, a la práctica de la alianza: Israel es espacio sólo de Yavé. Otra cosa es, y esto era lo que quería Jeremías con Babilonia, pagar un tributo de protección, precisamente para evitar la invasión que trajera a los ídolos extranjeros al templo de Jerusalén e, incluso, la destrucción de la casa de Dios. Se paga un impuesto en concepto de pacto y cada uno en su casa.

Pero la presión de los cortesanos fue mayor y Sedecías acabó rebelándose, lo que obligó al rey Nabucodonosor a plantarse en las puertas de Jerusalén. La primera vez sin éxito (5-1-587 antes de Cristo) por la amenaza de Egipto: el faraón Jofra acude en ayuda de Jerusalén. Nabucodonosor le hace frente, lo somete y vuelve a por Jerusalén y el 19 de Junio del 586 Jerusalén es sometida. Un mes más tarde, el templo y el palacio real son incendiados y un buen judío, Godolías, amigo y protector de Jeremías, es colocado de gobernador.

Sedecías intentó huir por una puerta del sur de Jerusalén, pero lo cogieron a la altura de Jericó y lo llevaron preso a Riblá, cuartel general de Nabucodonosor; allí degollaron a sus hijos en su presencia, a él le sacaron los ojos y se lo llevaron cargado de cadenas a Babilonia. Así se las gastaban por aquella época y se la siguen gastando hoy: “*¡Ay de los vencidos!*”, decían en Roma.

Godolías fue impuesto como gobernador de Judá. Estamos en 586 antes de Cristo, año de la segunda deportación de Judíos a Babilonia. Cuatro años más tarde se produciría la tercera, por decisión de Nabucodonosor. Es el 582 antes de Cristo. Como los babilónicos estaban al tanto de la actitud de Jeremías, a éste no lo tocan, sino que su amigo Godolías le facilita de todo. El gobernador se instaló en Mispá, al norte de Jerusalén.

Cuando los anti-babilónicos mataron al gobernador Godolías, Jeremías y su secretario Baruc fueron respetados por los babilónicos, pero los autores del magnicidio huyen, llevándose preso a Jeremías a Egipto donde se le pierde la pista. Desde Egipto se produjo una cuarta deportación a Babilonia, ya que hasta allí fueron a buscar a los asesinos de Godolías. ¿Se llevaron a Jeremías en esta cuarta deportación a Babilonia o murió en Egipto antes de producirse esta deportación? No lo sabemos, pero parece más probable que Jeremías muriera en Egipto. El libro de Jeremías tiene muchos datos históricos y, por tanto, tras esta explicación, les podrás seguir la pista por allí.

4. - Su mensaje. Siguiendo el libro y de la forma más sencilla que podamos, vamos a estudiar su mensaje en tres etapas, que son las mismas que nos marca Jeremías 1, 1-3: *“Palabras de Jeremías, hijo de Helcías, de los sacerdotes residentes en Anatot, territorio de Benjamín. Recibió la palabra del Señor en tiempos de Josías, hijo de Amón, rey de Judá, el año trece de su reinado, y en tiempos de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá, hasta el final del año once de Sedecías, hijo de Josías, rey de Judá; hasta la deportación de Jerusalén en el quinto mes”*.

Podemos hablar de tres etapas correspondientes a los reinados de Josías, Joaquín y Sedecías. Podríamos hablar de una cuarta, que correspondería al tiempo en que gobernó Godolías, pero yo he preferido incluirla en la tercera, como la conclusión del ministerio profético de Jeremías, en tierras egipcias. Permíteme que te repita una vez más lo de siempre: no busques un orden lógico en la sucesión de los pensamientos. La lógica semita es repetitiva, recurrente: los oráculos se repiten en sus temas, aunque con imágenes distintas y cada vez más bellas. Nuestra lógica occidental, en cambio, es lineal: decimos una cosa y dicha está, no volvemos a repetir lo mismo otra vez.

Tampoco busques una cronología perfecta y lineal. El profeta es el autor de lo dicho, pero él no escribió nada: dictó a sus discípulos, sobre todo a Baruc, y la recopilación final fue hecha, generalmente, por un discípulo en tiempo posterior y no siempre con el orden y criterio del profeta. Te puedes encontrar saltos temporales en la narración y vueltas atrás en el tiempo.

Un ejemplo claro: los capítulos 46 al 51, donde se nos narran oráculos contra nueve naciones, posiblemente encajen mejor tras el capítulo 25, 13: *“Y atraeré sobre aquella tierra todas las palabras que he hablado respecto a ella, todo lo que está escrito en este libro”*. Un poco como si Dios dijera: *“Mi siervo Nabucodonosor ha sido mi instrumento de corrección, pero se ha pasado en el castigo a mi pueblo y yo lo castigaré a él”*. Cuando un matrimonio rompe, aunque uno sea claramente culpable, al final cada familia acaba defendiendo lo suyo. Igual le pasa a Dios con su pueblo: la voz de la sangre, dicen en mi pueblo.

Como ya dijimos, nosotros hacemos siempre un estudio trasversal de lo que la Iglesia nos ha dado, destacando un mensaje actual para nosotros, sin pararnos mucho

en la historia, que conocemos. La palabra principal del mensaje de Jeremías, que atraviesa todo su libro, es **conversión**, siempre en clave matrimonial. Siguiendo a Oseas, concibe las relaciones de Dios con su pueblo como un matrimonio, una alianza, aunque en sus últimos años no utilice mucho esta imagen. Jeremías es como un ramillete de flores, siempre distintas: nos paramos a recrearnos en ellas. Que hable Jeremías, que ya nosotros hemos explicado bastante. El mejor estudio que podemos hacer del profeta Jeremías es leerlo una y otra vez, sin cansarnos.

5. - Primera etapa (años 627-622 antes de Cristo), durante el reinado de Josías, capítulos 1-6. Como puedes ver, abarca desde el momento de su llamada por Dios al ministerio profético (año 627 antes de Cristo) hasta el año 622 en que se encontró el rollo del Deuteronomio en el templo, por tanto hasta el comienzo de la reforma del santo rey Josías. Este encuentro del rollo del Deuteronomio en el templo es muy importante y su fecha clave por lo que no la podemos olvidar. Josías estaba haciendo reformas en el templo y, según II Crónicas 34, 14, *“el sacerdote Jilquías encontró el libro de la Ley del Señor”*. ¿Estaría allí tapiada u oculta la Guenizá, es decir, la habitación o alacena donde ocultaban los libros que no tenían al uso? Ya de esto hemos hablado en otras ocasiones.

Esta etapa la podemos dividir en dos momentos: la vocación de Jeremías, que ya la vimos en el 1º capítulo de este libro, y el resto que son unos oráculos o palabras que Dios manda a Jeremías pronunciar como advertencia a Judá, visto lo que ya le había sucedido a su hermana del norte, Israel: el destierro.

Los oráculos están planteados en forma de pleito o querrela en el que Dios acusa y amenaza a su pueblo, aunque siempre está abierto a la conversión. El esquema es éste: hay un delito del pueblo (idolatría e injusticia social). No ha cumplido la parte del pacto firmado que le corresponde. Ha sido infiel con la idolatría e injusto con los necesitados. No ha cumplido con Dios ni con el prójimo (capítulos 2 al 4, 4). Vendrá un justo castigo (capítulos 4, 5 al 6 inclusive). Israel y Judá son dos hermanas: si mal actuó Israel, peor lo está haciendo Judá. Al andar tras los ídolos son como aljibes agrietados, que no pueden contener el agua, o como camellas en celo: no hay quien las pare. Lee estos capítulos. Son palabras dichas para nosotros.

Aunque alguna vez creo haberte hablado de esto, te lo voy a repetir. La lógica nuestra, occidental, es lineal. Una cosa se dice y listo, ya está dicha. La de ellos es circular, repetitiva. Por esto se repiten los oráculos. A veces nos pueden resultar pesado, pero tienes que comprender que ellos lo hacían así. También te recuerdo que Jerusalén representa a todo el pueblo.

Como ejemplo te pongo unos versículos del capítulo 2º. Tú lees todo lo demás hasta el capítulo 6º: son de una gran sencillez y belleza. Fíjate que, como siempre, apela a la experiencia del trato recibido por su pueblo **“Yo he cumplido mi parte, pero vosotros no habéis cumplido la vuestra”**, viene a decirles el Señor. Y, si

sigues leyendo, verás que Dios está siempre a la espera de la conversión de su pueblo para volver a empezar. Dios siempre nos espera para perdonar y empezar de nuevo:

Entonces me fue dirigida la palabra del Señor:

Ve y grita a los oídos de Jerusalén:

Así dice el Señor:

*De ti recuerdo tu cariño juvenil,
tu amor de novia;
aquel seguirme tú por el desierto,
por la tierra no sembrada.*

*Consagrado a Dios estaba Israel,
primicia de su cosecha:*

*quien se atrevía a comer de ella, lo pagaba;
la desgracia caía sobre él*

- oráculo de Yavé -.

*Oíd la palabra de Yavé, casa de Jacob,
y todas las familias de la casa de Israel.*

Así dice el Señor:

*¿Qué falta encontraron en mí vuestros padres,
para alejarse de mí?,*

yendo en pos de vanidades se hicieron vanos.

En cambio no dijeron:

*¿Dónde está Dios,
que nos subió de la tierra de Egipto,
que nos llevó por el desierto,
por la estepa y la región seca,
por tierra sin agua y sombría,
tierra por donde nadie pasa
y en donde nadie habita?*

*Luego os traje a un país de huertos,
para comer su fruto.*

*Llegasteis y ensuciasteis mi tierra,
y pusisteis mi heredad asquerosa.*

Los sacerdotes no preguntaban:

*¿Dónde está Dios?;
ni los peritos de la Ley me conocían;
y los pastores se rebelaron contra mí,
y los profetas profetizaban por Baal,
siguiendo a dioses que de nada sirven.*

Por eso, continuaré pleiteando con vosotros

- oráculo de Yavé -

y hasta con los hijos de vuestros hijos pleitearé.

*Navegad hasta las costas de Chipre,
enviad gente a Cadar*

que investiguen a fondo,

*pensadlo bien y ved si aconteció cosa tal:
 si las gentes cambiaron de dioses,
 ¡aunque aquéllos no son dioses!
 Pues mi pueblo cambió su Gloria por el Inútil.
 Pasmaos, cielos, de ello,
 horrorizaos y cobrad gran espanto
 - oráculo de Yavé -.
 Dos maldades ha cometido mi pueblo:
 me abandonaron a mí, fuente de agua viva,
 y cavaron cisternas agrietadas,
 que no retienen el agua (Jeremías 2, 1-13).*

Si lees despacio el resto, podrás comprobar cómo tú mismo te ves reflejado en el texto. Hay un versículo muy importante, en el que Dios dice: **“Por qué os querelláis conmigo, si sois vosotros los que no habéis cumplido”** (Jeremías 2, 29). Eso sigue pasando. Te encuentras con personas que ni pisan la Iglesia y encima se quejan de que Dios los tiene abandonados. Y tú, ¿no tienes abandonado a Dios? Cada uno debe leerlo pensando en sus relaciones personales con Dios. Dado lo que vemos en nuestro entorno, Dios tiene que sentirse muy abandonado por nosotros: **“Igual que una mujer traiciona a su marido, así me traicionó Israel”** (Jeremías, 3, 20).

6. - Segunda etapa (años 609-597 antes de Cristo), durante el reinado de Joaquín. Abarca los dieciocho capítulos que van del 7 al 24. Te recuerdo que, muerto Josías, sube al trono Salún, a quien Neco cambió su nombre por Joacaz, en señal de toma de posesión de él. Sólo reinó tres meses, pues Neco, a la vuelta de su incursión guerrera, se lo llevó preso a Egipto y puso en su lugar a Joaquín. Jeremías describió así este momento:

“No lloréis por el muerto, ni os lamentéis por él (por Josías): llorad, llorad por el que se va (preso a Egipto, Joacaz), porque jamás volverá, ni verá su patria. Porque así dice el Señor respecto a Salún, hijo de Josías, rey de Judá y sucesor de su padre Josías en el reino, el cual salió de este lugar: No volverá más aquí, sino que en el lugar a donde le deportaron, allí mismo morirá, y no verá jamás este país” (Jeremías 22, 10-12).

Por tanto, pasamos de los tres meses de Salún (Joacaz) y nos centramos en la etapa de Joaquín. Vamos a dividir esta etapa en dos bloques para estudiarlos mejor.

Primer bloque: los cuatro primeros capítulos, del 7 al 10, que nos hablan del culto en el templo, que es falso porque está vacío (7, 1-8, 3); fruto de esto es que el pueblo anda perdido por la falta de orientación de sus sacerdotes (8, 4-9, 25). La consecuencia lógica de esta situación es el castigo del destierro (capítulo 10). Todo es bonito, pero como me resulta imposible citarlo entero, te pondré a título de ejemplo sólo parte del capítulo 7º. Tú lees y meditas el resto. Fíjate en la actualidad de las

palabras de Jeremías. Tienen 2.600 años de dichas y siguen frescas: la Palabra está viva.

Mucha gente sigue, como ellos, con falsas confianzas fetichistas, como si el templo, la imagen o la medalla puesta al cuello los fuera a salvar, independientemente de cuál sea su comportamiento con el prójimo necesitado (simbolizados como siempre en el forastero, huérfano y viuda). La experiencia de Israel, su hermano del norte, debía servirle para algo. Te recuerdo dos cosas: que el santuario de Siló estaba a 30 kilómetros al norte de Jerusalén y pertenecía al reino de Israel y allí estuvo mucho tiempo el Arca de la Alianza, signo de la presencia de Dios en su pueblo. Y que la tribu de Efraín representaba, en aquella época, a todo el Israel del norte.

“Palabra que llegó de parte de Dios a Jeremías: Párate en la puerta del templo y proclama allí esta palabra. Di: Oíd la palabra del Señor, todo Judá, los que entráis por estas puertas a postraros ante el Señor. Así dice el Señor, Dios de Israel: Mejorad de conducta y de obras, y yo haré que os quedéis en este lugar. No confiéis en palabras engañosas diciendo: ¡Templo del Señor, Templo del Señor, Templo del Señor es éste!

Porque si mejoráis realmente vuestra conducta y obras, si realmente hacéis justicia mutua y no oprimís al forastero, al huérfano y a la viuda (y no vertéis sangre inocente en este lugar), ni andáis en pos de otros dioses para vuestro daño, entonces yo me quedaré con vosotros en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres desde siempre hasta siempre.

Pero he aquí que vosotros confiáis en palabras engañosas que de nada sirven, para robar, matar, adulterar, jurar en falso, incensar a Baal y seguir a otros dioses que no conocíais. Luego venís y os arrodilláis ante mí en este templo, que lleva mi nombre, y decís: ¡Estamos seguros!, para seguir haciendo todas esas abominaciones. ¿Creéis que es una cueva de bandidos este templo que lleva mi nombre?

Pues andad ahora a mi lugar de Siló, donde aposenté mi Nombre antiguamente, y ved lo que hice con él ante la maldad de mi pueblo Israel. Y ahora, por haber hecho vosotros todo esto, por más que os hablé asiduamente, aunque no me oísteis, y os llamé, mas no respondisteis, yo haré con la Casa que se llama por mi Nombre, en la que confiáis, y con el lugar que os di a vosotros y a vuestros padres, como hice con Siló; y os echaré de mi presencia como eché a todos vuestros hermanos, a toda la descendencia de Efraín.

En cuanto a ti, no pidas por este pueblo ni eleves por ellos plegaria ni oración, ni me insistas, porque no te oiré. ¿Es que no ves lo que ellos hacen en las ciudades de Judá y por las calles de Jerusalén? Los hijos recogen leña, los padres prenden fuego, las mujeres amasan para hacer tortas a la Reina de los Cielos, y se liba en honor de otros dioses para exasperarme.

Así dice el Dios de Israel: Añadid vuestros holocaustos a vuestros sacrificios y comeos la carne. Que cuando yo saqué a vuestros padres del país de Egipto, no les hablé ni les mandé nada tocante a holocausto y sacrificio. Lo que les mandé fue esto otro: Escuchad mi voz y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo, y seguiréis todo camino que yo os mandare, para que os vaya bien.

Mas ellos no escucharon ni prestaron el oído, sino que procedieron en sus consejos según la dureza de su mal corazón, y se pusieron de espaldas, que no de cara; desde la fecha en que salieron vuestros padres del país de Egipto hasta el día de hoy, os envié a todos mis siervos, los profetas, cada día puntualmente. Pero no me escucharon ni aplicaron el oído, sino que endurecieron su cerviz e hicieron peor que sus padres.

Les dirás, pues, todas estas palabras, aunque no te escucharán. Les llamarás y no te responderán. Entonces les dirás: Ésta es la nación que no ha escuchado la voz de su Dios, ni ha querido aprender. Ha perecido la lealtad, ha desaparecido de su boca (Jeremías 7, 1-28).

La gente se cree que lo importante son las cuatro paredes del templo, y no las personas, o su Cristo de escayola o de madera tallada, o la estampa de su patrona en la cartera. Nada de esto le va a salvar, si no llena el culto de vida. Todas esas cosas pueden ayudar, como también pueden perder, si se pone en ellas una falsa confianza. El pueblo de Israel, te recuerdo, tenía **tres** instituciones en las que tenía una confianza absoluta: **el templo** (lugar de presencia de Dios), **la tierra** (don de Dios y no conquista, como en los demás pueblos) y **el rey** (con promesa de duración eterna).

Ellos pensaban que estas tres instituciones le ofrecían tal garantía que su conducta no importaba: pensaban tener, gracias a sus tres instituciones, la salvación garantizada. Su futuro no dependía de su comportamiento, sino de la garantía divina. Cuando yo era chico, se creía que quien hacía los siete primeros viernes de mes al Corazón de Jesús, ése no se podía condenar. La experiencia dura de la caída de Jerusalén y del destierro les hará ver que estaban equivocados y nacerá una nueva forma de entender las relaciones con Dios: el judaísmo.

Los profetas avisan del juicio de Dios sobre ellos y del castigo que se viene encima: todo será destruido. Y, a pesar de que Dios le dice que no lo haga, el profeta reza por su pueblo, que para eso estamos:

*“Ya lo sé, Señor, que el hombre no es dueño de su camino,
que nadie puede caminar asegurando sus pasos.
Corrígenos, Señor, con medida, no con ira:
no vayamos a quedar poquísimos.
Derrama tu ira sobre las naciones que no te reconocen,
sobre las tribus que no invocan tu nombre;*

porque han intentado devorar y consumir a Jacob, han desolado sus dehesas” (Jeremías 10, 23-25).

El segundo bloque de la actividad del profeta durante el reinado de Joaquín abarca el resto, es decir, desde el capítulo 11 al 24 entero. Sin que todo esté tan claro como yo te lo presento, por las dificultades del texto de que ya te he hablado muchas veces, digamos que estos catorce capítulos están dedicados a la actividad de Jeremías y a sus confesiones. De éstas hablamos ya en el primer capítulo de este libro, cuando te expliqué la figura del profeta.

Allí vimos la quinta confesión, la más dura de todas y en la que mejor se ve la lucha interior del profeta. Recuerda que el profeta acusa a Dios de hacer con él lo que hubieran hecho sus enemigos: seducirlo, engañarlo, violarlo. Y él se dejó seducir. Esto nos pasa a quienes vivimos para predicar la palabra: queremos abandonar y, al final, siempre gana Dios.

En estos capítulos se alternan los encargos de Dios que le manda a predicar y las lamentaciones, quejas o confesiones del profeta que se ve impotente ante la falta de respuesta del pueblo; a pesar de lo cual no faltan las oraciones de Jeremías intercediendo ante Dios por ese pueblo de cabeza dura que se le ha encomendado orientar. Todo no lo podemos citar, aunque todo sea bonito.

Te pongo las citas de las otras cuatro confesiones para que las leas en casa y compruebes la verdad de lo que te digo en este párrafo: la 1ª en el 11, 18-23, 6; la 2ª en 15, 10-21; la 3ª en 17, 14-18 y la 4ª en 18, 18-23. Léelas tú en casa intentando descubrir en ellas la lucha interior del profeta que está entre Dios y su pueblo con una palabra que no quisiera pronunciar, porque no es agradable, pero que le quema en su interior y no la puede callar.

Vamos a ver algún ejemplo. Fíjate que, como no podía ser de otra forma, el tema es el mismo del Deuteronomio, cuyo libro fue encontrado unos años antes: ***“Yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo, si guardas mi alianza”***. Hay visiones, parábolas, oraciones de súplica, oráculos de condena, etc. El bloque se introduce en el capítulo 11º, explicando las cláusulas de la Alianza y con Jeremías pidiendo venganza por el maltrato que recibe.

También Jesús recibió maltrato, pero en vez de venganza, pidió perdón: ***“Padre, perdónalos que no saben lo que hacen”***. Todavía queda lejos el evangelio. Por razón de espacio, te pongo sólo la primera acción simbólica que Dios manda realizar a Jeremías y una oración. Tú lees el resto. Todo es precioso y la lectura repetida de todo el libro, rezada por ti, será sin duda el mejor comentario:

“El Señor me dijo: Anda y cómprate un cinturón de lino y te lo pones a la cintura, pero no lo metas en agua. Compré el cinturón, según la orden del Señor, y me lo puse a la cintura. Entonces me fue dirigida la palabra del Señor por

segunda vez: Toma el cinturón que has comprado y que llevas a la cintura, levántate y vete al Eufrates y lo escondes allí en un resquicio de la peña.

Yo fui y lo escondí, como me había mandado el Señor. Al cabo de mucho tiempo me dijo el Señor: Levántate, vete al Eufrates y recoges de allí el cinturón que te mandé que escondieras allí. Yo fui al Eufrates, cavé, recogí el cinturón del sitio donde lo había escondido y he aquí que se había echado a perder: no valía para nada.

Entonces me fue dirigida la palabra del Señor en estos términos: Así dice el Señor: Del mismo modo echaré a perder la mucha soberbia de Judá y de Jerusalén. Ese pueblo malo que rehúsa oír mis palabras, que camina según la terquedad de su corazón y ha ido en pos de otros dioses a servirles y adorarles, será como este cinturón que no vale para nada. Porque así como se pega el cinturón a la cintura de uno, de igual modo hice apegarse a mí a toda la casa de Israel y a toda la casa de Judá con idea de que fuesen mi pueblo, mi fama, mi alabanza, pero ellos no me escucharon” (Jeremías 13, 1-11).

Fíjate que todo lo dice Dios: la acción simbólica que tiene que hacer Jeremías y su aplicación a la alianza. El profeta es sólo vocero de Dios, dijimos. Así siempre, con ganas o sin ganas. El Señor lo sedujo, él se dejó seducir, se puso en manos de Dios y la palabra se convirtió en él en la risa de la gente, sin poder hacer nada para apartar de sí esa palabra que le quema en sus entrañas. Observa cómo aquí todo termina con la queja de Dios: **“Pero ellos no me escucharon”**.

Y Jeremías, como Moisés, como Isaías, como cada profeta y sacerdote a lo largo de la historia, sin poder con su cuerpo, pero tirando del carro, a pesar de que lo machacan continuamente, incluso con la cárcel, como verás:

*“Señor, reconocemos nuestras maldades,
la culpa de nuestros padres,
porque pecamos contra ti.
No nos rechaces por tu nombre,
no desprecies tu trono glorioso;
recuerda y no rompas tu alianza con nosotros.
¿Hay entre los ídolos de los gentiles
quien dé la lluvia?
¿O acaso los cielos dan por sí solos la llovizna?
¿No eres tú, Señor Dios nuestro, nuestra esperanza?
¡Tú hiciste todas las cosas! (Jeremías 14, 20-22).*

Los malos pastores, que promueven un culto vacío, tienen siempre mucha culpa de la situación en que se encuentra el pueblo. En el capítulo 23 habla de ellos:

“¡Ay de los pastores que dispersan y dejan perecer las ovejas de mi rebaño! Por eso, así dice el Señor, Dios de Israel: A los pastores que pastorean mi pueblo: Vosotros dispersasteis mis ovejas, las expulsasteis, no las guardasteis; pues yo os tomaré cuentas, por la maldad de vuestras acciones, dice el Señor. Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas de todos los países adonde las expulsé, y las volveré a traer a sus dehesas, para que crezcan y se multipliquen, les pondré pastores que las pastoreen: ya no temerán ni se espantarán y ninguna se perderá, dice el Señor.

Mirad que vienen días, dice el Señor, en que suscitaré a David un vástago legítimo: reinará como rey prudente, practicará el derecho y la justicia en la tierra. En sus días se salvará Judá, e Israel vivirá seguro, y lo llamarán con este nombre: El-Señor-nuestra-justicia. Por eso, mirad que llegan días, dice el Señor, en que no se dirá: ¡Vive el Señor que sacó a los israelitas de Egipto!, sino que se dirá: ¡Vive el Señor que sacó a la raza de Israel del país del norte y de los países adonde los expulsó, y los trajo para que habitaran en sus campos” (Jeremías 23, 1-8).

Éste es Jesús, el buen pastor. Junto a los malos pastores, a los que Dios tomará cuenta, en el versículo 4 Dios dice que pondrá buenos pastores que pastoreen a su pueblo. No faltarán nunca sacerdotes que pastoreen al pueblo de Dios, en el número que Dios quiera, no nosotros. Con los que Dios nos mande, tendremos suficientes.

Termina este bloque con una parábola en el capítulo 24. El destierro supuso para el judío un golpe fortísimo en sus creencias, porque daba a entender que Dios no defendía a su pueblo de forma incondicional. En Jerusalén llegaron a pensar que los desterrados no constituían el verdadero pueblo de Dios, sino que eran malos, impíos y, por eso, Dios había cortado con ellos. En cambio ellos, los que quedaban en Jerusalén, eran los buenos. Jeremías sale al paso de esta creencia, soberbia y perversa, con la parábola de los dos cestos de higos. Unos muy ricos y otros tan malos que no se podían ni comer. Los higos buenos representan al resto de Israel que está en el destierro y volverá purificado de allí, mientras que Sedecías y lo que quedan en Jerusalén sufrirán mayor castigo. Por esto resulta todavía más dura esta predicación a Jeremías:

“El Señor me mostró dos cestas de higos colocadas delante del templo del Señor. Uno de los cestos con higos excelentes, como higos tempranos; el otro cesto con higos malísimos, que de malos, no se podían comer. El Señor me dijo: ¿Qué ves, Jeremías? Yo contesté: Higos. Los buenos son excelentes, los malos son pésimos e incomedibles.

Y me vino la palabra del Señor: Así dice el Señor, Dios de Israel: Como a estos higos buenos aceptará a los desterrados de Judá, a quienes expulsé de este lugar al país de los caldeos. Los miraré benévolamente, los haré volver a esta tierra; los construiré y no los arrasaré, los plantaré y no los arrancaré. Les daré un corazón nuevo para que conozcan que yo soy el Señor. Serán mi pueblo y yo seré su Dios, cuando vuelvan a mí de todo corazón.

Como a los higos malos e incomedibles, trataré a Sedecías y a sus príncipes, al resto de Jerusalén que se quede en esta tierra y a los que residen en Egipto. Será un terrible escarmiento para todos los reyes de la tierra, objeto de oprobio y sátira, de burla y maldición, en todos los países a donde los dispersé. Les enviaré la espada y el hambre y la peste, hasta consumirlos en la tierra que les di a ellos y a sus padres.” (Jeremías 24, 1-10).

Medita a Jeremías, que cada trozo de su libro es un ramo de flores, cada vez más bello. Esta parábola es muy significativa. Dios está dispuesto a construirse un pueblo en el que, llegada la plenitud de los tiempos, nazca un Mesías, su Hijo. Nosotros no entendemos, por nuestra cultura, tanta poda y tanto exterminio de los rechazados, pero son expresiones culturales: todo se lo atribuían a Dios, hasta los exterminios. Ya lo vimos en otras ocasiones. A nosotros nos puede chocar, pero entiéndelo así.

7. - Tercera etapa (desde el 597 antes de Cristo), reinando Sedecías y el gobernador Godolías. Capítulos 25 al 45. El 25 más bien sirve de puente, un resumen de todo el ministerio de Jeremías desde su llamada por Dios; en el 25, 9 nombra a Nabucodonosor como **siervo de Dios**. Ya vimos que también nombró así a Ciro, el rey providencial de la repatriación de los deportados. Quiere decir con este título de **“siervo de Dios”**, y hacérselo ver a la comunidad, que también los paganos se convierten en instrumentos de Dios para llevar a cabo la Historia de la Salvación prevista. Termina el capítulo, versículos 14-38, con la visión de **“la copa de vino de furia”** que hace beber a todos los pueblos contra los que profetizará en la cuarta etapa de su ministerio (Capítulos 46-51).

Toda esta tercera etapa tiene como eje central la vida de Jeremías, contada probablemente por Baruc, su secretario desde el 605 antes de Cristo. Vamos a estudiar los cuatro momentos de la vida de Jeremías en que podemos dividir el texto, poniéndote algún ejemplo de cada uno de ellos, y tú lees lo demás. Toda esta etapa está redactada en prosa, con lo que te será más fácil su lectura.

Los capítulos 26 al 29 giran en torno a los problemas que le trajo su predicación con los sacerdotes, profetas y autoridades. En el 26 Baruc recuerda el discurso del templo y las consecuencias que le trajo a Jeremías. Como Dios le había dicho a Jeremías: **“No te callarás ni una palabra”** (26, 2), nuestro pobre profeta tiene que decir que el templo de Jerusalén terminará como el de Siló (el de Israel) sin que quede piedra sobre piedra. El pueblo, que confiaba en la salvación como algo automático derivado de la presencia de Dios en su templo, en vez de convertirse, se irrita y arremete contra Jeremías, que en esta ocasión consigue escapar.

En el capítulo 27° tenemos a Jeremías realizando otra acción simbólica: pasarse con un yugo, invitando a todos a someterse al yugo babilónico. Y el profeta que invite a lo contrario, **“está mintiendo”** (27, 16). ¿Te acuerdas que Sedecías no

estaba por la labor e intentó rebelarse contra Nabucodonosor junto con algunos reyezuelos del entorno? ¿Te acuerdas que al final dio marcha atrás y mandó a Elasá a Babilonia a pedirle perdón al rey y ofrecerle vasallaje?

Pues con este Elasá mandó Jeremías una carta a los desterrados, que creían que el destierro acabaría en dos años, según el falso profeta Ananías les asegura en el capítulo 28°. Jeremías les dice que de pronto nada, que la cosa iba para largo, que se asentaran y acomodaran allí, evitando la provisionalidad. Te pongo esa carta, algo resumida, y tú lees el resto. La tienes en el capítulo 29°:

“Ésta es la carta que envió el profeta Jeremías desde Jerusalén al resto de los ancianos de la deportación, a los sacerdotes, profetas y pueblo en general, que había deportado Nabucodonosor desde Jerusalén a Babilonia. Así dice el Dios de Israel a todos los deportados a Babilonia: Edificad casas y habitadlas; plantad huertos y comed su fruto; tomad mujeres y engendrad hijos e hijas; casad a vuestros hijos y dad vuestras hijas a maridos para que den a luz hijos e hijas, y multiplicaos allí y no mengüéis; procurad el bien de la ciudad a donde os he deportado y orad por ella a Dios, porque su bien será el vuestro.

Así dice el Señor, Dios de Israel: No os engañen los profetas que hay entre vosotros ni vuestros adivinos, y no hagáis caso de vuestros soñadores que sueñan por cuenta propia, porque falsamente os profetizan en mi Nombre. Yo no los he enviado. Pues así dice el Señor: Al filo de cumplírsele a Babilonia setenta años, yo os visitaré y confirmaré sobre vosotros mi favorable promesa de volveros a este lugar; que bien me sé los pensamientos que pienso sobre vosotros: pensamientos de paz, y no de desgracia, de daros un porvenir de esperanza. Me invocaréis y vendréis a rogarme, y yo os escucharé. Me buscaréis y me encontraréis cuando me solicitéis de todo corazón; me dejaré encontrar de vosotros: devolveré vuestros cautivos, os recogeré de todas las naciones y lugares a donde os arrojé y os haré tornar al sitio de donde os hice que fueseis desterrados.

En cuanto a eso que decís: Nos ha suscitado el Señor profetas en Babilonia. Así dice el Señor del rey que se sienta sobre el trono de David y de todo el pueblo que se asienta en esta ciudad, los hermanos vuestros que no salieron con vosotros al destierro: He aquí que yo suelto contra ellos la espada, el hambre y la peste, y los pondré como aquellos higos reventados, tan malos que no se podían comer. Los perseguiré con la espada, el hambre y la peste, y los convertiré en espantajo para todos los reinos de la tierra: maldición, pasmo, rechifla y oprobio entre todas las naciones a donde los arrojé, por cuanto que no oyeron las palabras que les envié por mis siervos los profetas asiduamente” (Jeremías 29).

Los cuatro capítulos siguientes forman el llamado **“Libro de la consolación de Jeremías”**. Seguimos el hilo de la narración: el destierro, efectivamente, va para largo, pero hay una esperanza, una futura restauración en torno a una nueva alianza que Dios va a hacer con su pueblo, en la persona de un vástago, un hijo de David:

Jesús para nosotros. Los cuatro capítulos serían para los desterrados en Babilonia y para nosotros, **“los desterrados hijos de Eva”**, como dice la Salve, un verdadero consuelo, un canto de esperanza. Hay que leerlos y meditarlos enteros, porque te van a gustar mucho y los vas a necesitar en **“este valle de lágrimas”**. Por hacerte una breve selección, te voy a citar sólo los tres trocitos que usa la liturgia de la Iglesia, cogidos de este bloque.

(¿Te acuerdas de Raquel, la mujer del patriarca Jacob, que murió después de dar a luz a Benjamín y fue enterrada en Efratá? (Génesis 35, 16-20). Pues aquí, en Jeremías 31, 15 aparece como si hubiera sido enterrada en Ramá. ¿No te dije el primer año que, a veces, se mezclan tradiciones distintas sobre los mismos acontecimientos? Aquí tienes un ejemplo: ¿En Efratá o en Ramá? Depende de la tradición). Éste ha sido un inciso que se me ha ocurrido. Volvamos a las citas prometidas:

Así dice Yavé: Dad hurras por Jacob con alegría, y gritos por la capital de las naciones; hacedlo oír, alabad y decid: ¡Ha salvado Yavé a su pueblo, al Resto de Israel! Mirad que yo los traigo del país del norte, y los recojo de los confines de la tierra. Entre ellos, el ciego y el cojo, la preñada y la parida a una. Gran asamblea vuelve acá. Con lloros vienen y con súplicas los devuelvo, los llevo a arroyos de agua por camino llano, en que no tropiecen. Porque yo soy para Israel un padre, y Efraín es mi primogénito (Jeremías 31, 7-9. 30º Domingo del Tiempo Ordinario, ciclo B).

He aquí que días vienen en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza; no como la alianza que pacté con sus padres, cuando les tomé de la mano para sacarles de Egipto; que ellos rompieron mi alianza, y yo hice estrago en ellos, sino que ésta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel, después de aquellos días: pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: Conoced al Señor; pues todos ellos me conocerán del más chico al más grande cuando perdone su culpa, y de su pecado no vuelva a acordarme (Jeremías 31, 31-34. 3º Cuaresma, ciclo B).

Mirad que vienen días, dice el Señor, en que cumpliré la promesa que hice a la casa de Israel y a la casa de Judá. En aquellos días y en aquella hora haré brotar para David un vástago legítimo, y practicará el derecho y la justicia en la tierra. En aquellos días estará a salvo Judá, y Jerusalén vivirá en seguro. Y así se la llamará: el Señor, justicia nuestra (Jeremías 33, 14-16. 1º Domingo de Adviento. Ciclo C).

En el capítulo 32, con Jeremías en la cárcel por orden de Sedecías, el año 587 antes de Cristo, y Nabucodonosor sitiando a la ciudad de Jerusalén, un primo de Jeremías, Janamel, se presenta a donde está él para pedirle que le compre un campo

en Anatot, ya en poder del rey babilónico. En esta propuesta de su primo ve nuestro profeta un mensaje de Dios que le indica que todavía hay lugar para la esperanza: **“Se comprarán campos en esta tierra... porque cambiaré su suerte”**. El contrato de compra lo ha de guardar Baruc **“en una jarra de barro para que se conserve por mucho tiempo”**. Contiene también este capítulo una oración preciosa de Jeremías y la respuesta que le da Dios. Todo el capítulo 33° contiene palabras de esperanza que el mismo Dios dirige a su profeta, encarcelado, en cumplimiento de la promesa del día de su llamada: **“Yo estaré contigo”**. Léelos.

Los capítulos 34° al 36° tienen sólo dos cosas que explicar, porque la suelta de los esclavos la explica el mismo capítulo 34°. Y el pacto pasando por entre las partes del animal descuartizado, también lo conoces porque era una vieja costumbre cananea que te expliqué en el tema 6° del libro 2° de este Curso Bíblico. Te explico las dos novedades de estos capítulos y, después, los lees tú. Frente a la falta de fidelidad al hermano judío de que nos habla el capítulo 34°, el redactor final de Jeremías nos trae aquí el episodio del capítulo 35° como ejemplo de fidelidad de un grupo de personas no judías: **los recabitas**. El episodio narrado pertenece al tiempo de Joaquín, pero lo ponen aquí para que apreciemos el contraste entre el comportamiento del pueblo elegido y otro pagano.

¿Y quiénes son **los recabitas**? Una tribu beduina que vivía entre los judíos pacíficamente, como la etnia gitana vivía entre nosotros antiguamente. Sin casas, sin tierra y apegados a sus costumbres. Por eso, precisamente, los trae aquí Jeremías: como un modelo de cumplimiento con sus mayores. Jeremías les invita a vino y ellos no aceptan porque tienen una promesa de no beberlo, recibida de sus mayores. Eran, en esto, una especie de nazir. ¿Te acuerdas de los nazires? No podían beber vino. Recuerda a Sansón, Jueces 13. En cambio los judíos no cumplen los compromisos de sus padres: **“Yo seré tu Dios y tú serás mi pueblo, si cumples lo que te digo”**. Por esto, el Señor acompañará siempre a los recabitas y castigará a su pueblo rebelde.

Y la segunda cosa a explicarte es cómo a la palabra de Dios, proclamada por Jeremías, no la puede destruir ni el fuego. Dios manda a Jeremías que escriba sus profecías proclamadas desde el año 627 hasta el 604 antes de Cristo. Se las leen al rey Joaquín y éste, en vez de rasgarse las vestiduras y convertirse como hizo su padre Josías el año 622 antes de Cristo cuando apareció el libro del Deuteronomio en el templo, las va echando al fogón a medida que el escriba las va leyendo. Pero no pasa nada: Dios manda a Jeremías que las escriba de nuevo: la Palabra del Señor no puede perderse. Te pongo un resumen del capítulo 36 y tú, si quieres, lo lees entero.

“Aconteció que en el año cuarto de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá, fue dirigida esta palabra a Jeremías de parte de Yavé: Tómate un rollo de escribir, y apuntas en él todas las palabras que te he hablado tocante a Israel, a Judá y a todas las naciones, desde la fecha en que te vengo hablando - desde los tiempos de Josías hasta hoy -. A ver si la casa de Judá se entera de todo el mal que he pensado hacerle, de modo que se convierta cada uno de su mal camino, y entonces yo

perdonaría su culpa y su pecado. Llamó, pues, Jeremías a Baruc y éste apuntó al dictado de Jeremías todas las palabras que Yavé le había hablado, en un rollo de escribir.

Entonces envió el rey a Yehudí a apoderarse del rollo y lo leyó en voz alta al rey y a todos los jefes que estaban en pie en torno al rey. El rey estaba sentado en la casa de invierno, con un brasero delante encendido. Y así que había leído Yehudí tres o cuatro hojas, el rey las rasgaba con el cortaplumas del escriba y las echaba al fuego del brasero, hasta terminar con todo el rollo en el fuego.

Ni se asustaron ni se rasgaron los vestidos el rey ni ninguno de sus siervos que oían todas estas cosas, y por más que Elnatán, Delaiás y Guemariás suplicaron al rey que no quemara el rollo, no les hizo caso. Luego el rey ordenó a Yerajmeel, hijo del rey, a Seraías, hijo de Azriel, y a Selemías, hijo de Abdel, apoderarse del escriba Baruc y del profeta Jeremías, pero Yavé los ocultó.

Entonces fue dirigida la palabra de Yavé a Jeremías como sigue: Vuelve a tomar otro rollo y escribe en él todas las cosas que antes había en el primer rollo que quemó Joaquín, rey de Judá. Y a Joaquín, rey de Judá, le dices: Así dice Yavé: Tú has quemado aquel rollo, diciendo: ¿Por qué has escrito en él: Vendrá sin falta el rey de Babilonia y destruirá esta tierra y se llevará cautivos de ella a hombres y bestias?

Por tanto, así dice Yavé a propósito de Joaquín, rey de Judá: No tendrá quien le suceda en el trono de David y su propio cadáver yacerá tirado, expuesto al calor del día y al frío de la noche. Yo pasaré revista a sus culpas y las de su linaje y sus siervos, y traeré sobre ellos y sobre todos los habitantes de Jerusalén y los hombres de Judá todo el mal que les dije, sin que hicieran caso. Entonces Jeremías tomó otro rollo, que dio al escriba Baruc y éste escribió al dictado de Jeremías todas las palabras del libro que había quemado Joaquín, rey de Judá, e incluso se añadió a aquéllas otras muchas por el estilo (Jeremías 36).

El resto de esta tercera etapa de la vida de Jeremías (capítulos 37 a 45) está dedicado a narrar lo que se ha conocido como **la pasión de Jeremías**, que algunas biblias adelantan al capítulo 36. Toda la vida de Jeremías fue una pasión continua, como ya hemos dicho. El rey Sedecías es un veleta y, aunque respeta, escucha y protege a Jeremías en secreto, la presión de los personajes de la corte es tanta que al final Jeremías acaba echado en un aljibe, como el patriarca José, porque el rey se siente incapaz de hacer frente a las presiones que recibe:

“Ahí le tenéis en vuestras manos, pues nada podría el rey contra vosotros. Ellos se apoderaron de Jeremías, y lo echaron a la cisterna de Malkiyías, hijo del rey, que había en el patio de la guardia, descolgando a Jeremías con sogas. En el pozo no había agua, sino fango, y Jeremías se hundió en el fango” (Jeremías 38, 5-6).

Un eunuco del palacio saca a Jeremías del aljibe y Sedecías lo vuelve a interrogar en secreto. Jeremías insiste: tu salvación y la del pueblo están en concertar con Babilonia. Pero el rey y los pro-egipcios siguen tozudos. Cae Jerusalén y Jeremías se convierte en protegido por Nabucodonosor, en agradecimiento a su actitud pro-babilónica.

El rey invasor da esta orden al jefe de su guardia: ***“Llévatelo, mira por él, no le hagas ningún daño, sino trátalo como él te diga. Nabusardán, jefe de la guardia, Nabusarbán, jefe de eunucos y Nergalsarerer, jefe de los empleados, y todos los generales del rey de Babilonia, enviaron a sacar del patio de la guardia a Jeremías; y se lo entregaron a Godolías, hijo de Ajicán, hijo de Safán, para que lo mandasen a su casa, y habitase en medio del pueblo”*** (Jeremías 39, 12-14).

El jefe de la guardia cumplió la orden real: ***“Desde hoy te suelto las esposas de tus muñecas. Si te parece bien venirte conmigo a Babilonia, vente, y yo miraré por ti. Pero si te parece mal venirte conmigo a Babilonia, déjalo. Mira, tienes toda la tierra por delante; adonde mejor y más cómodo te parezca ir, vete. Si prefieres vivir con Godolías, a quien el rey de Babilonia ha nombrado gobernador de Judá, vive con él entre tu pueblo; o vete a donde te parezca bien. Y el jefe de la casa real le dio víveres y regalos y se despidió de él. Jeremías se fue con Godolías, en medio del pueblo que había quedado en el país*** (Jeremías 40, 4-6).

Como ves, Jeremías prefirió quedarse en Jerusalén, donde había sido colocado de gobernador Godolías, un judío bueno y de noble corazón que cayó bien entre los pro-babilónicos que no fueron deportados. Todo va bien con Godolías, pero, en el capítulo 41º, surge un Ismael que, animado por el rey de los amonitas, asesina a Godolías y a todos sus partidarios, incluso a unos peregrinos que habían venido a hacer penitencia y ofrecer sacrificios sobre las ruinas del templo de Jerusalén. Era el mes de octubre del año 586 antes de Cristo.

Grupos de judíos, indignados por el comportamiento de Ismael arremeten contra él, pero éste se escapa hacia Amón, en busca de su protector, el rey Baalís. Entretanto, Jeremías que había perdido a su protector Godolías vuelve a ser reclamado por su pueblo para que rece por ellos a Dios y les aconseje qué han de hacer, atemorizados por la previsible represalia de Nabucodonosor:

“Acoge, por favor, nuestras súplicas y ruega al Señor, tu Dios, por nosotros, por todo este resto, pues hemos quedado pocos de los muchos que éramos, como pueden vernos tus ojos. Que el Señor, tu Dios, nos señale el camino que hemos de recorrer y lo que debemos hacer” (Jeremías 42, 2-3).

Jeremías sigue en sus trece: no os mováis de Jerusalén. Si vais a Egipto moriréis. Como la palabra que oyen no les gusta, reaccionan como siempre: ***“Estás mintiendo. No te ha encargado nuestro Dios decir: No vayáis a Egipto como***

refugiados allí. Ha sido Baruc quien te azuza contra nosotros con objeto de ponernos en manos de los caldeos para que nos hagan morir y nos deporten a Babilonia” (Jeremías 43, 2-3). Y los jefes cogieron a todos los que habían quedado al cargo de Godolias en Judá, incluidos el profeta Jeremías y Baruc, y se los llevaron a Egipto, *“sin obedecer la voz del Señor, y se establecieron en Tafnes”* (Jeremías 43, 7).

Todavía en Egipto, Jeremías va a seguir profetizando lo mismo de siempre a los deportados: aprended la lección por vuestra infidelidad. Podríamos decir que el profeta y su pueblo acaban donde empezaron: Egipto (es el anti éxodo, lo contrario al éxodo, el camino de vuelta). Pero nadie está dispuesto a escucharlo. Prefieren ofrecer incienso a los dioses egipcios, como hicieron sus padres, mil años antes:

“Entonces, cuantos hombres sabían que sus mujeres quemaban incienso a dioses extranjeros, y todas las mujeres que se habían congregado en la gran asamblea, y todo el pueblo que residía en Patrós, en tierra de Egipto, contestaron a Jeremías: Las palabras que nos has hablado en el nombre del Señor no te la vamos a escuchar, sino que vamos a hacer todo lo que hemos prometido, que es quemar incienso a la Reina de los Cielos y ofrecerle libaciones, como hicimos nosotros y nuestros padres, nuestros reyes y nuestras autoridades en la tierra de Judá y en las calles de Jerusalén, cuando éramos felices y no conocíamos la desgracia” (Jeremías 44, 15-17).

Pero Jeremías insiste: Dios lleva la historia y premiará a los buenos, castigando a los infieles, como puedes ver en el resto del capítulo 44°. Y termina con el breve capítulo 45, que puede ser considerado el final de la vida de Jeremías. Fíjate que lo hace con los cuatro verbos con que comenzó Jeremías su misión profética: edificar, destruir, plantar y arrancar. Te pongo las dos citas, la de comienzo y final de su vida:

“Desde hoy te doy autoridad sobre las gentes y sobre los reinos para extirpar y destruir, para arrancar y plantar” (Jeremías 1, 10).

“Así les dirás: esto dice Yavé: Mira que lo que edificué, yo lo derribo, y aquello que planté, yo lo arranco” (Jeremías 45, 4).

Los que sobrevivan verán venir a Nabucodonosor para hacer una última redada y llevárselos a Babilonia, según el historiador Flavio Josefo. No sabemos si, entre ellos, iría Jeremías. Y termina la vida de Jeremías, en este capítulo 45°, con un oráculo de promesa a su fiel y querido secretario Baruc: *“Y tú salvarás tu vida, como premio, a donde quiera que vayas”* (Jeremías 45, 5). Te he hecho un resumen muy apretado de los nueve capítulos que narran la pasión de Jeremías. Léelos tú en casa sin prisa, ya que no presentan ninguna dificultad.

8. - Los oráculos contra las naciones. El Diccionario de la Real Academia nos define la palabra oráculo así: *“Respuesta que da Dios por sí o por sus ministros”*.

Perfecto. ¿Qué hicieron Egipto, Babilonia y los otros con el pueblo de Dios? Ya lo sabemos. Ahora Dios les va a responder: beberán la copa de la ira del Señor de que habla Jeremías 25, 15-38, hasta llegar a la borrachera: van a perder la cabeza, que es lo que pasa con una gran borrachera. Estos oráculos de condena son un género literario propiamente profético, dirigidos al individuo o a la colectividad, como en este caso.

Suelen comenzar con un **“así dice el Señor”**, o **“palabra del Señor”**. Después viene la acusación, a la que sigue el anuncio del castigo. Los hay en todos los grandes profetas, a los que el pueblo acudía para que les revelara la voluntad de Dios. Es como un juicio: **el juez**, Dios; **el reo**, aquél a quien va dirigido; **el delito**, el mal que ha hecho; **la sentencia**, el castigo divino.

Antes de empezar, te recuerdo lo de siempre: **“todo fue escrito para enseñanza nuestra”**, dice San Pablo. Dios es Dios de todas las naciones y el profeta se dirige en su nombre a todas las naciones y reinos para edificar y plantar, para arrancar y destruir. El Dios de Israel es el Dios de la historia, cuya acción va más allá de los límites de Israel. Dios va a juzgar a los pueblos, que no cumplen sus mandatos ni practican la justicia, sino que cada uno va a dominar al otro. Como no podemos detenernos a explicarlos todos, vamos a centrar nuestra atención en el primero y el último, contra Egipto y contra Babilonia, que son los más importantes. Tú lees los demás.

Egipto machacó a Israel con la esclavitud durante cuatrocientos años. Ya conoces la historia antigua. Recientemente el faraón Neco mató a Josías, como vimos; a ese día hace referencia Jeremías 46, 1-12 pues ese mismo año cayó derrotado, a manos de Nabucodonosor, el rey egipcio Neco en la batalla de Carquemis, una fortaleza que tenía Egipto junto al río Eufrates en el norte. Los versículos 13-24 de este mismo capítulo 46 nos hablarán de la invasión de Egipto por Nabucodonosor:

“Aquel día será para el Señor Yavé, día de venganza para vengarse de sus adversarios. Devorará la espada y se hartará y se abrevará de su sangre; pues será la matanza del Señor, Dios de los ejércitos, en la tierra del norte, cabe el río Eufrates” (Jeremías 46, 10). Nabucodonosor pasó a dominar toda la zona, plantándose en el mismo Egipto y haciéndose de todo el país. Ya sabes: la historia, interpretada desde la fe, se convierte en Historia de la Salvación.

Pero este Señor de la historia, el Dios de la historia, el Dios de Israel, cuida de su pueblo, a pesar de sus infidelidades. Ésta es la gran enseñanza para nosotros: Dios nos corrige, pero su amor acaba imponiéndose, incluso a nuestros pecados. Dios nunca nos dejará de la mano:

***Pero tú no temas, siervo mío Jacob,
ni desmayes, Israel,***

*pues mira que yo acudo
a salvarte desde lejos
y a tu linaje del país de su cautiverio;
volverá Jacob, se sosegará y estará tranquilo,
y no habrá quien le inquiete.
Tú no temas, siervo mío Jacob,
que contigo estoy yo,
pues acabaré con todas las naciones
adonde te empujé,
pero contigo no acabaré;
aunque sí te corregiré como conviene,
ya que impune no te dejaré (Jeremías 46, 27-28).*

Para no alargar más el tema, dejamos a tu lectura los oráculos contra Filistea, Moab, Amón, Edom, Damasco, Quedar y Elam. Son pequeños reinos que a lo largo de la historia han tenido relaciones con Israel, unas veces de amistad y, las más, de confrontación. Si quieres te entretienes en buscarlas en el mapa de Palestina en el Antiguo Testamento que tienes al final del 1º libro de esta colección. También puedes ayudarte de la nota que tienes abajo en tu Biblia. Pero no creo que merezca la pena, si andas escaso de tiempo. Vamos a detenernos en Babilonia, que es representativa de todo el peligro que vino del norte.

Babilonia fue la bestia negra de Judá, lo mismo que lo fue en la antigüedad Egipto. “Babilonia criminal”, la califica la Biblia. Pero se acabará su tiempo. Bel y Marduc, sus dioses, serán impotentes ante Yavé, el Dios de Israel. Babilonia fue, en otro tiempo, instrumento de Dios para corregir a su pueblo y a otros pueblos de la tierra, pero ahora será ella la castigada hasta desaparecer del mapa. Más de cien versículos, en dos largos capítulos, ocupan el oráculo contra el enemigo del norte. Vamos a verlos, aunque sea brevemente, siguiendo el texto.

El capítulo 50 lo podemos dividir, para su estudio, en una presentación del oráculo, dos partes centrales y una conclusión. La presentación (versículos 1-3) es la habitual en los oráculos, como ya dijimos: **“Palabra que habló el Señor sobre Babilonia y sobre el país de los caldeos, por medio del profeta Jeremías...”**. Le siguen los versículos 4 al 20: Judá (Israel) será restaurada y Babilonia aniquilada, como lo fue Asiria. Fíjate que este bloque comienza y termina con palabras de consuelo para Judá. Te cito estas palabras iniciales y finales y tú lees las demás. La cita termina con una referencia al “resto de Israel” que será el perdonado.

“En aquellos días y en aquella hora vendrán los hijos de Israel, (y los hijos de Judá junto con ellos), andando y llorando, en busca de su Dios. Preguntan por el camino de Sión y allá se dirigen: Vamos a unirnos al Señor en alianza eterna, inolvidable. Rebaño descarriado era mi pueblo. Sus pastores las descarriaron, extraviándolas por los montes. De monte en collado andaban, olvidando su aprisco. Cualquiera que les topaba los devoraba, y sus contrarios decían: No cometemos

ningún delito, puesto que ellos pecaron contra el Señor, ¡el pastizal de justicia y la esperanza de sus padres! Huid de Babilonia, y del país de los caldeos salid. Sed como cabestros al frente del rebaño” (Jeremías 50, 4-8).

Por tanto, así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo voy a pedir cuentas al rey de Babilonia, como se las pedí al rey de Asiria. Y devolveré a Israel a su pastizal, y pacerá en el Carmelo y en el Basán, y en la montaña de Efraín y Galaad se saciará su hambre. En aquellos días y en aquella sazón, se buscará la culpa de Israel y no la habrá, y el pecado de Judá y no se hallará, porque seré piadoso con el resto que yo deje (Jeremías 50, 18-20).

El segundo bloque, versículos 21-40, nos recalca con bellas imágenes la derrota de Babilonia: *“¡Cómo se ha quebrado y roto el martillo de toda la tierra!”* (versículo 23). Será Dios, y sólo Dios, el que destruirá a Babilonia por su arrogancia. Ella, que a tantos machacó, será ahora machacada por Yavé. Lee este bloque y la conclusión que es como un resumen en el que Dios reafirma que ha sido Él el que ha tomado la decisión de aniquilar a Babilonia: *“Oíd la decisión que Dios ha tomado sobre Babilonia y sus planes sobre el país de los caldeos. Al son de la conquista de Babilonia retumbó la tierra, y el griterío de las naciones se dejó oír”* (Jeremías 50, 45-46).

El capítulo 51 también lo podemos dividir en dos partes. La primera es el oráculo propiamente dicho (versículos 1-58) y la segunda es una acción simbólica que Jeremías manda realizar al jefe de intendencias de la casa de Sedecías, que está con él en Egipto (versículos 59-64). Veamos ambas partes.

El oráculo, lleno de imágenes bellas, merece ser leído con detenimiento: Babilonia es una era devastada. Será Dios el promotor de ese saqueo porque *“Israel y Judá no están viudas de su Dios, el Señor de los ejércitos, aunque su tierra esté llena de delitos contra el Santo de Israel”* (versículo 5). Dios invita a los desterrados: *“Huid del interior de Babilonia, (y salvad cada cual vuestra vida), no perezcaís por su culpa, pues es hora de venganza para Yavé: le está pagando su merecido”* (versículo 6).

Sale de nuevo la imagen de Babilonia como copa de vino que enloquecía a toda la tierra y la del martillo: Babilonia, que en otro tiempo fue instrumento de Dios para castigar a las naciones, ahora será machacada por haber destruido el templo del Señor. Y Jeremías que fue pro babilónico, ahora está profetizando contra Babilonia. La explicación es que Jeremías no estaba a favor de Babilonia, sino de los planes del Señor. Han pasado lo setenta años en que todos se someterían a Babilonia y ahora Dios le va a tomar cuenta a ella (lee, si quieres, Jeremías 25, 1-13).

Los últimos seis versículos de este capítulo (59-64) terminan con este lacónico: *“Hasta aquí las palabras de Jeremías”*. Narra en él una acción simbólica que Jeremías manda a un hermano de su secretario Baruc, Serayas, que realice junto al

Eufrates para significar el final total, sin resurgimiento posible, de Babilonia. La Palabra de Dios se cumple siempre, es eficaz:

“Dijo Jeremías a Serayas: En llegando tú a Babilonia, lee en voz alta todas estas palabras, y di: Señor, tú has hablado respecto a este lugar, de destruirlo sin que haya en él habitante, ya sea persona o animal, sino que será una desolación perpetua. Cuando hayas acabado de leer en voz alta este libro, atas a él una piedra y lo arroja al Eufrates, y dices: Así se hundirá Babilonia y no se recobrará del mal que yo mismo voy a traer sobre ella” (Jeremías 51, 61-64).

9. - Final del libro de Jeremías. Aunque el libro de Jeremías termina con el ***“Hasta aquí las palabras de Jeremías”*** al final del capítulo 51, se le añade el capítulo 52, que es un colofón en el que describe la ruina de Jerusalén, siguiendo los últimos capítulos del libro II Reyes, para mostrarnos cómo todas las profecías se cumplieron.

Como dato curioso nos dice el número de judíos que fueron deportados en cada incursión babilónica. Un total de 4.600 hombres supone descabezar Jerusalén, que entonces debía rondar los 15.000 habitantes, ya que todo el reino, calculan los entendidos, que debía andar por los cien mil habitantes. Tengamos en cuenta que se llevaban sólo a quienes valían para algo y no eran adictos a Babilonia como Jeremías, al que no sólo no deportaron sino que protegieron.

Un rayo de esperanza ilumina el final del libro: Dios no abandona a su pueblo. El último rey de Judá, el ungido que garantiza la continuidad de la casa de David, es sacado de la cárcel y repuesto en el trono, como símbolo lejano del fin del cautiverio:

“En el año treinta y seis de la deportación de Yoyaquín, rey de Judá, en el mes doce, el veinticinco del mes, Evil Merodak, rey de Babilonia, hizo gracia en el año en que comenzó a reinar, a Joaquín, rey de Judá, y lo sacó de la cárcel. Le habló con benevolencia y le dio un asiento superior al asiento de los reyes que estaban con él en Babilonia. Joaquín se quitó sus vestidos de prisión y comió siempre en la mesa del rey, todos los días de su vida. Le fue dado constantemente su sustento de parte del rey de Babilonia, día tras día, hasta el día de su muerte, todos los días de su vida” (Jeremías 52, 31-34).

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

Jeremías 15, 10-18

Hechos de los apóstoles 17

Mateo 10, 16-33

Preguntas:

1. - Una de las cosas que sorprenden en el libro de Jeremías, aunque no sólo en él, es su sensación de pequeñez ante la misión que Dios le ha encomendado. Lo vimos en el relato de su vocación. Vamos a insistir en el

tema leyendo y comentando la primera cita. Puede ser que esta misma sensación la sintamos muchas veces también nosotros.

2. - Pero no fue sólo Jeremías el que sufrió las dificultades de la predicación. Pablo también las padeció. Y tú y yo, si nos proponemos predicar a Jesús y su presencia entre los hombres. Compruébalo en la 2ª cita.

3. - Jesús previno a sus discípulos de la persecución que les esperaba. Él la padeció y nosotros no vamos a ser menos. Si no nos persiguen, malo. Es que somos de ellos.

Tema 6º. - LAMENTACIONES Y BARUC

1. - Introducción. Después de estudiar a Isaías y Jeremías, para terminar con este primer grupo de profetas, vamos a hacer un descanso. Lamentaciones y Baruc son dos libros cortitos que no presentan dificultades. Nos queda que estudiar un profeta mayor, Ezequiel, y todos los profetas menores, además de Daniel, que figura tras Ezequiel. Los veremos el próximo curso. Te recuerdo que lo de “mayor” hace referencia a la cantidad, no a la calidad de los escritos, pues calidad hay en todos para dar y sobrar.

De todas formas, a partir de ahora, los temas irán siendo más cortos porque ya tenemos explicadas las circunstancias históricas en que vivieron todos los profetas del sur (Judá) y no vamos a volver a repetirlas. Comenzamos, pues, por las Lamentaciones de Jeremías. Tras ellas, veremos al profeta Baruc, al que en la práctica no se cuenta entre los mayores ni entre los menores, pues la tradición nos lo ha presentado siempre en un mismo paquete con Jeremías, Lamentaciones, Baruc e, incluso, la llamada **“Carta de Jeremías”** que en nuestras biblias figura como el capítulo 6º del libro de Baruc.

Las Lamentaciones son cinco poemas escritos en versos, en los que se mezclan lamentaciones, oraciones de esperanza y peticiones de ayuda para salir de la triste situación que se nos describe. A pesar de ser repetitivas y duras en la descripción de las desgracias, no se hacen pesadas y puedes leerlas en casa, no todas seguidas sino a medida que te las voy explicando. Es de los libros menos conocidos del Antiguo Testamento, tal vez porque se utiliza poco en la liturgia de la Iglesia, que normalmente ha sido el único camino de acercamiento a la Biblia. Vamos a ver si cambiamos las cosas.

¿Y Baruc? En el 1º tomo de este Curso de Iniciación a la Biblia, te puse esta presentación de Baruc:

“El autor del libro nos es desconocido. El que le da la redacción final se lo atribuye a un tal Baruc, pariente, amigo y secretario de Jeremías. Posiblemente el libro fue escrito entre los años 200 y 100 antes de Cristo, por tanto posterior en cuatro siglos a Jeremías. El autor del libro utiliza un recurso muy común entre los escritores de la época: se sirve del pasado de la historia de Israel, recogiendo elementos mal situados en el tiempo por las tradiciones orales, para alentar la esperanza del pueblo y dirigirla hacia el futuro. Esta falta de precisión histórica no tiene importancia para la transmisión de la palabra inspirada. Una oración penitencial, un elogio a la sabiduría y una palabra de consuelo a los desterrados ocupan los cinco capítulos del libro”.

Ya veremos, en este mismo tema, que esta primera presentación que te hice del profeta es válida para muchos autores. Otros tienen una opinión distinta y sitúan a Baruc varios siglos antes o después. Estamos hablando de personas que vivieron hace

mucho tiempo, en lugares muy pequeños y sin datos externos a la Biblia, salvo en contadas excepciones, con lo que resulta imposible tener referencias que confirmen o contradigan los datos bíblicos.

Hay, en todo el mundo, facultades de estudios bíblicos en las que muchos hombres se queman los ojos, día a día, tratando de encontrar ese indicio que les ayude a arrojar luz sobre todo esto. Generalmente, los puntos oscuros no afectan al contenido de la Palabra de Dios, presente en estos libros, y que es la que la Iglesia nos da como palabra de salvación. A ésta, tal como nos la da la Iglesia, nos atenemos siempre. Lo demás es accidental.

2. - Lamentaciones. La lamentación, en singular y minúscula, es un género literario parecido a los “ayes” (¡Ay... !) de que ya te hablé en otra ocasión, utilizado por los poetas que, por voluntad o por encargo, componían una alabanza fúnebre, elogiando al muerto o lamentando su ausencia. Los poemas 1º, 2º y 4º de este libro son lamentaciones. El 3º y 5º son salmos, individual el 1º y colectivo el 5º, llamado por la Vulgata “Oración de Jeremías”. Mirados en conjunto, se trata de cinco poemas compuestos tras la caída de Jerusalén, por la invasión de Nabucodonosor, que ya conocemos. Siguen al epílogo, apéndice o conclusión del libro de Jeremías de tal manera que algunos lo han considerado como un segundo apéndice de ese libro.

De los cinco poemas, cuatro son acrósticos. ¿Te acuerdas lo que eran los acrósticos? Te lo expliqué en el tema 9º del 4º libro, pero te lo recuerdo, por si acaso:

*“El **acróstico** es una composición poética en la que la primera letra del primer verso tiene una relación con la primera de los demás. Por ejemplo, forman un nombre, o una frase, o son las letras del abecedario seguidas con el orden que conocemos (a, b, c, d, etc.). En este último caso se trata de un acróstico alfabético. (La palabra griega **alfabeto** es como la de nuestro **abecedario**. Los hebreos, en cambio, le decían el **alefato** porque su abecedario empezaba con la letra **alef** en vez de con la “**a**” nuestra)”*.

El 5º poema es simplemente alfabético porque tiene los mismos versos que el alfabeto (alefato) hebreo, es decir veintidós. Con permiso de los poetas, me invento, sobre la marcha, un ejemplo de poema acróstico para que lo veas de forma práctica. Fíjate que las primeras letras de cada verso, leídas en perpendicular, forman la palabra María :

**María, Madre nuestra,
acoge nuestra oración,
recuerda que somos tus hijos:
intercede por nosotros
ante Jesús del Perdón.**

Lógicamente, hacer un acróstico “amarraba”, limitaba un poco la inspiración del poeta que tenía que someterse al orden alfabético, a la hora de comenzar la frase. ¿Y por qué los escribieron en acróstico? Los entendidos suelen dar **dos razones**, ambas válidas para mí.

La **primera** es porque las Lamentaciones forman parte de la Megillot (los Rollos). ¿Te acuerdas? Eran los cinco libros que se leían, y se siguen leyendo, en las celebraciones litúrgicas judías (los otros eran Rut, Cantar, Eclesiastés y Ester). El orden alfabético (alefático) de las letras de comienzo facilitaba su memorización y recuerdo.

Y **la otra** razón, no menos importante, es que el poeta quiso dar a entender que gritaba, en sus poemas, por todos los dolores de Jerusalén, que eran la totalidad de los dolores posibles; diríamos nosotros que todos los que se pueden citar de la “a” a la “z”. Ya no eran posibles más dolores que los que sufrió Jerusalén y el pueblo judío.

3. - Autor de las Lamentaciones. Tradicionalmente se les han atribuido a Jeremías. Es normal. Nadie como él vivió de cerca el fin de Jerusalén. Además era un gran poeta y, encima, pro babilónico, para más sufrimiento: fueron sus amigos los que machacaron a Israel, su pueblo. Incluso la Biblia de los LXX, la griega, y la Vulgata de San Jerónimo introducen el libro de las Lamentaciones con estas palabras:

“Y sucedió, después de deportado Israel y Jerusalén devastada, que el profeta Jeremías se sentó a llorar; entonó esta lamentación sobre Jerusalén y dijo...”

Es posible que quien escribió esto, tuviera presente lo que se dice en 2 Crónicas 35, 25, donde se hace referencia a una elegía compuesta por Jeremías sobre Josías, pero que debió perderse porque en las Lamentaciones no hay referencia a ese poema. Para San Jerónimo es como un anexo a Jeremías. En cambio la TaNaK (¿te acuerdas?) lo coloca entre los Ketubim (los escritos). La TaNaK era la Biblia hebrea (Torah, Nebiim y Ketubim: Ley, Profetas y Escritos).

Este convencimiento de la autoría de Jeremías fue tan grande que en algunos concilios de los primeros tiempos de la Iglesia o se les incluía implícitamente con Jeremías y no se le citaba o se decía *“Jeremías con sus Lamentaciones, Baruc y su carta”*, haciendo referencia esta carta a lo que hoy conocemos como el capítulo 6º de Baruc, como te dije antes. Poco a poco, los entendidos fueron viendo detalles que no encajaban bien con la autoría de Jeremías, aunque todos reconocen que se escribieron en tiempos de Jeremías, además en Judá y por testigos oculares de la catástrofe. Pudo ser un solo autor, o varios.

¿Y cuáles son esos indicios que ponen en duda, e incluso niegan, la autoría personal de Jeremías? Varios. Por ejemplo: los estudiosos que conocen bien a Jeremías piensan que su carácter espontáneo no encaja con la rigidez que supone someterse a las estrictas reglas de composición de un acróstico. Otro indicio:

Jeremías era pro babilónico y anti egipcio y sin embargo en Lamentaciones 4, 17 se espera la ayuda de Egipto. Y otro más, para no cansarte: Jeremías había predicho muchas veces la perdición de Sedecías a manos de Nabucodonosor (por ejemplo, Jeremías 21, 7).

¿Cómo ahora, en Lamentaciones 4, 20, dice que “*a su sombra viviremos entre las naciones*”? No parece que sea Jeremías el autor de las Lamentaciones, aunque su espíritu sí está presente porque late en ellas el reconocimiento de que todo lo que está pasando es consecuencia de la justa cólera de Dios, indignado con la idolatría e injusticias de su pueblo al que corrige con el destierro.

4. - Mensaje y textos. Las Lamentaciones son un profundo grito, llanto, queja de dolor de aquel a quien se le ha venido el mundo abajo; también reproche a sus dirigentes, al pueblo y, sobre todo, a Dios, vengativo y despiadado que se ha olvidado de las promesas, según creen, en el momento de la desgracia. Nada ni nadie queda en pie en las Lamentaciones, salvo la confianza en Dios, a pesar de todo, y el arrepentimiento por lo ocurrido.

Por lo demás, están solos. Hambre, violaciones, asesinatos, esclavitud, destierro, pillaje y profanación del templo. En otra ocasión te diría: puedes imaginarte todo lo que quieras. Ahora no es necesaria la imaginación. Es suficiente la lectura porque todo está bien descrito por éste o estos poetas.

Los hechos ocurrieron entre el primer asedio del 597 y el último del 586 antes de Cristo, en el que ya se arrasó la ciudad santa y su templo. En esos años se pudieron escribir las Lamentaciones, por un testigo presencial. Este testigo se hace las mismas preguntas que nosotros nos haríamos y nos hacemos: ¿Por qué me ha ocurrido a mí y hasta cuándo va a durar mi desgracia? Cuando llega la desgracia, a todos nos sacude los cimientos de nuestra fe. De estas consecuencias teológicas sólo dos palabras porque ya las hemos hablado en otras ocasiones.

Teológicamente el exilio lo supuso todo, como ya hemos visto. Sobre todo una crisis profunda de fe por la caída de las instituciones y el silencio de Dios. Jerusalén y el templo, prácticamente, desaparecieron del mapa; la monarquía de David también; de la tierra de la promesa los han echado. Se sabe que los desterrados apenas llegaron al diez por ciento de la población, pero eran los dirigentes. En el cuerpo humano, la cabeza no supone ni el diez por ciento del peso corporal, pero lo es todo. Tú puedes vivir sin una pierna, que supone una parte mayor de tu cuerpo que la cabeza, pero no puedes vivir sin cabeza.

En Judá quedó más del noventa por ciento de la población, pero campesinos que sólo servían para labrar el campo y pagar impuestos, sin saber de política, de administración de la ciudad que se quedó con más de diez mil habitantes, pero sin gente capacitada para organizarlos y reconstruir lo dañado. Las deportaciones fueron varias, hasta llevarse a todo el que podía ser un peligro para Babilonia.

Por tanto, hubo que replanteárselo todo. Y se lo replantearon, y volvieron purificados del exilio: el judaísmo, que ya conoces. Nunca más serían nación, reino independiente: persas, griegos y romanos se sucederían como autoridad, pero sí serían para siempre una comunidad que viviría de la fe, en torno a la Palabra de Dios. Esto es el judaísmo. Desaparecieron para siempre los ídolos: un único Dios, Yavé.

“El aporte de las Lamentaciones a la teología y a la espiritualidad se resume en los temas siguientes: confianza en Dios en medio del fracaso y del dolor; invitación a expresar en la oración con total sinceridad las amarguras y preguntas más profundas del corazón; primacía de los planes divinos y de su libre iniciativa, que trasciende todo lo que humanamente se puede explicar o comprender; actitud humilde ante Dios, reconociendo la imperfección de la propia vida; sentido social que permite trascender el propio dolor para vivir el drama comunitario” (Fernández, 1999, página 947).

La **primera** Lamentación es un canto fúnebre por la derrota del año 597 antes de Cristo: *“Se ha quedado viuda la primera de las naciones”* (1, 1), es la reacción espontánea del poeta que contempla la primera oleada que sale para Babilonia. Pero pronto rectifica: Dios, el esposo, no ha muerto, *“el Señor la ha castigado por sus muchos pecados”* (1, 5).

Otros ven en esta viudez de Jerusalén una referencia a la falta de dirigentes, ya que en la primera oleada “decapitaron” la ciudad, llevándose a sus dirigentes, el rey y los sacerdotes, entre éstos a Ezequiel. La ciudad santa es personificada como una mujer pecadora: *“Jerusalén ha pecado gravemente y ha quedado manchada; los que antes la honraban, la desprecian viéndola desnuda; y ella, entre gemidos, se vuelve de espaldas”* (1, 8). En el versículo 18 hay un reconocimiento de culpa muy bonito: *“Justo es el Señor, porque me rebelé contra su boca”*. Te voy a poner un poquito de cada una y tú las lees enteras en casa, si puedes:

*¡Qué solitaria está la ciudad poderosa!
Se ha quedado viuda la primera de las naciones;
la princesa de las provincias, en trabajos forzados.
Pasa la noche llorando, le corren las lágrimas por las mejillas.
No hay nadie entre sus amigos que la consuele;
todos sus aliados la han traicionado, se han vuelto sus enemigos.
Judá marchó al destierro, humilde y esclava;
hoy habita entre gentiles, sin encontrar reposo;
Los que la perseguían le dieron alcance y la cercaron.
Los caminos de Sión están de luto, porque nadie acude a las fiestas;
sus puertas están en ruinas, gimen sus sacerdotes,
sus doncellas están desoladas y ella misma llena de amargura.
Jerusalén ha pecado gravemente y ha quedado manchada;
los que antes la honraban, la desprecian viéndola desnuda,*

*y ella entre gemidos se vuelve de espaldas.
Lleva su impureza en la falda, sin pensar en el futuro.
¡Qué caída tan terrible!: no hay quien la consuele.
Mira, Señor, mi aflicción y el triunfo de mi enemigo.*
(Lamentaciones 1, 1-10).

La **segunda** es otro canto fúnebre que repite los temas de la primera, pero profundizando en averiguar el motivo de la situación. Viene a decir: no le demos más vueltas, “*el Señor se convirtió en nuestro enemigo*” (2, 5), Él destruyó Jerusalén sin acordarse de que era “*el estrado de sus pies*” (2, 1). Los malos pastores (profetas falsos) llevaron a Jerusalén a la ruina: “*Tus profetas te ofrecieron visiones vanas y estúpidas y no revelaron tu culpa para cambiar tu suerte*” (2, 14). Los versículos 18-19 invitan a una oración esperanzada y auténtica, de corazón: “*Llama al Señor de todo corazón... Grítale en la noche... Alza tus manos hacia Él*”. Y en el versículo 20 el poeta, que no sale de su asombro por lo que está viendo, pretende hacer caer en la cuenta al Señor de lo que está ocurriendo: “*Mira, Señor, fíjate, a quién has tratado así*”. Te pongo algunos versículos salteados:

*¡Ay, el Señor nubló con su cólera a la capital, Sión!
Desde el cielo arrojó por tierra la cólera de Israel,
y el día de su cólera se olvidó del estrado de sus pies.
Se consumen en lágrimas mis ojos, de amargura mis entrañas,
se derrama por tierra mi hiel, por la ruina de la capital de mi pueblo,
muchachos y niños de pecho desfallecen por las calles de la ciudad.
Tus profetas te ofrecían visiones falsas y engañosas;
y no te denunciaban tus culpas para cambiar tu suerte,
sino que anunciaban visiones falsas y seductoras.
Los que van por los caminos se frotan las manos al verte,
silban y menean la cabeza contra la ciudad de Jerusalén:
¿Es ésta la ciudad más hermosa, la alegría de toda la tierra?
Grita con toda el alma al Señor, laméntate Sión,
derrama torrentes de lágrimas, de día y de noche,
no te concedas reposo, no descansen tus ojos.*
(Lamentaciones 2, 1-18).

La **tercera** deja de ser un canto fúnebre para convertirse en una oración individual, personal. Creo que es la más bonita, por lo menos la que más me gusta. Te voy a citar de ella un poco más que de las demás, por ser la más bonita, a mi gusto. Tú puedes leerla entera en casa, como las demás. Habla en primera persona enumerando sus desgracias hasta el versículo 18: “*Me dije: se acabó mi gloria y mi esperanza en el Señor*”. Pero de pronto, deja de mirar sus miserias y se vuelve al Señor. Fíjate qué oración de esperanza más bonita:

*Yo soy un hombre que ha probado el dolor bajo la vara de su cólera,
porque me ha llevado y conducido a las tinieblas y no a la luz;*

*está volviendo su mano todo el día contra mí.
 Me ha clavado en las entrañas las flechas de su aljaba;
 la gente se burla de mí, me saca coplas todo el día;
 me ha saciado de hieles abrevándome con ajenjo.
 Fíjate en mi aflicción y en mi amargura, en la hiel que me envenena;
 no hago más que pensar en ello, y estoy abatido.
 Hay algo que traigo a la memoria y me da esperanza:
 que el amor del Señor no se ha acabado, ni se ha agotado su ternura;
 cada mañana se renuevan: ¡qué grande es tu lealtad!
 ¡El Señor es mi lote, lo digo, por eso espero en Él!
 Bueno es el Señor para el que en Él espera, para el alma que le busca.
 Bueno es esperar en silencio la salvación del Señor;
 le irá bien al hombre, si carga con el yugo desde joven.
 Que se esté solo y callado, cuando la desgracia carga sobre él;
 que pegue la boca al polvo, quizá quede esperanza;
 que entregue la mejilla al que lo hiere, y se sacie de oprobios.
 Porque el Señor no rechaza para siempre;
 aunque aflige se compadece con gran misericordia,
 porque no goza afligiendo o apenando a los hombres.*

(Lamentaciones 3, 1-33).

La **cuarta** es parecida a la segunda, aunque un poquito más corta. Describe con toda crueldad la masacre a que han sido sometidas Jerusalén y su gente: **“Las delicadas manos de mujeres cocinan a sus propios hijos, y se los comen mientras se derrumba la capital de mi pueblo”** (4, 10). Esta lamentación culpa a los dirigentes del pueblo de todas las desgracias. **“Por los pecados de sus profetas, por las culpas de sus sacerdotes, la sangre de los justos se derramó en medio de ella”** (4, 13).

Nadie se escapó, ni el rey Sedecías, que fue apresado en el túnel por el que intentó huir. En él, como ungido de Dios, tenían puesta una confianza que también ha quedado defraudada (4, 20). Termina la lamentación con un mensaje de esperanza: **“Se ha borrado tu culpa, hija de Sión. Él no volverá a desterrarte”** (4, 22). Mientras que a Edom, tradicional enemiga de Israel, pronto le llegará su momento. Vamos a ver un trocito de esta cuarta lamentación:

*Se ha vuelto pálido el oro, el oro más puro,
 están tiradas las piedras santas por las encrucijadas;
 los nobles vecinos de Sión, que valían su peso en oro,
 cuentan como cacharros de loza, labor de alfarero.
 Sus príncipes eran más limpios que la nieve, más blancos que la leche;
 eran más rojos que corales, con venas como zafiros,
 ahora están más negros que hollín, no se les reconoce en la calle,
 sobre los huesos se les arruga la piel, reseca como leña.
 ¡Más dichosos los que murieron a espada que los muertos de hambre!
 Aquéllos, apuñalados, se desangraron; éstos, por falta de alimento.*

*Las manos de mujeres delicadas cuecen a sus propios hijos
y se los comen mientras se derrumba la capital de mi pueblo.
Al ungido del Señor, al que era nuestro aliento,
lo cazaron en una trampa,
a aquel de quien decíamos: a su sombra
viviremos entre los pueblos (Lamentaciones 4, 1-20).*

Y, finalmente, el **quinto** poema, que en el original hebreo no es acróstico, pero mantiene el mismo número de 22 estrofas. Se trata de una lamentación colectiva. La **primera** parte sigue describiendo la situación en que se encuentran, con una idea importante: “*Nuestros padres pecaron, ya no viven, y nosotros cargamos con sus culpas*”. Todavía está presente en esta lamentación la mentalidad de la retribución colectiva, no personal, que no parece de Jeremías por como se expresa en su libro (un argumento más a añadir a los que te di antes para dudar sobre la paternidad de Jeremías en estos poemas):

“En aquellos días no dirán más: Los padres comieron agraz y los dientes de los hijos sufren la dentera. Cada uno morirá por su propia culpa: quienquiera que coma el agraz, tendrá la dentera” (Jeremías 31, 29-30). Y, ya en el destierro, Ezequiel les insistirá: “*El que peque, ése morirá*” (Ezequiel 18, 4). Te pongo la primera parte de esta quinta lamentación:

*Recuerda, Señor, lo que nos ha pasado;
mira y fíjate en nuestras afrentas.
Nuestra heredad ha pasado a los bárbaros;
nuestras casas, a extranjeros;
nuestros padres pecaron, y ya no viven,
y nosotros cargamos con sus culpas.
Nuestra piel quema como un horno,
torturada por el hambre.
Violaron a las mujeres en Sión,
y a las doncellas en los pueblos de Judá;
con sus manos colgaron a los príncipes,
sin respetar a los ancianos;
forzaron a los jóvenes a mover el molino,
y los muchachos sucumbían bajo cargas de leña.
Los ancianos ya no se sientan a la puerta,
los jóvenes ya no cantan;
ha cesado el gozo del corazón,
las danzas se han vuelto duelo;
se nos ha caído la corona de la cabeza
(Lamentaciones 5, 1-16a).*

La **segunda** parte de esta quinta lamentación ha sido llamada por la Vulgata de San Jerónimo “**Oración del Profeta Jeremías**”. Siempre el profeta está rezando por

su pueblo y pidiendo perdón a Dios por el doble pecado de siempre: la idolatría y la injusticia. Esta segunda parte te la voy a citar, desde el versículo 16b hasta el final (¿Te acuerdas lo que significa la “b” que va junto al 16? Significa que es la segunda parte del versículo 16. La primera parte, el 16a, corresponde a la cita anterior).

Te destaco dos frases muy bonitas. La primera el reconocimiento de la culpa: “*¡Ay de nosotros, que hemos pecado!*” y, la segunda, la necesidad de la gracia de Dios para poder volver a Él: “*Conviértenos a ti, Señor, y nos convertiremos*”. El perdón de Dios no se puede comprar ni merecer: se acoge en el corazón, cuando Él nos lo da gratuitamente. Te pongo los últimos ocho versículos, con la oración del profeta.

*¡Ay de nosotros, que hemos pecado!
Por eso está dolorido nuestro corazón,
por eso se nublan nuestros ojos:
por el monte Sión, que está asolado;
¡las raposas merodean en él!
Mas tú, Señor, para siempre te sientas;
¡tu trono de generación en generación!
¿Por qué has de olvidarnos para siempre,
por qué nos abandonas a lo largo de los días?
¡Conviértenos a ti, Señor, y nos convertiremos!
Renueva nuestros días como antaño,
si es que no nos has desechado totalmente,
irritado contra nosotros sin medida (Lamentación 5, 16b-22).*

5. - Baruc: el hombre y el libro. Al hombre ya lo conoces: es el pariente, secretario y discípulo de Jeremías que lo acompañó siempre hasta terminar con él desterrado en Egipto después del año 586, en otra deportación judía. Incluso es posible que terminara en Babilonia, si hubo esa cuarta deportación, de que habla la tradición judía y el historiador de la época Flavio Josefo, tras la conquista de Egipto por Nabucodonosor. Esto último no lo sabemos. Nosotros le perdemos la pista en Egipto y hasta ahí lo podemos afirmar.

Por comparación entre la genealogía que aparece en Baruc 1, 1 y la que vemos en Jeremías 51, 59, pudo ser hermano de Seraías, jefe de la intendencia del rey, lo que nos hablaría de la posición social elevada de su familia. El libro tiene una introducción que apoya la tradición judía de su final en Babilonia, pero que no soporta la crítica histórica. Ahora la veremos.

La mayoría de los estudiosos piensan que la atribución a Baruc es una pseudo-epigrafía usada, según la costumbre de la época, para dar un mayor prestigio y crédito al libro. Puede que parte del libro viniera transmitida, oralmente o por escrito, desde tiempos de Baruc o del mismo Baruc, pero la mayor parte hay que situarla en torno al siglo II ó I antes de Cristo, sin que falten autores que lo sitúen, incluso, un siglo

después de Cristo. El hecho de la atribución a Baruc es prueba del buen recuerdo que de él se tenía en el pueblo judío: lo consideraban un buen paraguas bajo el que cobijarse.

El libro se conserva sólo en griego, de ahí que sea deuterocanónico y que no esté en el canon hebreo ni protestante. Te recuerdo que ya en el 1º libro, capítulo 7º vimos que Lutero lo consideró apócrifo, como Tobías, Judit, Sabiduría, Eclesiástico, los Macabeos y algunos fragmentos de Daniel y Ester. Es un libro cortito de cinco capítulos más la carta de Jeremías, que ocupa el sexto. Comienza con una presentación en catorce versículos. Vamos a verla:

“Éste es el texto del libro que Baruc, hijo de Neriyás, hijo de Maseías, hijo de Sedecías, hijo de Asadías, hijo de Jilquías, escribió en Babilonia, el año quinto, el día siete del mes, en el tiempo en que los caldeos habían tomado e incendiado Jerusalén. Baruc leyó el texto de este libro a oídos de Jeconías, hijo de Yoyaquim, rey de Judá, y a oídos de todo el pueblo venido para escuchar el libro; a oídos de las autoridades y de los hijos del rey, a oídos de los ancianos, a oídos del pueblo entero desde el menor al mayor, de todos los que habitaban en Babilonia, a orillas del río Sud. Todos lloraron, ayunaron y oraron delante del Señor.

Luego reunieron dinero, según las posibilidades de cada uno, y lo enviaron a Jerusalén, al sacerdote Joaquín, hijo de Jilquías, hijo de Salom, a los demás sacerdotes y a todo el pueblo que se encontraba con él en Jerusalén. Fue, el día diez del mes de Siván, cuando Baruc tomó los objetos sagrados de la Casa del Señor que se habían llevado del Templo, con ánimo de volverlos a llevar a la tierra de Judá; eran objetos de plata mandados hacer por Sedecías, hijo de Josías, rey de Judá, después que Nabucodonosor, rey de Babilonia, deportó de Jerusalén a Jeconías, a los príncipes, a los cerrajeros, a las autoridades y al pueblo de la tierra, llevándolos a Babilonia.

Se les decía: Ahí os enviamos dinero; comprad con él víctimas para los holocaustos, para los sacrificios por los pecados, e incienso; haced oblaciones y ofrendas sobre el altar del Señor, Dios nuestro. Rogad por la vida de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y por la vida de su hijo Baltasar, para que sean sus días como los días del cielo sobre la tierra. El Señor nos dará fuerzas e iluminará nuestros ojos para vivir a la sombra de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y a la sombra de su hijo Baltasar; les serviremos largos días y hallaremos gracia a sus ojos.

Rogad también por nosotros al Señor, Dios nuestro, porque hemos pecado contra el Señor, Dios nuestro, y todavía hoy no se ha retirado de nosotros el furor y la ira del Señor. Y leed este libro que os mandamos para que sea proclamado en la Casa del Señor, el día de la fiesta y en días oportunos” (Baruc 1, 1-14).

Sin detenernos mucho en este punto, esta carta no soporta la crítica histórica. Supone la existencia de dos comunidades judías, una en Jerusalén y otra en Babilonia. En la primera estarían los sacerdotes y el culto, y en la segunda las autoridades civiles, moviéndose libremente, entre éstos el rey Jeconías. De la existencia de esas dos comunidades, como una tercera en Egipto, no hay duda. Pero el rey Jeconías estuvo preso hasta el año 37 de su deportación (561 antes de Cristo) y no iba a andar presidiendo asambleas.

Ni tampoco las autoridades babilónicas permitirían esas concentraciones de judíos tan fácilmente, al poco tiempo de la deportación: serían peligrosas para el estado. También otras cosas son discutibles, como la devolución de los objetos sagrados, que no se hizo hasta que Ciro la ordenó, al final del destierro. Baltasar no es hijo de Nabucodonosor, sino de Nabónides, que reinó quince años más tarde; pero esto tiene menos importancia, porque hijo quiere decir descendiente, según ellos. Sin duda, el autor no vivió en aquel tiempo, de ahí las imprecisiones históricas, que no afectan a la transmisión de la Palabra de Dios. No nos detenemos más en esto.

Más bien parece que el autor sueña con una situación ideal: esté donde esté el poder civil, el espiritual está en Jerusalén, lugar añorado por la presencia de Dios. De hecho, cuando en I Reyes 8, 46-48, Salomón reza por su pueblo parece que está dando el motivo de esta carta:

“Cuando pequen contra ti, pues no hay hombre que no peque, y tú irritado contra ellos los entregues al enemigo, y sus conquistadores los lleven al país enemigo, si se convierten en su corazón en la tierra a que hayan sido llevados, si se arrepienten y te suplican diciendo: Hemos pecado, hemos sido perversos, somos culpables. Si se vuelven a ti con todo su corazón y con toda su alma en el país de los enemigos que los deportaron, y te suplican vueltos a la tierra que tú les diste a sus padres y hacia la ciudad que has elegido y hacia la casa que has edificado a tu nombre, escucha tú desde los cielos, lugar de tu morada”.

Le sigue una oración penitencial y esperanzada que abarca del 1, 15 al 3, 8; del 3, 9 al 4, 4 es un elogio a la sabiduría de Israel. Si el pueblo no se hubiera olvidado de ella, no habría conocido el destierro. Y el resto, hasta la carta de Jeremías, está compuesto por un conjunto de cantos, unos de alegría, otros de consuelo, otros de lamentación, llamadas a la conversión y esperanza en Dios. La carta del capítulo 6º es una fina sátira contra la idolatría, dirigida a los deportados a Babilonia que tenían el peligro de dejarse seducir por las procesiones y cultos a las imágenes en tierra extraña. Vamos a ir viendo cada una de estas cuatro partes.

6. - Texto y mensaje del libro. Vamos a hacer un recorrido por las cuatro partes de que hemos hablado. Por supuesto la carta, pero también las otras tres partes que vamos a explicar, pudieron tener un origen independiente y ser reagrupadas por alguien en torno al siglo II o I antes de Cristo.

Primera parte: oración de penitencia y esperanza (Baruc 1, 15- 3, 8). Te recuerdo, una vez más, el esquema que ya conocemos de las relaciones de Dios con su pueblo: pecado, castigo, **arrepentimiento** y perdón; en este texto nos encontramos con un pueblo que está siendo corregido y que inicia su arrepentimiento. La oración es preciosa porque es como una liturgia penitencial o confesión pública en la que el pueblo interpreta su situación a la luz del esquema que te he dicho: el castigo que sufrimos es sólo consecuencia de nuestro comportamiento. Dios es justo; somos nosotros los que hemos pecado.

Te voy a poner sólo los ocho últimos versículos. Late en ellos la doctrina de la retribución colectiva, de la que tanto hemos hablado y que, como te he explicado en este mismo tema, ya Jeremías la tenía superada. Sin que olvidemos nunca que todo pecado trae unas consecuencias sociales. Cuando pecamos introducimos el mal en el mundo y, con el mal, el dolor para alguien.

Para facilitarte la lectura en casa, fíjate que la parte que no te cito se divide en dos bloques: el primero es la confesión de los pecados (Baruc 1, 15-2, 10). Y el segundo, es la súplica de perdón (Baruc 2, 11-3, 8), de la que te cito yo el final, esto es, los ocho primeros versículos del capítulo 3.

“Señor omnipotente, Dios de Israel, mi alma angustiada y mi espíritu abatido claman a ti. Escucha, Señor, ten piedad, porque hemos pecado ante ti. Tú reinas por siempre, nosotros morimos para siempre. Señor omnipotente, Dios de Israel, escucha la oración de los israelitas que ya murieron y las súplicas de los hijos de aquellos que pecaron contra ti: desoyeron ellos la voz del Señor su Dios, y por eso se han pegado a nosotros estos males.

No te acuerdes de las iniquidades de nuestros padres, acuérdate hoy de tu mano y de tu Nombre. Pues eres el Señor Dios nuestro, y nosotros queremos alabarte, Señor. Para eso pusiste tu temor en nuestros corazones, para que invocáramos tu Nombre. Queremos alabarte en nuestro destierro, porque hemos apartado de nuestro corazón toda la iniquidad de nuestros padres, que pecaron ante ti. Aquí estamos todavía en nuestro destierro, donde tú nos dispersaste, para que fuésemos oprobio, maldición y condenación por todas las iniquidades de nuestros padres que se apartaron del Señor, Dios nuestro” (Baruc 3, 1-8).

Segunda parte: ¿Por qué ha llegado Judá a esta situación? Porque ha abandonado la sabiduría de sus padres y se han dejado llevar por la sabiduría pagana que sólo busca dinero y bienestar. En el camino de la vida, Israel ha recibido unas señales para no perderse: los mandamientos y la Ley entera. *“¡Dichosos somos nosotros, Israel, porque nos ha sido revelado lo que a Dios le agrada!”* (Baruc 4, 4). Te pongo una muestra y tú lees el resto:

“Escucha, Israel, los mandamientos de vida, tiende tu oído para conocer la prudencia. ¿A qué se debe, Israel, que estés aún en país de enemigos, que

envejecas en una tierra extraña, que estés contaminado entre los muertos y te cuenten entre los que bajan al seol? ¡Es que abandonaste la fuente de la sabiduría! Si hubieras andado por el camino de Dios, habrías vivido en paz eternamente. Aprende dónde está la prudencia, dónde la fuerza, dónde la inteligencia, para saber al mismo tiempo dónde está la vida larga, la luz de los ojos y la paz (Baruc 3, 9-14).

Pero el que todo lo sabe la conoce, con su inteligencia la escrutó, el que dispuso la tierra para siempre y la llenó de animales cuadrúpedos, el que envía la luz, y ella va, el que llama, y temblorosa le obedece; brillan los astros en su puesto de guardia llenos de alegría, los llama él y dicen: ¡Aquí estamos!, y brillan alegres para su Hacedor. Éste es nuestro Dios, ningún otro es comparable a Él. Él descubrió el camino entero de la ciencia, y se lo enseñó a su siervo Jacob, y a Israel su amado. Después apareció ella en la tierra, y entre los hombres convivió (Baruc 3, 32-38).

Ella es el libro de los preceptos de Dios, la Ley que subsiste eternamente: todos los que la retienen alcanzarán la vida, mas los que la abandonan morirán. Vuelve, Jacob, a recibirla, camina a la claridad de su resplandor. No des tu gloria a otro, ni tus privilegios a nación extranjera. ¡Dichosos nosotros, Israel, que conocemos lo que agrada al Señor!” (Baruc 4, 1-4).

Tercera parte. En esta parte, escrita en verso, Jerusalén está personificada. Es ella la que anima, consuela, se lamenta y llama a la conversión a sus hijos. Es una oración preciosa. El poeta va a interpretar desde la fe toda la historia de Israel, que tiene motivos de sentirse orgulloso: “*¡Ánimo, pueblo mío, que llevas el nombre de Israel!*” (4, 5). Es el pecado el que os ha perdido, dice Jerusalén: “*Si estoy desierta es por los pecados de mis hijos*” (4, 12).

Arrepentíos: “*Si un día os empeñasteis en alejaros de Dios, volved a buscarlo con redoblado empeño*” (4, 28). Si lo haces, Dios mismo tomará venganza de quien te ha afligido, Babilonia: “*El Eterno le enviará fuego que arderá muchos días y la habitarán largos años los demonios*” (4, 35). Por ponerte una muestra de esta parte, te cito los nueve primeros versículos del capítulo 5º que se leen en la liturgia el domingo 2º de adviento del ciclo C, libro azul.

*Jerusalén, quítate tu ropa de duelo y aflicción,
y vístete para siempre el esplendor
de la gloria que viene de Dios.
Envuélvete en el manto de la justicia
que procede de Dios,
pon en tu cabeza la diadema de gloria del Eterno.
Porque Dios mostrará tu esplendor
a cuantos viven bajo el cielo.
Dios te dará un nombre para siempre:
«Paz de la Justicia» y «Gloria de la Piedad».*

*Ponte en pie, Jerusalén, sube a la altura,
mira hacia Oriente y
contempla a tus hijos
reunidos desde oriente a occidente,
a la voz del Santo, alegres del recuerdo de Dios.
Salieron de ti a pie,
llevados por el enemigo,
pero Dios te los devuelve con gloria,
como llevados en trono real.
Dios ha mandado abajarse
a todo monte elevado
y a los collados eternos.
Ha mandado llenarse a los barrancos
hasta allanar la tierra,
para que Israel marche seguro
bajo la gloria de Dios.
Ha mandado a los bosques y a todo árbol aromático
que den sombra a Israel.
Porque Dios guiará a Israel con alegría
a la luz de su gloria,
con la misericordia y la justicia que vienen de él (Baruc 5, 1-9).*

Y, **finalmente**, la carta de Jeremías del capítulo 6°. La carta es presentada en el último versículo del capítulo 5° como *“Copia de la carta que envió Jeremías a los que iban a ser llevados cautivos a Babilonia por el rey de los babilónicos, para comunicarles lo que Dios le había ordenado”*.

Te la voy a citar, aunque es muy larga. Esta reflexión será una forma muy bonita de terminar este libro. Se trata de una crítica a las imágenes de los dioses babilónicos, que nada son frente al poder de Dios y, por tanto, a los que no hay que temer. Nueve veces repite, como un estribillo, esta última idea: *“No son dioses, por tanto no les temáis”*. Suelen fechar la carta entre los años 250 y 120 antes de Cristo, por tanto estamos ante una pseudo epigrafía (o pseudonimia), como el resto del libro; ésta es recuerdo, posiblemente, de la otra “carta a los deportados” de Jeremías 29. Se trata de recabar la atención de los deportados, poniéndola bajo el paraguas de Jeremías.

Al estudiar la crítica que el libro de la Sabiduría hace en sus capítulos 13 al 15 sobre el culto a los ídolos, dejamos claro el pensamiento de la Palabra de Dios sobre este tema: junto con las injusticias sociales son los dos pecados más graves de Israel. Isaías 44, 9-20 también arremetió contra la vaciedad de los ídolos, tallados por manos de hombre. Hoy, cuando prolifera más el culto a las imágenes, tendríamos que examinarnos seriamente a ver si el culto que les damos es el que quiere la Iglesia o estamos cayendo en el pecado de nuestros padres: la idolatría, sobre todo a las imágenes de la Virgen, patronas de cada pueblo.

“Recuerden, pues, los fieles que la verdadera devoción no consiste ni en un estéril y transitorio sentimentalismo, ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe verdadera, que nos lleva a reconocer la excelencia de la Madre de Dios y nos inclina a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes”. E inmediatamente antes, nos dice: “Tanto en las palabras como en los hechos cuiden de evitar todo lo que pueda inducir a error a los hermanos separados o a cualesquiera otros, acerca de la verdadera doctrina de la Iglesia (sobre el culto a María)”.

Son dos citas literales: la primera del Concilio Vaticano II (Constitución Dogmática sobre la Iglesia, 67). ¿El estéril y transitorio sentimentalismo que manifestamos con nuestras patronas, es lo que quiere la Iglesia? Dice el Concilio que tenemos que cuidar tanto las palabras como los hechos. Todo el mundo confiesa de palabra que la Virgen no es Dios, pero ¿y los hechos?, ¿qué pensarán nuestros hermanos separados?

Jesús, la noche de su despedida, rezó por la unidad de los suyos, como su mayor deseo. ¿No es nuestra forma de expresión del culto un obstáculo a esa unidad? La Iglesia nos advierte en el Concilio. La Virgen no es Dios, no es la diosa madre, sino la Madre de Dios. No dejes de leer la carta de Jeremías, a ver si, poco a poco, vamos aclarando las ideas de lo que Dios y su Iglesia esperan de nosotros.

Concluamos, pues, con la carta de Jeremías, a la que no le falta el buen humor y la ironía. Bonita forma de terminar un libro:

“Por los pecados que habéis cometido delante de Dios, vais a ser llevados cautivos a Babilonia por Nabucodonosor, rey de los babilónicos. Una vez llegados a Babilonia, estaréis allí muchos años y por largo tiempo, hasta siete generaciones; pero después yo os sacaré de allí en paz.

Ahora vais a ver en Babilonia dioses de plata, de oro y de madera, que son llevados a hombros y que infunden temor a los gentiles. Estad alerta, no hagáis vosotros también como los extranjeros de modo que os entre temor de esos dioses, cuando veáis la turba delante y detrás de ellos adorándoles. Decid entonces en vuestro interior: A ti solo se debe adoración, Señor.

Pues mi ángel está con vosotros: él tiene cuidado de vuestras vidas. Porque la lengua de esos dioses ha sido limada por un artesano, y ellos, por muy dorados y plateados que estén, son falsos y no pueden hablar.

Como para una joven presumida, así ellos toman oro y preparan coronas para las cabezas de sus dioses.

Ocurre a veces que los sacerdotes roban a sus dioses oro y plata y lo emplean en sus propios gastos, y llegan a dárselo incluso a las prostitutas de la terraza. Los adornan también con vestidos como si fuesen hombres, a esos dioses de plata, oro y madera; pero éstos no se libran ni de la roña ni de los gusanos.

Por muy envueltos que estén en vestidos de púrpura, tienen que lavarles la cara, debido al polvo de la casa que los recubre espesamente.

Hay quien empuña el cetro como un gobernador de provincia, pero no podría aniquilar al que le ha ofendido. Otro tiene en su diestra espada y hacha, pero no puede defenderse de la guerra ni de los ladrones.

Por donde bien dejan ver que no son dioses. Así que no les temáis. Como el vaso que un hombre usa, cuando se rompe, se hace inservible, así les pasa a sus dioses una vez colocados en el templo. Sus ojos están llenos del polvo levantado por los pies de los que entran.

Lo mismo que a uno que ha ofendido al rey se le cierran bien las puertas, como que está condenado a muerte, así los sacerdotes aseguran las casas de estos dioses con puertas, cerrojos y trancas, para que no sean saqueados por los ladrones.

Les encienden lámparas y aun más que para ellos mismos, cuando los dioses no pueden ver ni una sola de ellas. Les pasa lo mismo que a las vigas de la casa cuyo interior se dice que está apollillado. A los gusanos que suben del suelo y los devoran, a ellos y sus vestidos, no los sienten.

Sus caras están ennegrecidas por la humareda de la casa. Sobre su cuerpo y sus cabezas revolotean lechuzas, vencejos y otros pájaros; y también hay gatos.

Por donde podéis ver que no son dioses; así que no les temáis. El oro mismo con que los recubren para embellecerlos no lograría hacerlos brillar si no hubiera quien le limpiara la herrumbre, pues ni cuando eran fundidos se daban cuenta.

A enorme precio han sido comprados esos dioses en los que no hay soplo de vida. Al no tener pies, son llevados a hombros, exhibiendo así a los hombres su propia ignominia; y quedan también en vergüenza sus servidores, porque si aquellos llegan a caer en tierra, tienen que ser levantados por ellos.

Si se les pone en pie, no pueden moverse por sí mismos; si se les tumba, no logran enderezarse solos; como a muertos, se les presentan las ofrendas. Sus víctimas las venden los sacerdotes y sacan provecho de ellas; también sus mujeres ponen una parte en conserva, sin repartir nada al pobre ni al enfermo; y las mujeres que acaban de dar a luz y las que están en estado de impureza tocan sus víctimas.

Conociendo, pues, por todo esto que no son dioses, no les temáis. ¿Cómo, en efecto, podrían llamarse dioses? Son mujeres las que presentan ofrendas ante estos dioses de plata, oro y madera. Y en sus templos los sacerdotes se están sentados, con las túnicas desgarradas, las cabezas y las barbas rapadas y la cabeza descubierta; y vocean chillando delante de sus dioses como hacen algunos en un banquete fúnebre.

Los sacerdotes les quitan la vestimenta para vestir a sus mujeres y sus hijos. Si alguien les hace daño o favor, no pueden darle su merecido. Ni pueden poner ni quitar rey. Tampoco son capaces de dar ni riquezas ni dinero. Si alguien les hace un voto y no lo cumple, no le piden cuentas.

Jamás libran a un hombre de la muerte, ni arrancan al débil de las manos del poderoso. No pueden devolver la vista al ciego, ni liberar al hombre que se halla en necesidad. No tienen piedad de la viuda ni hacen bien al huérfano.

A los peñascos sacados del monte se parecen esos maderos recubiertos de oro y plata, y sus servidores quedan en vergüenza. ¿Cómo, pues, se puede creer o afirmar que son dioses?

Más aún, los mismos caldeos los desacreditan cuando, al ver a un mudo que no puede hablar, lo llevan donde Bel, pidiéndole que le devuelva el habla, como si este dios pudiera percibir. Y no pueden ellos, que piensan, abandonar a sus dioses que no sienten nada.

Las mujeres, ceñidas de cuerdas, se sientan junto a los caminos quemando como incienso el salvado, y, cuando una de ellas, solicitada por algún transeúnte, se acuesta con él, reprocha a su vecina de no haber sido hallada digna como ella y de no haber sido rota su cuerda.

Todo lo que se hace en honor de ellos es engaño. ¿Cómo, pues, se puede creer o afirmar que son dioses?

Han sido fabricados por artesanos y orfebres, y no son cosa que lo que sus artífices quieren que sean. Los mismos que los han fabricado no duran mucho tiempo; ¿cómo, pues, van a ser dioses las cosas fabricadas por ellos?

Sólo mentira y oprobio han dejado a su posteridad. Y cuando les sobrevienen guerras o calamidades, los sacerdotes deliberan entre sí dónde esconderse con ellos. ¿Cómo, pues, no darse cuenta de que no son dioses los que no pueden salvarse a sí mismos de la guerra ni de las calamidades?

No siendo otra cosa que madera dorada y plateada, se reconocerá más tarde que no son más que mentira. Para todos, naciones y reyes, quedará claro que no

son dioses, sino obras de manos de hombres, y que no hay en ellos obra alguna de un dios.

¿A quién, pues, no parecerá evidente que no son dioses? No pueden poner rey en un país, ni dar a los hombres la lluvia. No saben juzgar sus pleitos, ni liberar y proteger al agraviado, porque son incapaces; como cornejas son entre el cielo y la tierra.

Pues si llega a prender el fuego en la casa de esos dioses de madera, dorados y plateados, sus sacerdotes escapan y se pondrán a salvo, pero ellos serán, como postes, presa de las llamas. Tampoco pueden resistir a rey ni a ejército enemigo. ¿Cómo pues, admitir o creer que son dioses?

Ni de ladrones y salteadores pueden defenderse estos dioses de madera, plateados y dorados; aquéllos, más fuertes que ellos, les quitan el oro, la plata y la vestimenta que los recubre, y se van con ello, sin que los dioses puedan socorrerse a sí mismos.

De modo que es mucho mejor ser un rey que ostenta su poder, o un utensilio provechoso en una casa, del cual se sirve su dueño, que no estos falsos dioses; o una puerta en una casa, que guarda cuanto hay dentro de ella, que no estos falsos dioses; o bien un poste de madera en un palacio, que no estos falsos dioses.

El sol, la luna y las estrellas, que brillan y tienen una misión, son obedientes: igualmente el relámpago, cuando aparece, es bien visible; asimismo el viento sopla en todo país; las nubes, cuando reciben de Dios la orden de recorrer toda la tierra, la ejecutan al punto; y el fuego, enviado de lo alto a consumir montes y bosques, hace lo que se le ha ordenado.

Pero aquéllos no pueden compararse a ninguna de estas cosas, ni en presencia, ni en potencia. Así que no se puede creer ni afirmar que sean dioses, puesto que no son capaces de hacer justicia ni de proporcionar bien alguno a los hombres.

Sabiendo, pues, que no son dioses, no les temáis. Tampoco pueden maldecir ni bendecir a los reyes; ni hacer ver a las naciones señales en el cielo; ni resplandecen como el sol, ni alumbran como la luna.

Las bestias valen más que ellos, porque pueden, refugiándose bajo cubierto, ser útiles a sí mismas. Por ningún lado, pues, aparece que sean dioses; así que no les temáis. Como espantajo en melonar, que no guarda nada, así son sus dioses de madera, dorados y plateados. También a un espino en un huerto, en el que todos los pájaros se posan, o a un muerto echado en lugar oscuro, se pueden comparar sus dioses de madera, dorados y plateados.

Por la púrpura y el lino que se pudre encima de ellos, conoceréis también que no son dioses. Ellos mismos serán al fin devorados y serán un oprobio para el país. Mucho más vale, pues, el hombre justo, que no tiene ídolos; él estará lejos del oprobio (Baruc 6).

PROPUESTA DE TRABAJO:

Lecturas:

Isaías 44, 9-20

I Corintios 1, 17-31

Mateo 19, 41-44

Preguntas:

1. - Hoy vamos a comenzar la Propuesta de Trabajo por donde hemos terminado el tema. Lee la cita de Isaías y piensa si, al menos en los hechos, ves algún reflejo en lo que nos rodea.

2. - Un tema del libro de Baruc es la sabiduría. En la cita de Pablo se nos contraponen la sabiduría del mundo a la sabiduría cristiana. Léela y compara.

3. - También Jesús lloró y se lamentó por Jerusalén. Lo tienes en la cita. Léela y piensa que en Jerusalén también habría gente buena. El pecado, todo pecado, tiene una repercusión social e introduce el mal en el mundo.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- ABREGO DE LACY, J. M.: **Los libros proféticos**. Verbo Divino. Navarra. 1999.
- ALONSO SCHÖKEL, L.: **Biblia del Peregrino**. Tomo I. Mensajero. Bilbao. 1996.
- ALONSO SCHÖKEL, L. Y SICRE DÍAZ, J. L.: **Profetas**. Tomo I y II. Ediciones Cristiandad. Madrid. 1980.
- ÁLVAREZ VALDÉS, A.: **Enigmas de la Biblia**. San Pablo. Madrid. 2002.
- ASURMENDI, J. M^a.: **Isaías 1-39**. Verbo Divino. Estella. Navarra. 2000.
- BRIGHT, J.: **La historia de Israel**. Descleé de Brouwer. Bilbao. 2003.
- CAVADI, A.: **Ser profeta hoy**. Sal Terrae. Santander. 1996.
- CAVEDO, R.: **Profetas**. San Pablo. Madrid. 1995.
- FARMER, W. R.: **Comentario Bíblico Internacional**. Verbo Divino. Estella (Navarra). 1999.
- FECHA, J. R.: **Buscadores de Dios I y II**. Atenas. Madrid, 1992.
- FECHA, J. R.: **Buscadores de Dios III**. Sígueme. Salamanca. 1998.
- FERNÁNDEZ, V.M.: **Lamentaciones**, en Comentario Bíblico Internacional, páginas 947-952. Verbo Divino. Pamplona, 1999.
- GARCÍA CORDERO, M.: **Biblia comentada**. BAC. Madrid. 1967.
- GERARD, A. M.: **Diccionario de la Biblia**. Anaya. Madrid. 1995.
- GONZÁLEZ LAMADRID, A.: **Manual Bíblico. Antiguo Testamento. Libros proféticos**. Casa de la Biblia. Palencia. 1964.
- JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, E.: **Historia de la Salvación**. Grafite Ediciones. Bilbao. 2000.
- MARTÍN JUÁREZ, M. A y SALAS A.: **Los profetas**. Nuevos Horizontes, nº 13. Biblia y fe. Madrid. 1991.
- MAYORAL, J. A.: **El profetismo bíblico**. En Imágenes de la fe, nº 371. PPC. Madrid. 2003.
- MERTENS, H. A.: **Manual de la Biblia**. Herder. Barcelona. 1989.
- MISAL DE LA ASAMBLEA DOMINICAL. San Pablo. Madrid, 2000.
- MONLOUBOU, L.: **Los profetas del Antiguo Testamento**. Verbo Divino. Estella. 2000.
- NEHER, A.: **La esencia del profetismo**. Sígueme. Salamanca. 1975.
- QUESNEL, M. y GRUSON, PH.: **La Biblia y su cultura**. Sal Térrea. 2002.
- ROSSANO, P y Otros.: **Nuevo Diccionario de Teología Bíblica**. Ediciones Paulinas. Madrid. 1990.
- SAGRADA BIBLIA: **Libros proféticos**. Universidad de Navarra. Eunsa. 2002.
- SALAS, A.: **Los Profetas, heraldos del Dios que actúa**. Ediciones Paulinas. Madrid. 1993.
- SEUBERT, A.: **Cómo entender el mensaje de los Profetas**. Ediciones Paulinas. Colombia. 1992.
- SICRE, J L.: **Los profetas de Israel y su mensaje**. Ediciones Cristiandad. Madrid. 1986.
- SICRE, J L.: **Profetismo en Israel**. Verbo Divino. Estella. 1992.

VARIOS.: **Diccionario Enciclopédico de la Biblia.** Herder. Barcelona. 1993.
VARIOS.: **Personajes del Antiguo Testamento.** Tomos I y II Verbo Divino. Navarra. 1998.
VARIOS.: **Comentarios al Antiguo Testamento.** La Casa de la Biblia. Salamanca. 1997.
VARIOS.: **Nuevo Diccionario de Teología Bíblica.** Ediciones Paulinas. Madrid. 1990.

BIBLIAS UTILIZADAS EN LAS CITAS:

Biblia para la Iniciación Cristiana, Conferencia Episcopal Española, Madrid, 1977.
Biblia del Peregrino, Luis Alonso Schökel, EGA, Bilbao, 1996.
Biblia de Jerusalén, Descleé de Brouwer, Bilbao. 1975.
Sagrada Biblia, Nácar Colunga. Madrid. 1960.
Sagrada Biblia. Editorial Herder. Barcelona. 1965.
Sagrada Biblia. Libros Proféticos. Eunsa. Navarra. 2002.

ORACIÓN PARA COMENZAR

Señor, me dispongo a estudiar tu Palabra. Nos dejaste dicho, por boca del profeta Isaías, que ella es como la lluvia y la nieve que bajan del cielo para empapar la tierra, haciéndola germinar para que tengan semilla el sembrador y pan el que come. Tu Palabra está viva y es eficaz: siempre hace tu voluntad y cumple tu encargo. Yo sé también, Señor, que para que ella cumpla en mí tu voluntad tengo que abrirle el corazón, haciendo silencio en mi interior. Hay mucha palabrería en nuestro entorno y resulta difícil oír tu voz. Envíame, Señor, tu Santo Espíritu. Concédeme el don de inteligencia para comprender tu Palabra y mueve mi voluntad para seguir sus indicaciones. Como el joven Samuel, aquí estoy a tu disposición: *¡Habla Señor, que tu siervo escucha!* Amén.

ORACIÓN TRAS CONCLUIR LA LECTURA

Te doy gracias, Padre, por tu Palabra y por lo que tu Espíritu Santo me ha enseñado en este rato de lectura. María, tu hija querida y madre nuestra, oía todo lo que se decía de Jesús y lo guardaba en su corazón, meditando cada palabra. Ella es la cristiana perfecta, modelo para todos los que queremos acercarnos a ti. Que también yo sepa guardar hoy en mi corazón tu Palabra y la medite día y noche, a ejemplo de María. Ayúdame a poner en práctica esta Palabra; que no sea oyente olvidadizo sino, al contrario, que en cada decisión de mi vida tu Palabra sea luz que me ilumine para actuar siempre según tu voluntad, acercándome más a ti y a mis hermanos, los hombres. Te lo pido, Padre, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

FRASES QUE VAN AL MARGEN, EN RECUADROS

- 1.- Los profetas Mayores son: Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel.
- 2.- El profeta es el hombre que habla, el hombre de la garganta.
- 3.- El punto de partida de todo el ministerio profético es la llamada de Dios.
- 4.- El profeta tiene conciencia de ser puente entre Dios y el hombre.
5. - Dios siempre quiere hablar con el hombre de igual a igual.
6. - Anuncio y denuncia son siempre las dos caras del mensaje del profeta.
7. - También hay profetisas en la Biblia como María, la hermana de Moisés.
8. - Dios manda a sus profetas a realizar gestos simbólicos, que apoyan la palabra.
9. - El primer profeta escritor de que nos habla la Biblia es Amós.
- 10.- Generalmente, Joel es considerado el último profeta escritor.
- 11.- El falso profeta adula al poder y gusta de acercarse a las autoridades.
12. - Una tarea importante de los profetas es la santificación del sábado.
13. - El proto-Isaías o primer Isaías es llamado el Isaías del Peligro.
14. - El profeta es un altavoz de Dios y sólo habla en su nombre.
15. - Un tema clave en la predicación del I Isaías es el de “El resto de Israel”.
16. - La predicación del I Isaías comenzó siendo de tipo social, contra los ricos.
- 17.- Palestina, el país de Jesús, siempre estuvo asediado por las potencias vecinas.
18. - El I Isaías abarca los capítulos 1 al 39, inclusive.
19. - La viña del Señor es la casa de Israel.
20. - El profeta Oseas también había hablado de Israel como viña del Señor.
21. - En tiempos de Isaías, la tribu de Efraín representaba a todo Israel.

22. - Cuando un rey subía al trono era ungido y nacía como “hijo de Dios”.
23. - El profeta no es un hombre que se dedique a adivinar el futuro.
24. - Israel descubrió en Babilonia que Dios había sembrado su bondad a voleo.
25. - El II Isaías abarca los capítulos 40 al 55.
- 26.- Los capítulos 40 al 48 de Isaías forman “el libro de la Consolación de Israel”.
27. - Los capítulos 49-55 de Isaías forman “el libro de la Restauración de Israel”.
28. - El Siervo de Yavé consagra su vida a hacer el bien por amor a Dios.
29. - El II Isaías nos trae los cuatro cantos del Siervo de Yavé.
30. - Algunos piensan que el tercer canto del Siervo de Yavé se refiere al profeta.
31. - Frente a la espiral de la violencia, el Siervo ofrece la espiral del amor.
32. - El rey Ciro fue un instrumento en manos de Dios para salvar a su pueblo.
- 33.- Ciro es el único rey extranjero a quien la Palabra llama “Ungido de Dios”.
34. - El libro del II Isaías termina con un mensaje de restauración de Dios.
35. - A la Palabra le tenemos que responder, como responde la tierra al agua.
36. - El III Isaías abarca del capítulo 56 al 66, que es el último del libro.
- 37.- La sinagoga era una especie de saloncito en el que se reunía la comunidad.
- 38.- El III Isaías se muestra más abierto y progresista que los anteriores.
39. - Dios espera del hombre un corazón abierto a la misericordia con los demás.
40. - Es el pecado del hombre el que retrasa la salvación de Dios.
- 41.- El Goel, en Israel, era el protector del familiar venido a menos.
42. - La llamada de Dios a todos los hombres es universal.
43. - El regreso a casa, tras el exilio en Babilonia, fue el año 538 antes de Cristo.
- 44.- Jeremías tenía 23 años cuando sintió la llamada de Dios.

45. - La palabra Mesopotamia significa entre ríos: el Tigris y el Eufrates.
46. - El Rey que más duró en el trono de Judá fue el impío Manasés.
- 47.- El monoteísmo no se afianzó en Israel hasta la vuelta del destierro.
48. - Jeremías predicó bajo los reinados de Josías, Joaquín y Sedecías.
49. - La primera etapa de la predicación de Jeremías abarca los capítulos 1-6.
50. - La segunda etapa de la predicación de Jeremías abarca los capítulos 7-24.
51. - Es en la quinta confesión de Jeremías, donde mejor se ve su lucha interior.
52. - Los malos pastores tienen mucha culpa de los pecados del pueblo.
- 53.- La tercera etapa de la predicación de Jeremías abarca los capítulos 25-45.
54. - El “Libro de la consolación de Jeremías” abarca los capítulos 30-33.
55. - Los recabitas eran una tribu beduina que vivía pacíficamente en Israel.
56. - Tras el destierro de Sedecías, Godolías quedó de gobernador en Jerusalén.
57. - Un oráculo es la respuesta que Dios da al pueblo, por sí o por sus ministros.
58. - Babilonia y Egipto fueron siempre los dos grandes enemigos de Israel.
59. - El libro de Jeremías termina con un rayo de esperanza: Dios está con él.
60. - La Lamentaciones son cinco poemas escritos en verso.
61. – Las Lamentaciones forman parte de la Megillot, que se leen en las fiestas.
62. – La primera Lamentación es un canto fúnebre por la derrota del 597 a. C.
63. – La cuarta Lamentación describe la masacre sufrida por Jerusalén.
64. – Baruc fue pariente, secretario y discípulo de Jeremías.
65. – La carta con que comienza Baruc no soporta la crítica histórica.
66. – “¡Ánimo, pueblo mío, que llevas el nombre de Israel!”.

67. – La carta de Jeremías está llena de buen humor e ironía.

68. – Las imágenes no son dioses, así que no las temáis.

69. – Como espantajos en melonar, así son sus dioses de madera, dorados y plateados.